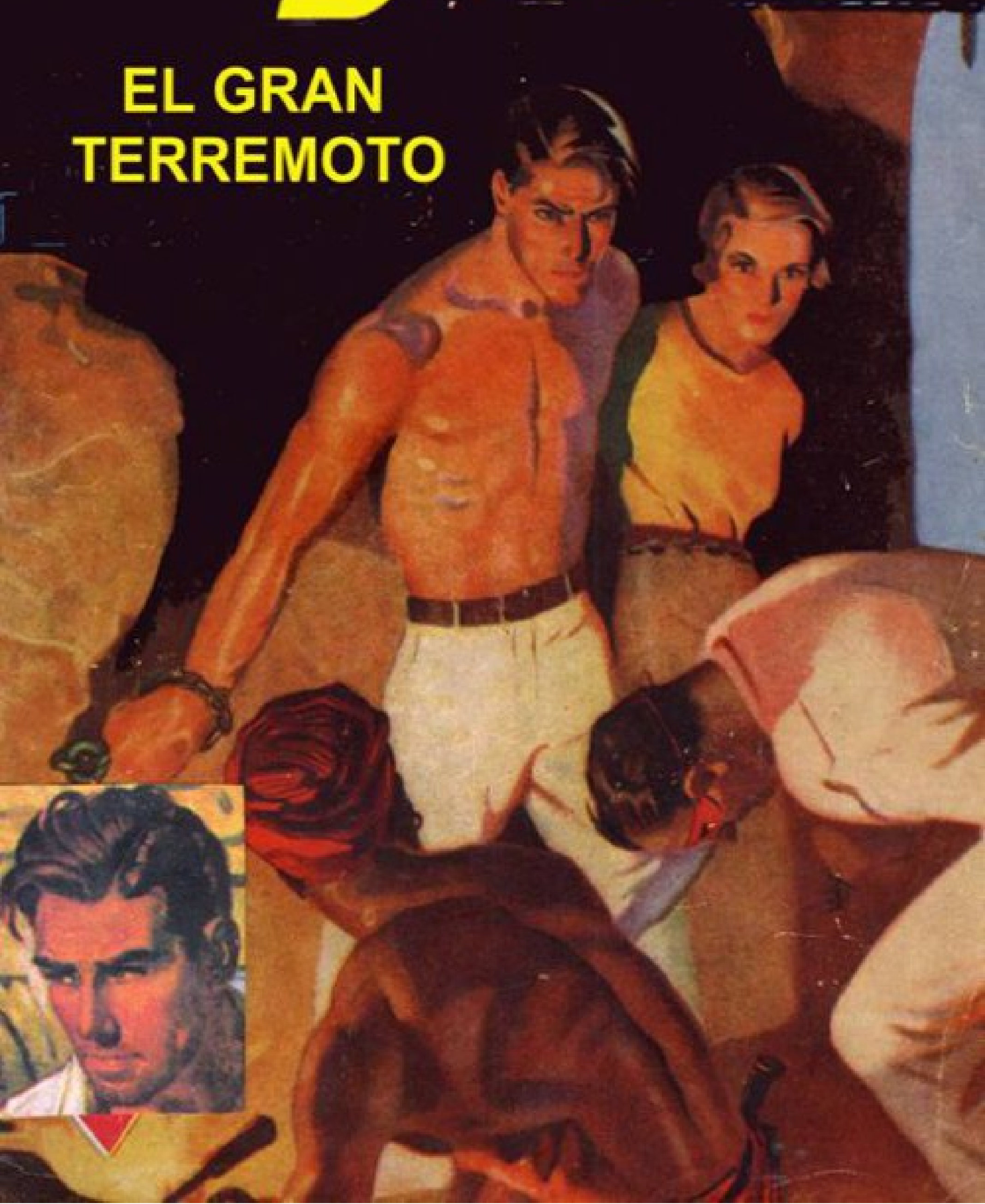
DOC SAVAGE

KENNETH ROBESON



El gran terremoto

Kenneth Robeson
Doc Savage/15

CAPÍTULO I

EL FALSO PERIODISTA

AQUEL hombre era un desalmado, evidentemente, y sin embargo, ¡lloraba!

Gimió varias veces. Una ligera espuma le asomaba a los labios como a un niño medio loco de espanto y de horror. Sudaba, a pesar de que la tarde era fría, una de las más crudas de aquel invierno.

—¿Oyes? —preguntó a su compañero.

La acera vibraba visiblemente y se estremecía a impulsos de un rumor sordo y prolongado procedente, al parecer, de las entrañas de la tierra, que aumentó por grados, hasta convertirse en bramido aterrador.

—¡Ya llega, Velvet! —hipó el hombre. ¡Ya está aquí!

Sus oídos eran matorrales de pelo gris; los pabellones de las orejas, irregulares, carcomidos, como mordisqueados por un bicho imaginario, tiempo atrás. La barba, crecida, le oscurecía la parte baja del rostro.

El hombre se la dejaba para ocultar la antigua caricia de una navaja, con que un amigo pretendiera rebanarle el pescuezo en cierta ocasión.

La navaja, resbalando hacia arriba, se le había llevado parte de la nariz y en lugar de las ventanillas, dos velludos agujeros se le abrían, sin recato alguno, en mitad de la cara.

Lloriqueando aún, manifestó: —Ya no tenemos tiempo de huir antes de...

Un directo asestado en mitad de la boca, justamente en el punto atravesado por la vieja cicatriz, le cortó la palabra.

—Cierra el pico —le aconsejó Velvet.

Velvet iba vestido de etiqueta, pero se había arrollado al cuello

un gran pañuelo negro, cuyas puntas ocultaban la nivea pechera de su camisa.

A juzgar por el aire que adoptaba, se veía que le envanecían sus fuerzas, su belleza masculina.

El hombre, rechazado por el golpe, fué a dar de espaldas contra la pared del edificio más próximo. Palpándose los lastimados labios con la punta de los dedos, observó, testarudo:

—Pero, ¿no oyes el estrépito que se mueve?

En efecto; el rumor subterráneo adquiria espantosa intensidad atronadora.

Las ventanas de los edificios vecinos bailaban, con sonido metálico, en sus marcos. Al propio tiempo, de una reja abierta al nivel de la acera, se escapó una bocanada de aire infecto.

De súbito, cesó el ruido como por encanto, por las mismas entrañas de donde naciera. Y, una vez desaparecido, llenó de nuevo la calle el rumor del tráfico incesante y el ulular de un helado cierzo.

—¡Ha sido un tren subterráneo, idiota! —exclamó entonces Velvet con acento de mofa. Y se llevó una mano a la garganta.

La noche había cerrado. Sin embargo, desde un farol del alumbrado, llegaba hasta ellos luz más que suficiente para descubrir la expresión del ancho semblante estúpido del hombre, Atónito, repitió: —¡Un tren!

Velvet se rió en sus barbas.

—Aunque no hayas estado hasta ahora en Nueva York, “Biff” —observó luego,— te supongo enterado, por los periódicos, de la existencia de estos trenes... ¡Ah, perdón! Me olvidaba de que no sabes leer... —agregó vivamente.

“Biff” le dirigió una mirada chispeante. Agachado como estaba, pareciále a Velvet peligroso y salvaje como un habitante de la selva. No podía soportar que le echasen en cara su ignorancia.

—¡Algún día me las pagarás todas juntas! —exclamó con sordo acento.

Velvet prorrumpió en una carcajada. Una ferocidad bestial vibraba en su voz, al responder: —;Que para entonces te acompañe la suerte, “Biff”!

Los dos hombres cambiaron una mirada fulminante. El primero en bajar la vista fué “Biff”.

—Bueno, bueno —murmuró—, hablemos de otra cosa. Hablemos de Doc Savage.

Se habían enfrentado con un salvajismo sin igual. Y con sin igual rapidez dejaron ahora de lado la cuestión.

Muy juntos echaron a andar, penetraron en el cono de sombra que proyectaba un camión estacionado y se detuvieron de nuevo en la acera.

"Biff" preguntó con manifiesta impaciencia:

—¿Puede saberse a qué aguardamos? ¿No ocupa un departamento en el piso ochenta y seis? O, por lo menos, ¿no dices que lo has leído en la última plana del diario?

—Así es. —Velvet frunció el ceño en la oscuridad—. Pero, escucha: ¿cómo imaginas tu que se debe ventilar un negocio de esta especie?

—¡Ah, no sé! Yo entraria en el departamento ese, acogotaría a su ocupante y...

—¡...te pillarian en el acto! —exclamó disgustado, Velvet.

Repuesto del todo, a juzgar por las trazas, del misterioso terror con que había oprimido su corazón el pasado temblor del pavimento, "Biff" sacó a la luz, un revólver. No obstante las tinieblas que les rodeaban, el arma despidió acerados destellos. "Biff" la amartilló con un ruido similar al que hubiera producido en el momento de dar cuerda a un reloj.

Un pañuelo de vistosos colores sobresalía del bolsillo colocado sobre el pecho de la americana de "Biff". El hombre tiró de él. Resultó que estaba atado en torno a la empuñadura de una navaja, cuya hoja tendria un pie de longitud, sobre poco más o menos.

Esta iba metida en una vaina, oculta en el forro de la chaqueta. De un pequeño tirón "Biff" podía empuñar rápidameute el arma blanca.

—Como ves, no me atraparían desprevenido —observó, dulcificando la voz.

Velvet movió la cabeza lentamente. La voz sonaba de manera agradable al responder a "Biff":

—Si supieras leer, no estarías tan seguro de ti mismo.

"Biff" tornó a colocar en su sitio navaja y revólver.

—¿Qué tiene que ver la lectura con nuestro asunto? —deseó saber.

—Doc Savage es un perfecto caballero, a decir de los periodistas —replicó su acompañante—. Y yo creo que, en efecto, lo es. No nos habrá obligado el amo a emprender un viaje de cinco mil millas para vigilar a un individuo de poca monta.

Pasó un automóvil. La luz de sus faros inundó de resplandor momentáneo el rostro de "Biff". Las sombras que servían de marco a la antigua cicatriz le prestaron el aspecto de una serpiente negra.

—Yo no temo a ningún barbilindo… —gruñó.

—Esas palabras han sido, precisamente,las últimas pronunciadas por más de cuatro —observó Velver, interrumpiéndole—. Bueno, como yo soy quien lleva, esta vez, la voz cantante, te mando que permanezcas aquí aguardándome, ¿oyes? Paséate y reflexiona. O si no, haz lo que te acomode, pero mantente alejado de ese rascacielos y deja trabajar a sus anchas a los hombres de talento.

Tras de digerir aquellas frases, repuso "Biff": —¡Hum! Me desagradan tus palabras.

Sin prestarle atención, Velvet le largó otra segunda finta.

—¡Ah! —;Y no corras cuando oigas venir el próximo tren!

"Biff" hizo un ruido singular. —Ya sabes lo que he creído que era. ¿No me sobran motivos para asustarme?

Velvet le asió amistosamente ahora por un brazo. —Desde luego, muchacho— repuso —. Es más: de fijo que también me hubiera yo asustado de no saber lo que era ese ruido.

Después le engulleron las tinieblas. Hay dos áreas de rascacielos en la ciudad de Nueva York. Una está en la parte baja de la isla de Manhattan, en torno a Wall Street; la otra a unas millas al Norte, en mitad de la ciudad.

En esta ultima área había un edificio que probablemente era el más bello de la ciudad.

Este edificio era un espigón de ladrillos y acero que ascendía a la altura de casi cien pisos. Su exterior era de piedra pulida y de metal.

Su arquitectura modernista, sencilla, digna. Resplandecía ricamente con luces reflejadas de la Gran Vía Blanca, no a muchas manzanas distante.

El vestíbulo o entrada de este rascacielos era impresionante. Los ascensores que servían los pisos altos se contaban por veintenas. El mismo vestíbulo recordaba el interior de una catedral.

Velvet, al atravesar el vestíbulo gigante, se halló tan insignificante como una mosca en el suelo de una habitación corriente.

Se sacudió la sensación y sacó el pecho. En esta hora de la noche sólo funcionaban unos cuantos ascensores. Velvet entró en una caja tan grande como el “living room” de un piso regular.

—Al ochenta y seis —dijo.

El se había, naturalmente, quitado del cuello el pañuelo negro. La oscura tela había sido colocada allí con el propósito de llamar menos la atención mientras conferenciaba con “Biff” en mitad de la calle.

Lo dejó, sin embargo, en su bolsillo, a mano para cualquier futura contingencia.

EL ascensor dejó a Velvet dentro del corredor del piso ochenta y seis.

Miró en torno. Los constructores del rascacielos no habian ahorrado espacio.

EL pasillo era ancho y alto de techo, una espesa alfombra cubría el suelo.

Velvet observó, al atravesarla, que tendría una pulgada de profundidad.

El hombre, contemplando lo que le rodeaba, lanzó un silencioso silbido de asombro.

—Este Doc, Savage debe ser un “big shot” por fuerza —se dijo —. De otro modo no viviría aquí. Ha sido una buena ocurrencia no consentirle a “Biff” que probara su teoria de la fuerza.

Velvet vadeó la alfombra, y bajó por corredor. Su mirada se paseó sobre los números de las puertas. Alcanzó la que deseaba. Atónito, contempló aquella puerta.

Era muy sencilla y de bronce macizo. El bronce fue lo que interesó a Velvet.

Era la primera vez que veía aquel metal parecer casi tan rico como el oro.

En letras diminutas de color bronce, ligeramente más oscuro que el de la puerta, había un nombre:

CLARK SAVAGE

—Este es el caballero —dijo Velvet. Su acento era, siniestro.

Buscó un timbre, no halló ninguno, y puso la mano en el pomo.

La puerta estaba cerrada. Hizo un gesto y luego llamó con los nudillos.

Prontamente la puerta se abrió de par en par.

Velvet dio un salto atrás, tan asustado como sí se encarase con un dragón que echara fuego por la boca.

El que le había abierto la puerta era un personaje sorprendente. Era una cabeza mas bajo que Velvet, pero pesaba por lo menos el doble.

Las enormes manos velludas le colgaban hasta más abajo de las rodillas.

Sus ojos eran muy pequeños y hundidos. Semejaban brillantes estrellas incrustadas muy hondo, en un cartilago.

Cada pulgada de su piel estaba cubierta de una capa de vello, sólo ligeramente más suave que el alambre de púas. Una de sus orejas estaba agujereada como para llevar pendientes, con la diferencia de que la perforación tenía el tamaño de un agujero abierto por una bala de rifle.

—¿Qué desea, pimpollo? —preguntó a Velvet.

Velvet guiñó ambos ojos. De aquel simiesco gigante, de aspecto feroz, se esperaba oír una vez tonante. Y, por el contrario, la voz del hombre feo era débil y dulce.

—Desearía ver a Doc Savage —repuso Velvet.

—No está aquí —replicó el amable monstruo de la puerta.

Velvet pensó un momcnto. Se ajustó el lazo de la negra corbata.

—Es fastidioso —dijo—. Quizá pueda usted ayudarme. ¿Cómo se llama?

—Mi nombre usual es Monk. —dijo el hombro feo.

Velvet frunció los labios.

—¡Bueno! no está mal. Máxime cuando hace las veces de portero, a lo que veo.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Lo veo yo —repitió Velvet, rnostrando los blancos dientes al hacer un gesto feroz que le asemejaba al lobo—. Veamos, Monk. ¿quiere ganarse doscientos dólares en el acto? —Monk resopló.

—¡Vaya una pregunta! —dijo.

—¡Bien! Pues escuche: —Soy informador de un periódico local— explicó rápidamente —, y he estado tratando de entrevistar a ese Doc Savage, pero no he tenido suerte. Ni siquiera he logrado verle.

Deseo que me permita quedarme aqui en el despacho, después que haya usted cerrado. De este modo le veré. Tengo que hacer una información para el “Times-Flash”, mi diario.

Monk se tiró, pensativo, de la oreja agujereada.

—Hombre, no sé…

—Doscientos dólares —le recordó Velvet—. Y le prometo no decir a Doc Savage cómo he entrado aquí.

—Quinientos dólares —dijo Monk.

El rostro de Velvet se tornó feroz. Entre dientes, exclamó:

—¡Eh, sinvergüenza!, —luego lo pensó mejor. Alzó los hombros, tendió las manos y confesó:— Ha ganado usted.

Sacando la cartera, contó los billetes de dorso verde.

—Menos mal que paga el periódico —comentó.

Monk expresó su satisfacción con un chasquido de la lengua, tomó los billetes y se los embolsó.

—Gracias, mister —dijo—. Y ahora voy a dejarle solo.

—Es lo mejor —aprobó Velvet:— No sea que le encuentre Doc Savage cuando venga.

Monk le miró de soslayo. Sus ojillos se perdieron en las órbitas cartilaginosas.

—¿Conoce a Doc Savage, mister…?

—Velvct, Juan Velvet —repuso el hombre. Luego hizo un gesto. Monk le había cogido desprevenido. No hubiera querido dar su nombre—. Pues no; no estoy muy seguro de reconocerle.

—¡Buenas noches! —exclamó Monk—. ¡Es usted el único habitante de la ciudad que no le conoce ni de vista siquiera!

Velvet cerró los ojos para ocultar la sübita, implacable expresión.

—Es que vengo del Oeste y soy nuevo en el oficio —repuso.

—Cuando le vea le reconocerá al instante —dijo Monk—. Es un gigante color de bronce. Sólo por su aspecto es el hombre más extraordinario que puede darse. Sus ojos le llamarán también la atención. Son de un color extraño, semejantes a lagos de oro liquido. Esto se le ocurre a uno pensar en cuanto los ve. Pero es dificil de explicar…

—Déjelo para otra ocasión —dijo Velvet.—; apresuradamente —. Retirese. Doc Savage llegará de un momento a otro. No vaya a descubrir que me ha dejado entrar en el despacho.

Sin decir palabra. Monk entró en el corredor y cerró la puerta.

Velvet hizo una mueca después de haberse retirado el gorila. Riendo. Se dijo: —Ese hombre es más tonto que “Biff”.

Entonces miró a su alrededor. El despacho era, aparentemente, la primera habitación de todo un departamento. Había una costosa alfombra en el suelo.

Las sillas eran grandes y confortables. Cerca de dos grandes ventanas había una mesa cuyo tablero lujoso, estaba incrustado en toda su extensión.

A un lado, cerca de una puerta, había un gran armario. AL extremo opuesto de la pieza, una enorme caja de caudales.

Velvet se aproximó al armario y le dio media vuelta al tirador. Pero no se abrió. Empujó la puerta vecina. Ésta se resistió también. Velvet giró sobre los talones, fué a situarse delante de la caja y enseguida supo que estaba bien cerrada. Tan dificil hubiera sido penetrar en la bóveda de un Banco.

Velvet se encogió de hombros y se apartó de alli. Encendió un cigarrillo.

—Bueno, ¿qué importa que estén cerrados? —gruñó—. No he venido aquí para robar. Se trata de un negocio, de mayor envergadura.

Sentóse junto a la columna del teléfono, vecina a la mesa lujosa, y permaneció allí, fumando, y mirando fijamente al aparato. Aguardaba algo.

La expresión de su rostro era ansiosa y completamente rufianesca.

Monk sonreía con toda su cara vulgar cuando dejó el ascensor en el vestibulo del edificio. Su expresión denotaba extrema satisfacción, mientras atravesaba el vestíbulo en dirección a la puerta de la calle.

Dos “botones” que cuidaban del servicio del ascensor y que se hallaban de pie junto a las cajas estacionadas, se doblaron por la cintura al paso de Monk.

Su saludo indicaba respeto y posiblemente, un poquillo de miedo.

De haber sido Velvet testigo del hecho, hubiera tenido en más consideración al supuesto portero.

Una, vez en la calle, Monk anduvo rápidamende. El hecho de ser

sus brazos unas pulgadas más largos que sus piernas le daba un cómico aspecto.

Varios peatones se volvieron a mirarle, sorprendidos.

Monk hizo caso omiso. Continuó avanzando como si deseara llegar cuanto antes a un sitio determinado.

El aire de la noche, ya helado, se tornaba más frio a medida que transcurria el tiempo. Las nubes se amontonaban en el cielo, indicio infalible de que la temperatura iba a ser muy cruda, con una probabilidad de nevada inmediata.

Monk llegó a un parque que se hallaba a unas cuantas manzanas de distancia.

En el frio centro del parque, barrido por el viento, había sido erigida una gran casa de madera.

De su interior, vivamente iluminado, salía un delicioso aroma de café, buñuelos y sandwiches. Una larga cola de gente partía de la casa de madera.

Monk calculó su longitud. Debía haber en ella cuatrocientos hombres, por lo menos.

Pocos de ellos habría que no estuvieran temblando por el frío de la noche.

Monk pasó por delante de la “cola” y llegó a un Banco nocturno. Cuando salió del Banco llevaba consigo quinientos billetes de un dólar.

Había cambiado por ellos el dinero de Velvet.

Monk se aproximó al hombre que daba alimento a la “cola”. Unas pocas palabras y el dinero pasó a otras manos.

Cinco minutos después cada individuo de la “Cola” recibía, con el alimento, un billete nuevecito de un dólar.

Para la mayoría un dólar era una pequeña fortuna. Significaba una cama donde dormir aquella noche. Y una comida o dos para el día siguiente.

El observador curioso hubiera sorprendido lágrimas de gratitud en un número determinado de ojos. Otros más escépticos, partían preguntándose en voz alta, pero alegre, si los billetes serian legitimos.

La sonrisa que dilataba las simiescas facciones de Monk se había acentuado mientras se aproximaba a un comercio abierto.

Y penetraba en la casilla del teléfono.

Consultando la lista. Monk halló el número del “Times-Flash”.

Velvet le había dicho que trabajaba para ese periódico. Monk llamó a la Redacción y pidió hablar con el director.

—Quería decir dos palabras a mister “Velvet”.

—¿A quién? —interrogó el director con un gruñido.

—A un informador apellidado Velvet —aclaró Monk.

—Nadie llamado así trabaja en esta Redacción —replicó concisamente el director—. No trabaja actualmente ni ha trabajado nunca, sépalo usted.

Monk perdió la sonrisa.

—¡Cómo! ¿No ha enviado usted un periodista al despacho oficial de Doc Savage para que le entreviste? ¡Dígame la verdad! Se trata de una cosa seria.

—Yo no he mandado a ninguno de mis hombres al lugar que me indica —replicó con firmeza, el director.

CAPÍTULO II

EL MISTERIOSO JUAN ACRE

MONK cortó la comunicación. Sus facciones de antropoide eran dignas de estudio. Se rascó las cerdas rojizas que formaban su cabello.

Por la calle pasaba entonces un vendedor de periódicos. Pregonaba con voz entumecida por el frio: “¡Terremotos! ¡Lean las noticias de un espantoso terremoto!”

Monk llamó al número de un hospital, famoso mundialmente a causa de las maravillosas operaciones que se llevaban a cabo en sus salas.

—¿Está ahí Doc Savage? —deseó saber—. Soy un amigo.

El que estaba de guardia titubeó antes de contestar:

—No creo que sus ocupaciones le permitan acudir al teléfono en este momento.

—¿Por qué no?

—Doc Savage dirige una de sus famosas operaciones y a su alrededor, observando, tiene una veintena de médicos.

A Monk no le sorprendió el hecho. Doc Savage, el famoso hombre de bronce, era considerado entre los profesionales como el cirujano más notable del Globo.

En general, no practicaba para ganarse la vida, mas con frecuencia, exponia su magia quirurgica a los ojos maravillados de sus colegas.

Hacia esto para enseñarles una nueva técnica y mostrarles la manera de hacer lo que él había aprendido mediante un estudio intensivo y una investigación detallada.

—¿Qué clase de operación realiza esta vez? —preguntó Monk con cierta indiferencia al que estaba de guardia.

—La extremadamente delicada de volver sus funciones al centro óptico nervioso de un individuo atacado de parálisis del ojo izquierdo —repuso el hombre.

Monk se sobresaltó levemente. —¿Qué?

Doc Savage opera un ojo izquierdo —repitió el hombre. Aparentemente se sentia locuaz—. Si tiene éxito será un suceso extraordinario. Un ojo que perdió la vista con motivo de una herida abierta durante la Gran Guerra.

Variadas expresiones alteraron el semblante de Monk. El asombro, la ansiedad, el deleite, luchaban por el dominio de su agradable y feísimo semblante. La emoción no le permitía hablar.

—El fin afortunado de una operación así se contará entre los éxitos mayores alcanzados aquí —siguió diciendo el hombre. Y había cierto terror en su voz.

Monk recuperó el habla.

—¿Es alto y huesudo el caballero a quien se opera? —interrogó.

—Justamente! Es un ejemplar notable, pero en excelente estado. A lo que parece los nervios del ojo se le han reforzado mucho desde la época de la herida. Con objeto de hacer posible la operación, y si ésta no se ha hecho antes, ha sido porque mister Savage se daba cuenta de que al hacerla en tales condiciones podría ocasionar la pérdida definitiva de la vista. Por ello ha aguardado a que la cosa madurase.

—¿Como se llama el caballero del ojo enfermo? —inquirió Monk vivamente y con voz más firme.

—Guillermo Hasper Litlejohn, el famoso arqueólogo y geólogo eminente.

Monk apoyó la espalda en la pared de la cabina. Sudaba. Las palabras del que estaba de guardia le sujetaban a una dura pruéba. —Oiga— suplicó —. ¿Quiere llegarse a ver cómo va la operación? Ese Litlejohn es un compañero mío muy querido y hasta este momento no he sabido que se le operase.

El hombre dejó el teléfono y permaneció ausente unos minutos, al cabo de los cualcs le participó:

—La operación ha terminado. Doc Savage vendrá aquí para hablarle en cuanto se quite la bata.

—¿Y ha tenido éxito? —chilló Monk, ansioso.

—Ciertamente.

Monk lanzó un berrido tremendo de alegria e hizo lo que pudo, dado lo angosto de la cabina, para expresar, con saltos, lo que séntia.

En el bendito silencio que sucedió a tales demostraciones, Monk aguardó a que Doc Savage se colocara al otro lado de la linea.

Fuera de la tienda chillaba todavía el vendedor de periódicos:

¡Con los detalles del gran terremoto!...

Del receptor pegado al oído de Monk salió una voz. Voz notable porque parecía especialmente capaz de adaptarse a las limitaciones de la transmisión telefonica.

Surgia, en efecto, del diafragma de metal con la sonoridad de una campana.

—Doc Savage al habla.

—Oye, Doc —chilló Monk—. ¿Por qué no nos dijiste que operabas a Johnny esta noche?

—Para evitaros un disgusto —repuso Savage—, y para que no vagarais inquietos por la sala del hospital sin saber qué hacer.

Monk dió un bufido. Comprendia que no faltaba lógica al razonamiento de Doc, pero no le agradecia la atención.

Hubiera preferido permanecer fuera de la sala de operaciones sudando y jurando entre dientes en el momento critico, a permanecer ignorante del hecho, pues Johnny era un amigo entrañable.

—¿Y qué? ¿Salió bien la operación —preguntó, deseando asegurarse del estado excelente de Johnny.

—Sí, muy bien —repuso Doc—. Johnny se levantará mañana de la cama y dentro de unos dias leerá los periódicos con el ojo enfermo.

—¡Tan pronto! —exclamó, admirado, Monk.

—Si, puede decirse que ha sido una operación complementaria —explicó Savage—, pero demasiado técnica para entrar en detalles por teléfono. Bueno, ¿qué se te ofrece?

Tan preocupado había tenido a Monk la operación de Johnny que, en verdad, habiase olvidado, de momento, del acontecimiento que motivara su llamada.

—Me parece haber hecho un descubrimiento, Doc —dijo.

Le contó la aparición de Velvet en el despacho del rascacielos, hablóle de la cantidad de quinientos dólares con que había

pretendido sobornarle el desconocido y literalmente, del empleo que él había dado al dinero.

—Por poco si me caigo redondo al ver aquella suma —dijo para terminar—. El individuo no me gustaba nada. Pero me resolvi a tomar los quinientos dólares. No puede sustraer nada del despacho porque está todo encerrado bajo llave y además se que no piensas aparecer por allí esta noche..

Mientras aguardaba una respuesta de Doc, sufrió violento sobresalto y miró en torno. Luego oprimió con más fuerza el receptor y se sonrió.

De éste surgía un sonido singular, apagado, suavísimo, emocionante, semejante al canto de un ave extraordinaria de la selva, al gemido del viento cuando se filtra por entre el ramaje de un pinar.

Era una nota musical, melodiosa, y salía del receptor telefónico con tan pasmosa claridad, que por ello, Monk sorprendido, había mirado en torno, creyendo distraídamente no hallarse solo en la cabina.

Mas él conocía aquella nota desde largo tiempo. Formaba parte de la personalidad de Doc Savage; era un pequeño sonido que él producía en momentos de concentrada atención.

Para sus amigos el sonido tenía distintos significados. En ocasiones era su grito de guerra o su canción triunfal; otras veces presuponía un plan de acción. A menudo sonaba cuando Doc se sorprendía.

En aquellos momentos Monk supuso que Doc estaba perplejo, como así era...

—¿Dices que todo está cerrado en el despacho? —interrogó a Monk.

—¡Herméticamente cerrado! Ese mozo no puede hacer daño. Por ello le he dejado a sus anchas.

—Sin embargo, puesto que ha mentido en lo referente al periódico —observó Doc—, será bueno que nos ocupemos de él. Algo traerá entre manos.

—Eso es lo que me figuro.

—Bueno, pues, dentro de un cuarto de hora a lo sumo te aguardo en el vestíbulo del rascacielos.

—Dentro de quince minutos estaré alli —prometió Monk. Colgó

el receptor y salió de la cabina.

Velvet se había dirigido a Monk como al encargado de abrir la puerta del despacho. Aquel individuo, feo, simiesco, le pareció un subalterno por su traje raído, por su cabello crecido y descuidado en el que no había entrado jamás, al parecer, la tijera del peluquero.

Pero, sobre todo, la frente estrecha de Monk, tras de la cual escasamente había espacio para un pequeño cerebro, era lo que le había despistado.

El aspecto de Monk era engañador. Pues ya sabemos que era un sabio de fama mundial.

Sus piernas cortas le llevaron con la velocidad de una flecha en dirección del despacho de Doc. Su semblante tornaba a asumir la acostumbrada expresión de regocijo.

—¿Conque Johnny podría en adelante usar el ojo enfermo? ¡Oh, qué alegría!

En el momento de entrar en el rascacielos tuvo que echarse a un lado para evitar un choque con otro vendedor de periódicos.

El chiquillo voceaba: —¡Terremoto! ¡Leed las noticias del imponente temblor de tierra en Sud— América!”

Como no le interesaban los fenómenos sísmicos, penetró Monk sin detenerse en el vestíbulo del edificio, pasó por delante de la falange de botones al servicio del ascensor y les interrogó uno tras otro.

—¿Ha bajado usted, procedente del piso número 86, a un caballerete en traje de etiqueta que parece muy pagado de sí mismo?

Por fin uno de los muchachos contestó: —Ese caballero acaba de salir.

Monk manifestó su disgusto con un profundo chasquido de la lengua.

—¡Ahí viene Doc Savage! —anunció otro botones.

Suspirada por un profundo respeto, la exclamación salió, entrecortada, de sus labios. Era como si el muchacho viera por vez primera al famoso personaje.

Sin embargo, le veia, con toda seguridad, varias veces al día.

Monk se volvió. Comprendía lo que sentían aquellos chicos.

Asociado estrechamente a Doc Savage, cada vez que divisaba su metálica persona experimentaba una honda emoción.

Doc levantó la mano saludando. Esta mano musculosa hasta el extremo de parecer envuelta en cables de acero, y pintada encima del cobrizo matiz.

Póseia unos dedos largos, ágiles, dotados de una fuerza prodigiosa.

—Vamos arriba —ordenó Monk.

Un ascensor —expreso los elevó, con la velocidad del viento, a la altura del piso octogésimo sexto.

—El mocito se ha largado —explicó Monk a su jefe antes de llegar—. Me ha informado del hecho un empleado del ascensor.

Sin decir nada, Doc se acercó a la puerta del despacho. Entonces sucedió algo verdaderamente fantástico e increíble. La puerta se abrió por si sola.

Sin embargo, Monk no vió a nadie detrás de ella.

Apresuradamente miró al interior del despacho. Estaba completamente desorientado. EL despacho estaba tal y conforme él lo había dejado.

Todo continuaba en orden... en apariencia por lo menos.

Monk examinó furtivamente la puerta exterior buscándole una explicación a lo que había hecho, que se abriera sola al acercársele Doc Savage.

Sacudió la cabeza. Luego anduvo por el despacho tirando de la puerta de la caja, de la del armario y de la que comunicaba con el resto del departamento.

Todas estaban cerradas.

—No parece que ese bribón haya tocado nada —dijo con su voz débil—. Tiene gracia. ¿Para qué me habrá sobornado sólo para entrar en el despacho?

Doc se dirigió a la puerta del fondo.

El cabello de Monk volvió a ponerse de punta ante lo que sucedió.

La puerta cerrada primeramente —Monk estaba seguro de que estaba echada la llave— se abrió súbitamente al acercarsele Doc.

Despues que el hombre de bronce hubo pasado el umbral, se volvió a cerrar.

Monk se abalanzó a ella y puso la mano en el perno. Ejerció toda su fuerza —tomaba y doblaba una herradura con sus manos velludas sin esfuerzo;— sin embargo, la puerta le resistió.

Hizo una mueca y distraídamente introdujo en el oído la punta del dedo meñique. No obstante su aspecto de orangután, era increíblemente inteligente.

Estaba probando aclarar el enigma. ¿Qué era lo que motivaba que se abríeran las puertas al paso de Savage? Doc disponía, de recursos inagotables e ingeniosos, mas éste era nuevo.

Y a pesar de todo su talento, Monk estaba confundido. La puerta se abrió del mismo modo mágico y Doc Savage reapareció.

Traía en la mano un tubo negro que hacia las veces de placa de gramófono.

Monk sonrió. Sabia lo que era. Formaba parte de un aparato que se enganchaba al teléfono y registraba todas las conversaciones.

Este aparato obstruia continuamente el hilo telefónico de Doc. Cuando quedaba llena una placa, otra le reemplazaba automáticamente.

—Nada. Sólo se ha tocado el teléfono a lo que parece —dijo Doc.

Monk le escudriñó con la mirada. Se tenía por un hábil policía. Estaba, seguro de que el instrumento continuaba exactamente colocado como antes.

Sin embargo, no dudó de que se hubiera utilizado.

Doc rara vez se equivocaba.

Yendo al teléfono lo examinó desde diversos ángulos, olisqueó el aire.

Entonces comprendió. En torno a la boca del auricular había un olor débil a tabaco.

Ni Doc ni sus hombres fumaban y nadie más había usado el teléfono.

Monk no se había dado cuenta del olor a tabaco durante el primer examen del despacho. Doc, sin embargo, lo había sorprendido. El olfato de Doc habíase adiestrado hasta alcanzar una sensibilidad animal.

Doc puso en movimiento el mecanismo que registraba la placa, de nuevo.

Aquél amplificaba y reproducía el sonido mediante un altavoz. Era como escuchar una obra de teatro por radio.

—”Hola”! —dijo una voz desde el altavoz—. Doc Savage al habla.

—¡Vaya un embustero! —exclamó Monk—. Esa voz pertenece al mocito. Velvet me dijo que se llamaba.

Doc le ordenó silencio con la mano levantada.

—Yo soy Juan Acre —replicó otra voz pausada, anhelosa, en el altavoz—. Desde el barco le he enviado a usted varios radiogramas. Me pregunto si habrá recibido alguno.

—Sí —dijo Juan Velvet—. Todos hacen alusión a varios misteriosos temblores de tierra.

—Bueno —exclamó Juan Acre—. Así ya comprenderá cuánto importa que yo le vea. Acabo de desembarcar del vapor “Junio”.

—¿Desea verme en el acto? —preguntó Velvet.

—Inmediatamente, mister Savage. ¿Puedo pasar por su despacho?

—No —replicó Velvet—. Pase por el Midas Club, de la Park Avenue.

—Muy bien, míster Savage.”

Un fuerte ¡chic! terminó la conversación. La placa se había parado automáticamente tan pronto como se habian colgado los auriculares.

—¡Tiene gracia! —exclamó Monk. ¿Has oído eso, Doc? En el Midas Club.

—Esa es la covacha de Ham.

Había una buena razón para la sorpresa de Monk. El Midas Club era la residencia de uno de los cinco famosos ayudantes de Doc: de Teodoro Marley Brooks, el abogado.

—¿Con qué objeto lo habrá señalado Velvet como lugar de su cita con Juan Acre? —dijo Monk, pensativo.

Doc no le respondió.

Sus facciones metálicas no mostraban la menor excitación.

—Juan Acre dijo que te había dirigido varios mensajes —siguió diciendo el químico, mirándole—. ¿Has recibido alguno?

—No. Ni tampoco he oído nombrar jamás ese apellido.

—Lo más extraño es que se haya fijado el “rendez vous” en el club de Ham —gruñó Monk—. Ese picapleitos debe andar mezclado en algún lío del que nada sabemos.

—Vamos a ese circulo y asistiremos a esa extraña cita —decidió Doc.

Se encaminaron a la puerta y otra vez los ojillos de Monk

estuvieron a punto de salirse de sus cartilaginosas órbitas.

Doc no había hecho gesto alguno, ni siquiera se había tocado la ropa.

La puerta, sin embargo, se había abierto de par en par al acercarse ellos.

—¿Como haces eso, Doc? —interrogó Monk.

—La puerta está educada —rcplicó el jefe.

Monk soltó un bufido. Miró hacia atrás mientras bajaban por el corredor.

La puerta se cerró sola cuando distaban de ella unos pasos. Monk lanzó un segundo bufido. El hecho le tenía desconcertado. Doc Savage marchó hacia el extremo opuesto de la pared, en la larga hilera de puertas del ascensor. Con el consíguiente desconcierto de Monk, esta puerta se abrió también al aproximarse Doc.

Entraron en la cabina, la puerta se cerró. El suelo se hundió bajo sus pies.

El mecanisno de aquel ascensor había sido inventado por el propio Doc.

Funcionaba a una velocidad demasiado molesta para los demás inquilinos.

Durante casi todo el trayecto, de unos sesenta pisos, Monk y Doc apenas tenían los pies en el suelo. Luego, la velocidad de la cabina menguó tan bruscamente que Monk tuvo que ponerse a cuatro patas. Doc, gracias a los tremendos músculos de sus piernas, logró mantenerse derecho.

Monk sonrió abiertamente. Siempre salía satisfecho de aquel ascensor.

No salieron al vestíbulo del rascacielos, sino a un estrecho túnel de hormigón. Bajaron por él y salieron al garage de Doc en los sótanos del rascacielos.

Media docena de coches se guardaban allí, desde un pequeño roadters hasta una gran limousine. Todos estaban pintados por un estilo: ninguno de colores vistosos.

Doc escogió un auto de turismo. Era un coche largo, oscuro, que no llamaba la atención a su paso. Monk sabia que alcanzaba la velocidad de ciento cincuenta millas por hora. El motor era una maravilla de silencio.

Las puertas de salida, que se hallaban en lo alto de una rampa, se abrieron de un modo fantástico, al acercarse el coche guiado por Doc.

La Park Avenue es la calle más elegante de Nueva York. El Midas Club estaba situado en el punto más distinguido de la Avenida.

No era un edificio alto, se levantaba a una altura de menos de veinte pisos, pero por su tamaño había costado indudablemente más que cualquier otra casa de la ciudad.

En la ciudad de Nueva York, existen dos o tres círculos que exigen, a los aspirantes y socios, un haber en el Banco de un millón de dólares por lo menos.

El Midas Club se les había puesto a la cabeza; para ingresar en él se requeria una fortuna de cinco millones. Además, tal fortuna tenía que haber sido hecha por las propias manos del socio.

Si era heredada, se le ponia el veto. Según se decía, Ham tenía alquilado el departamento más suntuoso del circulo.

Doc Savage y Monk llegaron a él.

—¡Diantre! ¡Mira! —exclamó el segundo.

Una docena de policías por lo menos corrían de aquí para allá delante de la puerta.

En torno se apiñaba un gentío imponente. Todos parecian muy excitados.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Doc a un policia.

—Un hombre que dice llamarse Juan Acre ha tratado de entrar en el circulo —explicó el agente—. Mientras lo intentaba y gritaba su nombre, varios individuos llegaron con armas, le cogieron y se lo llevaron.

Un chiquillo corrió hasta el coche.

—¡Compren un diario; señores! —gritó—. ¡Lean lo del terremoto de Sud —América!

—¡Eh, atrevido! —dijo el polizonte—. ¡Donde acaba de llevarse a cabo un secuestro, sólo falta que vengas tú a anunciarnos temblores de tierra!

CAPÍTULO III

LA MUJER QUE SE ASUSTABA DE LOS TERREMOTOS

MONK miró a Doc. Y luego al policía. Rápidarnente le describió a Velvet. No le hubiera pintado mejor si hubiera mirado, mientras hablaba, el retrato del individuo.

—¿Se hallaba, por casualidad, entre los secuestradores de Juan Acre? —preguntó al terminar.

—En efecto —dijo el agente—. Iba a la cabeza del grupo.

—¿EL secuestrado se llamaba Juan Acre? —preguntó Doc.

—Precisamente —replicó el agente—. Se puso hecho una fiera cuando no le consintieron la entrada en el circulo, y protestando que tenía aquí una cita, dijo a voces su nombre.

—¿Por dónde desaparecieron los que se lo llevaron?

El hombre señaló con un vago movimiento del brazo.

—Por una de esas calles abajo —respondió—. No recuerdo bien cuál.

—Dispararon varios tiros y todos se asustaron, por lo visto.

Doc dio las gracias al agente y llevó el coche delante del circulo, a cuya misma puerta lo detuvo.

Un gran letrero decia que el espacio ante la acera estaba reservado.

Esto significaba que se dedicaba exclusivamente al uso de los caballeros que poseyeran en el Banco un capital de cinco millones.

Un camarero salió frunciendo el ceño. De su expresión se deducia que trataba de alejar de allí al coche de un modo brusco.

Sin embargo, apenas se fijó en el hombre de bronce y en su coche, sufrió un extraño cambio. Su ceño se transformó en sonrisa cortés.

Saludó tan profundamente que se le cayó al suelo la gorra de

uniforme. Muy confuso, la recogió del suelo, sonrojándose.

En lugar de expulsar a Doc, a poco se rompe una pierna en su prisa por abrir la portezuela del auto y ayudar a apearse a los dos caballeros.

Doc y Monk penetraron en el Midas Club.

Monk se fijó en que la puerta no se abría al aproximarse Doc.

—Esta no está educada —dijo sonriendo.

Subieron en un ascensor hasta el último piso, bajaron por un corredor alfombrado tan lujosamente como el del despacho de Doc y pulsaron un timbre. La puerta se abrió.

Monk echó una mirada al interior. Emitió un gemido resonante y dramáticamente se tapó los ojos con las manos.

—¡Lleváoslo! —gimió con fingido dolor—. ¡Es tan vistoso que me lastima la vista! ¡Me va a cegar!

A través de la puerta se agitó la caña negra de un bastón. Monk abandonó su papel y esquivó el golpe. La caña le rozó la cabeza.

El hombre del bastón salió como para darle un nuevo bastonazo. Era un hombre esbelto, de cintura tan delgada como una avispa.

Era Ham, tan elegante y pulido como de costumbre.

Monk se retiró riendo. El hecho de que hubiera un misterio que aclarar y que abajo acabaran de secuestrar a un hombre no le había privado de lanzar una pulla a Ham.

Ni siquiera la tensión de la situación podia impedir que, a su modo, le mordiera.

Doc explicó lo que había ocurrido, la visita de Velvet a su despacho, su cita con Juan Acre en el Midas Club y el secuestro de este último.

Para concluir, dijo: —¿Sabes algo de todo esto, Ham?

—Ni una palabra —repuso el abogado.

—¿Por qué los bandidos darian esta dirección? —se preguntó Monk en voz alta.

—Ha sido una buena idea por parte del falso periodista —dijo Doc—. Dió la dirección de Ham para el caso de que el hombre a quien estaba engañando quisiera ver si era verdadera. Yo visito aquí con frecuencia a Ham. Era lógico suponer que deseara recibirle aquí.

Monk se rascó la mandibula y la cabeza y acabó por introducir en el oído la punta del dedo meñique.

—¿Cómo diantres haremos para descubrir el significado de todo este lío?

—Allí está el buque “Junio” —repuso Doc—. Juan Acre ha llegado en él esta noche. Por lo visto envió desde él los radiogramas.

Doc se acercó al teléfono y marcó un númcro en el disco. Habló un segundo ante el aparato. Su voz era tan baja que ni Monk ni Ham oyeron una sola de sus palabras. Luego colgó el receptor.

—Me he puesto en contacto con el capitán del “Junio” —explicó —. Me ha dado una noticia singular. El radiotelegrafista es un individuo apellidado Soils. Ha desaparecido unos minutos después de atracar el vapor y no le encuentran en ninguna parte.

—¿De dónde viene el “Junio”? —preguntó Ham.

—De los puertos de la costa occidental de Sud América —explicó Doc.

Ham volteó distraído su bastón. Sus ojos erraron en torno y se detuvieron al llegar a la puerta. Abriase en ella una rendija.

—¿Quién ha dejado la puerta abierta? —gruñó.

Se adelantó con el propósito evidente de cerrarla. La puerta estaba entreabierta poco más de una pulgada, pero el hueco agrandose súbitamente.

El cañón de un revolver asomó por él.

—Siento interrumpir tan interesante conversación —dijo sombría una voz femenina.

Ham hizo alto bruscamente y se quedó con el brazo rígido y tendido el estoque en el aire. Pero adelantó la cabeza para ver quién estaba detrás de la puerta.

—¡No se fatigue la vista! —dijo la voz de mujer—. Voy a entrar.

Y cruzó el umbral.

Monk lanzó una exclamación ahogada. Sabia apreciar a una linda muchacha.

Y ésta le causó vértigo.

De cintura para arriba, su esbelto cuerpo aparecía aprisionado por una ceñida tela de tisó de oro; de cintura para abajo se ceñía un poco menos, pero sólo un poco.

Iba peinada a la garzon, con el pelo ondulado, y tocada con una sencilla tira dorada que le cubría el pelo. Sus pies pequeños iban metidos en unos zapatitos dorados.

En conjunto, su atavio era elegante, de tarde. El efecto era sorprendente.

Su rostro hechicero armonizaba perfectamente con el exótico atavío.

Monk cerró la boca. Por primera vez, parecía darse cuenta de que la asombrosa chica llevaba un revólver, grande, automático, del calibre cuarenta y cinco.

Desde el arma, Monk miró la falda del vestido. La exótica prenda descubria toda encantadora curva.

Envuelta en el brazo izquierdo llevaba la damisela una costosa piel.

Sin duda había entrado en el Midas Club ocultando el revólver debajo de la piel.

—¡Caballeros, manos arriba!

Su voz era como el sonido distante de una campanilla de plata. Era agradable al oído.

—¿Está segura de que no se equivoca? —le preguntó Ham—. Nosotros no la conocemos.

La muchacha del deslumbrante traje dorado no le contestó. Miraba a Doc.

Parecia fascinada por él. Ello era comprensible. Cuando veian el físico extraordinario del hombre de bronce, los hombres sólo reparaban en ello.

Las mujeres, en cambio, observaban al propio tiempo que era incomparablemente hermoso.

Y la muchacha acababa de descubrirlo.

Pasó un minuto, luego otro. La sorprendente desconocida miraba todavia a Doc.

Doc Savage levantó lentamente un brazo. Rígido como una barra de metal, le detuvo a la altura de la nariz de la chica. El brazo permaneció quieto, inconmovible, señalando.

Monk y Ham cambiaron una mirada. Llevaban asociados a Doc mucho tiempo para no conocer las muchas artes dominadas par el hombre de bronce.

Sabían que era maestro de hipnotismo y así comprendieran lo que significaba su gesto.

Doc trataba de hipnotizar a la muchacha.

Para la mejor eficacia del hipnotismo, es necesario que la

atención del sujeto esté fija en algo. Por ello es dificilísimo hipnotizar a quien no quiere ser hipnotizado.

La muchacha comprendió súbitamente lo que Doc estaba haciendo.

Apartó la mirada de las doradas pupilas de Savage y saltó hacia atrás.

Abofeteó violentamente su propio rostro.

Monk se lanzó adelante con la idea de coger el revólver mientras se ocupaba en deshacer el encanto de Doc, pero la muchacha lo amenazó con el arma.

—¡Como adelante un paso más, le agujereo esa cara horrorosa! —declaró.

—¡Adelante —la invitó Ham—. Un agujero sería un adorno más.

Monk despreció el insulto.

—¿Dónde han llevado ustedes a Juan Acre? —preguntó la muchacha.

Monk y Ham se sobresaltaron ligeramente.

—No me pregunte —exclamó Ham.

—¿Eh? —gruñó Monk.

—Parece que la señorita no se engaña después de todo —observó Doc.

La bella vestida de oro les miró fríamente por encima del revólver.

—¿Confiesa, pues, que le tienen ustedes?

—Se equivoca —le dijo Doc.

Era evidente que la muchacha no deseaba correr el riesgo de volver a mirarlo. Temia su poder hipnótico aun cuando su figura broncínea atraia repetidamente sus esquivas miradas.

—¡Juan Acre me ha llamado y me ha dicho que estaba aquí! —gritó.

—Pero, ¿la ha citado? —dijo Doc.

La muchacha titubeó antes de responder.

—No. Pero he venido. Deseaba hacerle varias preguntas.

—Pues nosotros ignoramos dónde se halla.

—¡Miente usted! —exclamó la muchacha.

Doc guardó silencio. Había una materia de la cual no poseía conocimientos generales. Opinaba que era imposible aprender mucho acerca de ella.

Esta materia que casi ignoraba era… las mujeres.

No sabía bastante del sexo bello para comprender si convenía o no argumentar con él.

Ella le creía un embustero y no cabía protestar o había que dejarla.

—¿Dónde está Juan Acre? —repitió la muchacha recalcando, sombría, cada palabra de la frase.

Doc no hizo nada. Monk y Ham no dijeran nada. Monk la admiraba sin rebozo. En aquel momento, no recordaba haber visto otra mujer más deslumbradora.

La muchacha miraba a un lado y a otro, evitando fijar la vista en Doc.

Su mirada paseó por encima de los muebles, volviendo con frecuencia a los hombres para asegurarse de que no se movían.

Una papelera estaba junto a una poltrona y una lámpara de pie.

De la papelera sobresalía un periódico doblado, ya leído.

Veíanse dos palabras de una cabecera: —Terremotos en… a.

La vista de las dos palabras produjeron un efecto singular en la muchacha. El horror se pintó en su semblante. Su garganta se contrajo visiblemente.

Doc, Monk y Ham cambiaron una mirada. El epígrafe había llenado a la joven de horror. Por fuerza tenía que ser el epígrafe, pues desde donde ella estaba sólo era visible éste.

La muchacha se sentó junto a la papelera. Pareció olvidarse de Doc y de sus compañeros. De un tirón se apoderó del diario y lo extendió.

—¡En Chile! —susurró—. ¡Y ha matado a otro de ellos!

—¿A quién? —preguntó Doc.

La joven no respondió. Doc miró a Monk.

—¿Te acuerdas de la conversación registrada en mi despacho? —dijo.

—Sí —gruñó Monk—. Versaba sobre misteriosos temblores de tierra.

—¿Qué hay detrás de todo esto? —preguntó Doc a la muchacha del traje de oro.

La muchacha se levantó del suelo. Aunque ellos no habían intentado apoderarse de ella mientras estaba tan interesada por el epígrafe del diario, volvió a apuntarles con el revólver.

—Gastan el tiempo inútilmente tratando de hacerme creer que no saben nada de lo que pasa —declaró.

Monk se encogió de hombres con impaciencia. Señaló en dirección a Doc con su su mano velluda.

—¿Sabe quién es ese caballero de bronce, señorita?

—Es el famoso Doc Savage —exclamó ella.

Monk enronqueció de indignación.

—¡Oiga, dorada! Doc ha hecho más bien en este mundo que cincuenta conocidos de usted. EL trabajo de toda su vida ha sido y es...

—¡No gaste palabras! Ya he oido hablar de él. Siempre se halla en conflictos, ¿no es verdad? Pues si no me dicen dónde está Juan Acre, van a verse en otro conflicto... ¡pero de una vez!

Monk cedió. Había supuesto que alli, en la ciudad, no había nadie que desconociera la indole del trabajo llevado a cabo por Doc Savage, su carrera de enderezar entuertos, de castigar a los malos; pero aquella era la primera persona que lo ignoraba.

—¿Cómo se llama? —preguntó inesperadamente Doc a la muchacha.

—”Tip” Galligan —no vaciló en dar su nombre—, o, para mayor exactitud, Elena Tipperary Galligan.

Ham empezó: —Pues bien, Elena...

—No me agradan los gigolos —saltó la joven con dureza, mirando la maravilla del traje de Ham—. Además, mi nombre es “Tip”.

—¿Por que lo asusta ese epígrafe concerniente a los terremotos, ¿Tip? —interrogó Doc.

Ella no contestó a la pregunta. Alzó la barbilla con arrogancia y dijo, airada: —He oido decir que le ayudan cinco hombres y adivino que esa pareja son dos de sus ayudantes. Voy a decirle algo: o suelta usted a Juan Acre o me apoderaré de sus tres compañeros restantes y les retendré en mi poder hasta que hable usted.

Una sonrisa dilató la boca de Monk de oreja a oreja. No podía explicarse el motivo, pero estaba encantado de que a la joven no le agradase el lechuguino Ham.

—¡Caramba! ¡Esto suena a violencia! —dijo alegremente.

—¡Eso es! —aseguró “Tip”.

—Me parece que nos entenderíamos mejor si guardara esa arma

—dijo Doc.

—No la dejo —replicó Tip; y agitó su mano armada.

Doc Savage miró al techo. Sus labios se movieron. De ellos salieron extrañas palabras, sonidos guturales, armoniosos, pero en absoluto intelegibles para Tip.

Monk y Ham no replicaron, pero era evidente que comprendian el extraño lenguaje. Y ambos hicieron algo poco usual: contuvieron la respiración.

—Escuchen los tres —silbó “Tip” entre dientes—. ¿Qué traen entre manos? No traten de…

La muchacha se quedó dormida de pie. Sus párpados, ornados de larguísimas pestañas, se cerraron. Vaciló… De no haberla cogido Monk con la velocidad del rayo, se hubiera desplomado.

Aun en el mnmento de saltar hacia ella no dejó Monk de contener la respiración; la sostuvo mucho rato.

Con las mejillas dilatadas por una sonrisa, teñido de púrpura el semblante, levantó en brazos a la desconocida y la sentó en una butaca.

Doc Savage —un atento observador hubiera reparado en ello— contenía asimismo el aliento. Pasado un minuto hizo un gesto, y en el acto, los tres respiraron otra vez normalmente.

Ahora Doc se despojó de la chaqueta y se remangó hasta el codo, de modo que quedara expuesto el forro de la manga izquierda.

A él iba cosido un bolsillo pequeño. De su interior sacó Doc los fragmentos de un frasco de cristal roto por la expansión de un bíceps musculoso.

El frasco había contenido un anestésico muy fuerte, substancia perfeccionada por Doc. Su rareza estribaba en que casi al instante de esparcirse en el aire producia una súbita y total inconsciencia.

Después de haber estado en el aire poco más de un minuto, perdía la eficacia.

Doc y sus dos camaradas habían contenido, sencillamente, el aliento, mientras el gas era peligroso.

Doc les había hablado en lengua maya. Para avisarles de lo que intentaba hacer.

Sólo una docena de habitantes del mundo civilizado comprendian aquel idioma. Doc y sus cinco asociados lo hablaban

sin esfuerzo alguno.

—La señorita ha encontrado la horma de su zapato —observó, riendo, el químico—. Ahora tardará una hora en despertar, ¿no es eso, Doc?

Doc no respondió. De uno de sus bolsillos extrajo un estuche de metal, sacó de él dos frasquitos y vertió su contenido en la garganta de mis Galligan.

Hecho esto, la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio de Ham.

El lujoso departamento ocupado por Ham, en el Midas Club constaba de una docena de habitaciones, varias de las cuales tenian acceso independiente al corredor.

Una de éstas fué la elegida por Doc para dejar a la muchacha.

La depositó sobre la cama y con ligereza desusada se aproximó a la puerta de escape.

Monk y Ham, que le miraban, creyeron que había ido a ver si estaba cerrada con llave.

Rápidamente volvió Doc al lado de sus amigos, les asió por un brazo y les condujo a la habitación contigua.

Monk le siguió, remoleando. Lamentaba perder de vista a la seductora muchacha del dorado atavío.

—Parece una mariposa —comentó—. ¿Verdad que es muy linda, hermanos? Y además —agregó, ladrando burlón a Ham sabe distinguir—. No le agradan los gigolos.

Ham apretó los dientes y su diestra apretó con fuerza el bastón —estoque. Le había herido en su amor propio la equivocación de miss Galligan.

—¡Silencio, camaradas! —ordenó Savage.

Se dirigió al teléfono, tomó el auricular y marcó un número. Ham y Monk conocieron al ínstante a quién llamaba. Estaban familiarizados con aquel número.

Era el de un hotel vecino al rascacielos donde tenía Doc instalado su despacho. Este hotel era morada de los tres miembros restantes del grupo capitaneado por el hombre de bronce.

—¡Johnny! —dijo Doc.

Una leve expresión de asombro se pintó en los semblantes de Monk y de Ham.

En la Gran Guerra, Johnny había perdido la vista del ojo

izquierdo.

Para devolvérsela, Doc, había llevado a cabo la operación de la noche anterior. Varíos doctores se habían maravillado, dada su extraordinaria habilidad de cirujano, de que no hubiera operado antes el ojo de su amigo.

Doc había aguardado años enteros, con objeto de que determinados músculos y nervios delicados se fortalecieran lo necesario para soportar la operación.

A Ham y a Monk les dejó atónitos comprobar que Johnny había dejado ya el hospital, hecho que no era pequeño tributo a la fabulosa competencia de Doc.

—¿Qué tal vamos, Johnny? —interrogó Doc.

—¡Magníficamente! —replicó el arqueólogo.

—"Okey" Vete a dormir y que se pongan Renny o Tom al aparato.

—Oye, Doc; si hay alguna novedad, no voy a perder la ocasión de...

—¡Silencio! —ordenó Doc—. No discutas. Te conviene descansar unos días.

—Bueno, bueno —gruñó Johnny—. Aqui esta Renny.

Un momento después el receptor que empuñaba Doc pareció a punto de saltar, hecho añicos, bajo el impacto de una voz atronadora, imponente.

—Renny: ve al garage en compañía de Long Tom —dispuso Savage—. Y tomad un coche. Llegaos a este antro mal llamado casa de Ham...

—¿Sucede algo? —interrogó el ingeniero.

—Si —repuso Doc.

Había hablado con voz clara y fuerte. Ahora, de pronto, bajó el diapasón de tal modo que el transmisor apenas vibraba. Se expresó en idioma maya para decir:

—Es posible que os secuestren durante el trayecto. Dejaos pillar y tratad de sonsacar a vuestros apresadores. Me agradaria saber qué se proponen.

Soltó el auricular. Por espacio de unos segundos permaneció de pie ante el aparato. Un viento frío aullaba débilmente en la calle.

De cuando en cuando algo chocaba contra los cristales con rumor suave y apagado. Eran copos de nieves dispersos por el

viento.

Como si hubiera aguardado a que transcurriera un tiempo determinado, Doc volvió a la vida.

Se dirigió al dormitorio y abrió la puerta de un tirón. No dijo una palabra.

Monk, que estaba tras él, no le imitó.

—;Toma! ¡La chica se ha largado!

En efecto: no estaba en la habitación. La abierta puerta de escape indicaba por dónde había salido.

Monk hizo ademán de echar a correr, sin duda, en pos de la fugitiva.

Doc le detuvo.

—Aguarda. Déjala ir.

Una gran claridad se hizo en el espíritu de Monk. Tragando saliva, explicó:

—Comprendo. Le diste algo que la movió a salir pronto de su estado de inconciencia. Contabas con que oiria tu dialogo por teléfono y se lanzaria a actuar.

Ham sonrió.

—Justamente —aprobó, blandiendo el estoque—. E incluso le has abierto la puerta.

—Pero ¿por qué lo has hecho? —deseó saber el quimico.

—Recordaréis —explicó Doc—, que nos amenazó con apoderarse de nuestros amigos…

—Y tú le le has proporcionado los medios —concluyó Monk, riendo—. ¡Ajaja!

CAPÍTULO IV

MISS "ARREBATA-HOMBRES"

LONG Tom guiaba la "limusine" de Doc. —Me pregunto en qué asunto estaremos mezclados— dijo —. Y me mareo. Vamos a ser secuestrados y tenemos que sonsacar lo que podamos a nuestros secuestradores. Ahora bien: ¿qué es lo que debemos sonsacar?

—¡Por el toro sagrado —exclamó Renny—, ¡que lo ignoro!

—A juzgar por lo que Doc ha explicado, adivino que nuestro secuestrador es una mujer —anunció Long Tom—. ¿Qué piensas de esto?

—Muchisimas cosas.

—Quizá sea bonita —..

—¡Hum! No hay que fiarse —dijo Renny en tono solemne—. Una mujer es capaz de salir de repente para matarte de un tiro.

Long Tom se echó a reir y varió de tema.

—Johnny estará desesperado a estas horas. No deseaba permanecer inactivo.

—¡Ese saco de huesos! —comentó Renny con pesar—. Se figura que vamos a correr una aventura, y antes que perderla perdería el ojo operado.

El mago de la electricidad metió el gran sedán en la Park Avenue.

El Policía que dirigía el tráfico en la esquina vio el número de matricula del coche. Tocó el pito con fuerza, detuvo todos los coches e hizo señas a la limousine para que avanzase.

En Nueva York las matriculas son cosa de magia. La gente importante posee les números más bajos. Los que mostraban la placa de Doc eran de las más bajos.

El motor del sedán hacia poquisimo ruido. No se oía nada desde

el interior del coche. Pues estaban cerradas las ventanillas. Éstas tenian cristales irrompibles; la carrocería era de planchas de acero.

El interior del coche estaba provisto de los ingeniosos inventos mecánicos y eléctricos de que a menudo tenía que echar mano Doc Savage.

La carrera de Doc en calidad de enemigo de todos los malhechores le ponía frente a toda clase de bandidos, algunos de los cuales poseían una astucia diabólica.

Sólo utilizando los últimos descubrimientos de la ciencia y los poco ultra —adelantos que el propio Doc había perfeccionado, podía el hombre de bronce combatir a sus enemigos.

EL sedán moderó la marcha para hacer un viraje y detenerse ante la puerta del Midas Club.

Una joven salió del escondite de uno de los arbustos que decorara el centro de la Park Avenue.

Llevaba un deslumbrante traje de noche dorado que la ceñía como un guante y una enorme y costosa piel. En la diestra empuñaba un revólver negro.

Saltó al estribo y trató de abrir la portezuela. Esta no cedió. Ella apoyó la boca del arma en el cristal.

—¡Abrid! —ordenó.

El cristal irrompible hubiera detenido la bala de un rifle potente. Pero Doc había aconsejado a los dos hombres que se dejaran atrapar.

Extendiendo una mano enorme, Renny abrió la portezuela.

La muchacha se instaló en el asiento de detrás.

—¡En marcha! ¡Pronto! —ordenó.

Long Tom obedeció la orden. Al propio tiempo estiró el cuello para ver a la desconocida ea el espejo posterior. Juzgó que era la beldad más deslumbradora que conocia.

—¿Qué idea le ha dado? —dijo Renny—. Nosotros no la conocemos a usted.

—Quizá no —replicó la muchacha—. Pero yo les conozco por haber visto su retrato en los periódicos. Son un par de fenómenos que no se despintan.

Renny y Long Tom se rebulleron inquietos. ¡La muchacha no se mordía la lengua!

Mas, lo supiera o no, había hallado la horma de su zapato en

Renny y Long Tom.

—¡Si fuera usted mi hija, le haria ponerse un vestido más decente! —tronó Renny.

—Si yo fuera su hija, me envenenaria —replicó la desconocida.

Las orejas de Renny, se encendieron.

—¿A dónde quiere que vayamos, señorita? —interrogó Long Tom.

—Hacia el Norte, en dirección de Westchester —ordenó la pasajera—. Conozco alli una casa vacía, la mejor jaula para un par de pájaros de cuenta.

—¿Sí? —balbuceó Long Tom.

—Y les tendré alli encerrados hasta que Doc Savage ponga, en libertad a Juan Acre.

—¿Quién es ese sujeto? —preguntó Long Tom.

—El hombre que acaba de desembarcar de Sud —América.

—¿Y cree usted que le ha cogido Doc Savage? insistió Long Tom.

—Alguien lo ha hecho —dijo la desconocida—. ¿Quién sino él? Juan Acre me llamó y me dijo que nadie, a excepción de Doc Savage, sabia que estaba en Nueva York. Y me rogó que no se lo dijera a nadie. Yo ya lo he dicho. Juan Acre fue cogido delante del Midas Club. Si no le ha cogido Doc Savage, ¿quién ha sido?

Long Tom se permitió una leve sonrisa.

"Tip" se sentó en el borde del asiento rebosante de almohadones.

Long Tom, observándola por el espejo, se maravillaba de que la estrechez de su vestido la permitiera estar sentada.

—Doc Savage le ha cogido por cuenta del pequeño hermano blanco —dijo con amargura la muchacha.

La cara, macilenta de Long Tom adquirió una expresión perpleja. Renny se contempló, abstraido, los grandes puños.

—¿El hermano blanco? —exclamó Long Tom.

—No me engaña simulando sorpresa —dijo la muchacha armada —. Doc Savage ha secuestrado a Juan Acre y sólo una persona puede haber contratado sus servicios: el menor hermano blanco.

—¡Oiga: "nadie contrató nunca a Doc Savage"! —dijo, airado, Tom.

La muchacha estaba a punto de replicar con sarcasmo. Pero en vez de hacerlo, se puso rígida en el asiento.

El horror se extendió por sus delicadas facciones.

—De repente, se agachó como un hermoso pájaro dorado que ha visto, de pronto, a una serpiente. Sólo una cosa podia, causarle tal espanto: una salva hueca, una especie de explosión trepidante que venia de la derecha.

Aquel sonido hizo temblar la tierra; se arrastró y tronó.

Sus ramificaciones parecieron invadir las tinieblas con pavoroso fragor.

Luego, el sonido se extinguió rápidamente, como había surgido.

Long Tom y Renny volvieron la cabeza para mirar a la muchacha. Ambos, dístintamente, oyeron las palabras ahogadas de sus labios:

—Esa sacudida... el hermano blanco... —Su voz se extinguió.

Long Tom y Renny movieron, graves, la cabeza y se miraron. La conducta de la muchacha les tenía desconcertados.

—¿Por qué la asusta tanto el ruido de los barrenos? —preguntó Renny.

—¿Barrenos? —repitió la muchacha, aturdida.

Renny indicó con un ademán un punto iluminado a su derecha.

Nevaba copiosamente y en el confuso remolino de los copos de nieve apenas se distinguían las luces.

—Hacia allá hacen una excavación y se ponen los barrenos de noche cuando no hay temor de herir a posibles espectadores —explicó.

El suspiro de alivio que lanzó la muchacha fué oído perfectamente por los dos hombres.

—¡Uf, qué descanso! —exclamó.

—No ha contestado a mi pregunta —le recordó Renny—. ¿Por qué le asusta ese ruido?

La joven le miró fijamente. Evidentemente se preguntaba si debia responder o no. Por fin decidió no hacerlo.

—Ya no hablo más —dijo secamente.

Y así pensaba hacerlo. Long Tom y Renny trataron de interrogarla. Todo lo que obtuvieron fueron cáusticas réplicas.

—¡Callen y sigan guiando! —les ordenó al fin.

Ahora se extendía sobre el suelo una sábana blanca. ¡Cosa rara!

Aunque la nieve se derramaba literalmente en el parabrisas del sedán, ningún copo es adhería a él. El vidrio estaba cubierto con

una solución preparada por el químico Monk.

Sólo este preparado habría labrado a Monk una fortuna.

El frío hería, fuera, a los transeuntcs. Dentro del coche, la temperatura era muy agradable, debido a la combinación del calentador y acondicionador del aire.

Un gran surtido de llaves y palancas decoraba el tablero de instrumentos. Long Tom extendió la mano y tocó algunos.

—¿Qué hace? —exclamó la muchacha.

—No necesito que me enseñen a guiar el coche —replicó bruscamente Tom.

El sedán avanzaba hacia el Norte. Ya habían dejado los barrios exteriores de la ciudad. La nieve caia más deprisa.

Un viento fuerte dispersaba los copos.

—Tuerza usted al llegar a la primera esquina —ordenó la muchacha.

Tom obedeció. Unos metros más allá, y en obediencia a una segunda orden, metió el coche dentro de un gran patio.

Las faros iluminaron una casa. Era un edificio casi en ruinas. La falta de tejas en el techo le hacia parecerse a un perro con la boca abierta.

Las ventanas estaban tapiadas con maderas. Numerosos arbustos de hoja perenne formaban negros manchones entre la blanca borrasca.

Long Tom detuvo el sedán.

—Salga —ordenó la muchacha—, y abra la portezuela. Estamos… hola… oh…

Los arbustos adyacentes dieron salida a saltarinas figuras de hombres. Un convergente circulo amenazador rodeó el coche. Los hombres iban armados.

—¡Los hermanos blancos! —gritó la muchacha.

Dos hombres de aspecto totalmente distinto iban a la cabeza de una cuadrilla. Uno de ellos iba elegantemente vestido y era muy guapo, aunque afectado. El segundo era bajo y feo. Sus narices eran dos peludos agujeros.

Una visible cicatriz que le cruzaba, oblicua, la cara, le daba aspecto rufianesco.

Long Tom y Renny desconocían a aquellos dos “caballeros” de industria. La pareja eran “Biff” y Juan Velvet.

Este tomó el mando.

—¡Tire ese revólver! —ordenó a la muchacha.

La joven había sido sorprendida. En aquel momento apuntaba con el arma a Long Tom y Renny. Trató de volverla sobre Velvet. Pero éste dió un salto.

Llevaba una automática en la mano. Se la arrojó. La pesada arma hirió a la muchacha en un brazo y la obligó a tirar el revólver.

Velvet, arrojándose como un futbolista sobre la pelota, rodeó a la muchacha por el talle. El salto les tiró sobre el suelo de madera del sedán.

Las piernas del hombre quedaron fuera.

Renny, sentado delante, trató de cerrar las puertas del sedán. Las piernas de Velvet se lo impidieron. Renny se agachó con objeto de empujarlo.

Las bocas de dos revólveres fueron introducidas a través de la puerta.

—Un salto y vas a graznar a los infiernos —exclamaron a dúo dos roncas voces.

Renny examinó los rostros bajos tras de las armas. En otras ocasiones había visto el deseo de matar en la faz de los hombres. Lo volvió a ver ahora.

Con brusca mansedumbre levantó sus manazas.

—Cuidado —dijo a Long Tom entre dientes—. Estos pájaros me parecen de malas intenciones.

Long Tom elevó los brazos por encima de la cabeza.

Los pistoleros convergieron sobre el sedan. Long Tom y Renny fueron registrados. Sus aprehensores parecieron sorprenderse de que no fueran armados. No registraron a la muchacha. La examinaron por encima.

—No puede ocultar nada —decidió Velvet.

La muchacha parecía, aturdida por el nuevo giro que tomaban las cosas.

Cuando miró a Renny y a Long Tom, sus ojos expresaban una gran duda.

—Espero se dará cuenta de lo que ha hecho —le dijo Renny. Todavía le dolía la frase de ella asegurando que se envenenaría si fuese hija suya.

—¡Salgan del coche y métanse en la casa! —ordenó Velvet. Miró

a la joven y frunció, amenazador, el ceño—. La hemos vigilado desde hace unas semanas, miss Galligan, y conocemos la existencia de este tugurio ruinoso. La hemos visto detener a estos dos hombres frente al Midas Club y no ha sido difícil suponer que les traería, aqui.

A Renny se le inflamó el semblante y juntó los puños. El sonido que hicieron fué similar al choque de dos trozos de hormigón.

—¡Póngase un tapón! —soltó Velvet.

—¿Qué?

—¡Que cierre el pico! ¡Que no suelte la sin hueso! —explicó el rufián—. Solo queríamos a la muchacha. Pero nos quedaremos con ustedes de propina. Luego, en caso de que Doc Savage se ponga tonto, dispondremos de los dos.

Renny meditó la amenaza. Y su rostro puritano sufrió un cambio.

—¿Trabajan para el hermano blanco? —preguntó.

Velvet he sobresaltó violentamente y le lanzó una mirada centelleante.

—¡Silencio! —aulló.

Renny calló. Por el aire del hombre se comprendía fácilmente que era un esbirro del misterioso hermano blanco.

CAPÍTULO V

SOBRE LA PISTA DEL PROMOTOR DE TERREMOTOS

EL vulgarote Monk estaba diciendo con su asombrosa y débil voz.:

—Bueno, soy el hijo de un cañón.

—Peor que eso —le notificó el petimetre Ham—. Pero no voy a caer en la vulgaridad de explicarte lo que eres.

Doc Savage guardó silencio. Sus ojos estaban fijos en lo que estaba haciendo. Sus doradas pupilas parecían más vivas que de costumbre.

Ya no estaban en el Midas Club. Habian regresado al despacho del rascacielos.

Si hubieran mirado por la ventana, les hubiera parecido que estaban sumergidos en un mar lechoso. La nieve caía tan copiosa que impedía la vista de los edificios vecinos, incluso de aquellos que tenían la luz hasta tan tarde.

Fuera de la ventana, a ochenta y seis pisos sobre el nivel de la calle, ululaba el viento como un lobo torturado por el frío.

Mas los tres hombres no prestaban atención a la borrasca.

Su atención se concentraba en una gran caja negra que tenían en lo alto de la ventana cuadrada. A primera vista se la hubiera tomado por una pintura en su marco. En realidad, era la pantalla de pruebas de un aparato receptor de televisión.

La vista de la pantalla era el interior del sedán de Doc del cual acababan de apearse Renny y Long Tom. Oculto en el sedan había un potente aparato proyector de televisión en miniatura.

Este aparato debia su maravillosa eficacia al hecho de que no empleaba el anticuado disco metálico. Su corazón era un tubo de rayos catódicos que funcionaba de modo igual a la retina del ojo humano.

Todo un meticuloso tratado científico podía haberse escrito respecto al funcionamiento del tubo. Doc lo había perfeccionado.

Desde su despacho, Doc pudo presenciar no sólo el secuestro, sino oír a Long Tom y a Renny interrogar a la muchacha, ya, que el micrófono, también oculto en el sedán, trabajaba en unión del televisor.

Monk y Ham casi brincaban de impaciencía. Sus ojos buscaban la puerta.

—¿A qué aguardamos? —interrogó Ham.

Pasó un minuto entero antes de que Doc cerrara el aparato. Había aguardado con la esperanza de recoger más datos. Pero vio que no sacaria nada más.

La habitación que tenía la televisión era vasta. En ella había veintenas de estanterias cargadas de aparatos científicos. Había máquinas tan pesadas como camiones, pero con mecanismos tan delicados como los de un reloj.

Era el laboratorio de Doc. Un gran número de hombres de ciencia habían venido de paises extranjeros con el solo propósito de ver este laboratorio, y se fueron diciendo que era el más completo de la tierra.

Doc, sin embargo, sabía que no era así. Había otro laboratorio aún más perfecto. Sólo él sabía, su paradero.

Era un laboratorio que se hallaba en las regiones árticas, en la llamada Fortaleza de la Soledad.

Junto al laboratorio del rascacielos había una vasta fortaleza que encerraba miles de abultados libros científicos. Doc y sus hombres la cruzaron rápidamente, salieron al corredor y descendieron.

Doc utilizó esta vez el roadster.

No lo llevó ahora a toda marcha.

Mientras corría hacia el Norte parecía insensíble al frio de la borrasca de nieve.

Monk y Ham tiritaban a su lado. Se habían puesto los abrigos y subido los cuellos hasta las orejas y aún así les castañeteaban los dientes.

No insinuaron siquiera que Doc pusiera el coche a toda velocidad. Sabían por qué no lo hacia. Doc lo prefería así porque podría darse cuenta más fácilmente de cualquier peligro que les amenazase.

Entre tiritones, Ham y Monk se preguntaban cómo haría Doc para localizar a Renny y Long Tom. De ordinario el aparato de televisión hubiera mostrado los mojones que el sedán había dejado atrás.

Pero la borrasca había ocultado los mojones.

Doc resolvió el problema de un modo sencillo.

El diminuto transmisor de televisión del sedán continuaba funcionando.

De un departamento situado en la parte posterior del roadster, Doc extrajo un aparato de radio y por medio de él trató de localizar al sedán.

Además, la muchacha había dicho a Long Tom que la llevase a Westchestcr.

EL roadster hizo un gran sonido absorbente mientras corría como una centella en la noche. Monk y Ham, agazapados detrás del parabrisas, evitaban los copos de nieve que les golpeaban como piedras.

—El invierno se nos echa encima inesperadamente —comentó Monk con voz temblorosa, apenas perceptible.

Ham le miró con las cejas fruncidas.

—¡Desde luego te hallarás más a gusto en una selva tropical! —dijo.

Monk le fulminó con la mirada. Sabía que la declaración de Ham era una manera sutil de decirle que parecía un mono. Pero tenía demasiado frío para discutir.

Cruzaron uno de los muchos puentes que unen la isla de Manhattan a la ciudad de Nueva York. EL roadster siguió hacia el Norte.

Con los dedos morados por el frío, Ham manipulaba en el aparato de radio.

Doc variaba el curso del coche siguiendo sus indicaciones. Por fin salieron del camino real.

La nieve se había amontonado en el asiento del roadater y alcanzaba una altura de varias pulgadas sobre los estribos.

Los alientos de los viajeros se convertían en penachos de vapor rasgados por el viento.

Con gran enojo de Ham, Monk saltaba violentamente sobre el asiento con frecuentes intervalos, protestando que tenía que hacerlo

así para no helarse de frío.

—El sedán debe estar por aquí —dijo Ham—. La señal es más fuerte.

Pasaron por delante de un gran patio, en el que había árboles de hojas perennes y una casucha. Doc no parecía prestar al lugar particular atención.

Pero continuó guiando sólo unos cien metros más e hizo patinar el coche hasta detenerlo junto a la acera.

Sus ojos penetrantes habían visto al sedán parado entre los arbustos del patio.

La casa era extremadamente vieja. Debió ser construida mucho antes de las guerras civiles. No sólo le faltaban ladrillos y pintura en la fachada, sino que se abrían en ella grandes grietas. A través de éstas silbaba el viento.

Dentro todo era ruina. El yeso había caido de las paredes. Los vagabundos habían arrancado del suelo planchas de madera sin duda para hacer fuego.

El viento, entrando por las rendijas, amontonaba polvo gris de yeso y lo mezclaba a la blanca nieve.

El frío era terrible.

Los grandes puños de Renny estaban cruelmente atados con muchas vueltas de alambre. Para sacudir uno tenía que sacudir los dos y esto era lo que hacía en aquellos momentos.

—¿Va a dejar que nos helemos de frío? —decía a su guardián.

—¡Vaya al demonio! —gruñó el hombre—. Si no deja de lamentarse le calentaré con un poco de plomo.

Long Tom estaba sentado en el ángulo opuesto. El mago de la electricidad parecía haber sufrido mucho con el frío.

Sin embargo, no le molestaba. Su rostro, pálido de ordinario, estaba rojo.

—¿Para qué nos tienen aquí? —deseó saber.

—¿Tendré que explicárselo otra vez.? —gruñó uno de sus secuestradores.

—Les guardamos para el caso de que Doc se ponga tonto. Si se atreve con nosotros, cortaremos a ustedes las orejas y se las mandaremos por correo. Esto le obligará a reflexionar.

Long Tom y Renny cambiaron graves miradas. Su raptor no bromeaba.

Por ninguna parte se veia a la muchacha del maravilloso traje dorado. Ni estaban presentes Biff ni Velvet. Los dos habían partido ya llevándose a mis Galligan. En cuanto al lugar a donde se dirigían, ni Long Tom ni Renny tenían la menor idea.

—¿Son ustedes de Sud —América?— interrogó Renny con su voz tonante a uno de los rufianes.

—No; somos de la ciudad. Sin embargo, Velvet y Biff son sudamericanos. Nos han contratado...

—¿Quieres que te corten el pescuezo? —preguntó uno, interrumpiéndole.

El hombre guardó silencio, con grave pesar de Renny.

—¿Quién es el hermano blanco? —inquirió el ingeniero.

Nadie contestó. Las hombres estaban acurrucados en actitudes indiferentes, pero era de notar que parpadeaban, nerviosos.

Renny ensayó una añagaza: —Apostaría a que pronto tendremos temblor de tierra.

Otra vez nadie replicó, pero sus palabras produjeron un efecto visible. Los hombres parecían inquietos.

—Usted sabe algo, ¿eh?

—No tanto como sabremos antes del fin —dijo una voz nueva en tono estridente, pendenciero.

Aturdidos, los hombres miraron en todas direcciones. Nadie vio al recién llegado.

—¡Por aquí, muchachos! ¡En la ventana!

Todos los ojos se dirigieron a ella. Las mandibulas se abatieron. Atónitos ¡ah! movieron plumas de vapor a través de sus dientes.

Era una habitación del segundo piso. Fuera de la ventana había solamente un torbellino de nieve.

A la primera nota de la extraña voz. Long Tom y Renny habían mirado a la ventana. Pensaban que procedía de allí, pero no habian visto nada.

Entonces se dieron cuenta de la verdad y aguardaron con los rostros súbitamente ansiosos y expectantes.

La puerta que daba al destartalado vestíbulo estaba entreabierta. La figura de un hombre gigante apareció en la abertura.

Podía haber sido una nube de humo color de bronce, por el ruido que hizo.

Se lanzó hacia adelante y atravesó la pieza.

Los hombres miraban a la ventana. No se daban cuenta de que era la voz de un ventrílocuo la que acababan de oír. Nínguno del grupo se dio cuenta de la presencia de Doc.

Doc alcanzó al primero de la banda. Una de sus manos acarició la nuca del hombre. Los ligamentos de aquella mano sobresalían como cuerdas de acero.

El hombre a quien Doc había tocado sufrió una violenta sacudida; luego cayó al suelo. Algo sobrenatural y horrible le había sucedido, al parecer.

Su cuerpo estaba dominada por una extraña parálisis. Tenía brazos y piernas rigidos.

Cayó al suelo pesadamente. Sus miembros permanecieron rígidos sobresaliendo en ángulos grotescos.

EL ruido de su caída despertó a los otros. Giraron sobre sus talones con rapidez. Entonces gritaron y echaron mano a sus armas.

Dos de ellos, que fueron más valientes que sus compañeros, o menos, trataron de asir a Doc con las manos desnudas. Lanzáronse de cabeza sobre él.

Doc se agachó como para afirmarse más en el suelo. Sus dos manos asieron con rapiden pasmosa, a ciegas, las cabezas de dos hombres.

Los dedos de bronce hallaron su blanco.

Con aparente facilidad Doc hizo chocar ambas cabezas. Desarrolló la fuerza suficiente para producir el desvanecimiento.

Los dos hombres cayeron al suelo.

Los acontecimientos se sucedían con cegadora rapidez. Los otros hombres aún no habían podido sacar los revólveres. AL cargar Doc, saltaron, locos, a un lado. Esto les hizo chocar unos contra otros.

Después de esto un vendaval pareció arrebatar a la banda. Se sacudían. De aquella vorágine salían gemidos, aullidos...

Doc Savage era una devanadora en aquel torrente humano.

La simiesca figura de Monk apareció de pronto en la puerta. Emitió un aullido capaz de helar la sangre en las venas y saltó al lugar de la lucha.

La voz del químico era de ordinario suave, débil como la de un niño. Pero hacia gran ruido con los puños.

—¡Oh, oh! Deja alguno para mi, Doc.

Ham atravesó el umbral detrás de Monk, diciendo:

—¡Quítate de enmedio, bala perdida! ¡Deja pelear a quien lo desea!

Ham blandía su bastón. La hoja del estoque ya no parecia inofensiva; estaba desnuda y deslumbraba. En la punta aguda como la de una aguja había una substancia pegajosa, misteriosa.

Ham hizo un pase al enemigo más próximo sin esforzarse en ensartarle con su estoque. Apenas le pinchó.

El hombre a quien había pinchado pareció dormirse de pie y cayó hacia atrás.

La espada de Ham estaba impregnada, de una substancia que producía instantánea inconsciencia; un sueño que duraba una hora o más.

Siguió aproximadamente un minuto de rápida acción. Cuando hubo transcurrido, Doc y sus hombres se soplaban los nudillos.

Tirados en el suelo estaban todos sus enemigos; siete rufianes de fea catadura.

Doc se inclinó sobre Renny. El alambre que sujetaba los puños del ingeniero era grueso y había sido cerrado con unos alicates.

Los dedos poderosos de Doc lo arrancaron sin esfuerzo.

Dirigiéndose a Long Tom le libró de igual manera.

—He oido parte de la conversación —dijo—. Ahora decirme por qué os retenían.

—Pero, ¿dónde está la señorita del vestido dorado?

—Se la llevaron Velvet y “Biff” —explicó Renny.

—¿A dónde?

—No tengo la menor idea —dijo Renny.

—¿Y Juan Acre? —siguió interrogando Doc.

Renny movió la cabeza.

—He oido decir a Velvet y a “Biff”, dirigiéndose a la muchacha, que habían cogido a Juan Acre, pero no he logrado verle.

Los hombres que estaban en el suelo comenzaron a moverse. Volvían a la vida. Los hombres de Doc comenzaron a registrarlos rápidamente, quitándoles cuantas armas encontraron.

Naturalmente, la víctima de Han, dormia todavia.

El mismo Doc se acercó al hombre que se había puesto rígido al contacto de sus dedos.

En el curso de sus investigaciones quirúrgicas, Doc había aprendido cómo ejercer presión sobre ciertos centros nerviosos

hasta paralizarlos.

Reajustando los mismos nervios podía quitarles la parálisis.

Esto fué lo que hizo ahora. Al contacto de sus dedos metálicos, la víctima recobró el uso de los movimientos.

Doc alineó a los prisioneros junto a la pared.

—Parecen la pesadilla nocturna de un policia —observó.

Monk se sopló los nudillos peludos y puso gesto feroz.

—¿Les hacemos hablar, Doc?

Doc se volvió pausadamente, como si observara las paredes de la habitación.

Sólo los cuatro amigos sorprendieron el ligero guiño que hizo con uno de los párpados.

—Desperdiciaríamos mucho tiempo —replicó—, y no vale la pena.

Del interior de su chaqueta sacó un pequeño estuche y de éste una aguja hipodérmica. Se acercó a uno de los presos y le clavó la aguja.

EL hombre cayó pesadamente al suelo.

Doc dió otro pinchazo y otro hombre se desplomó.

—¿Qué hace? —dijo uno de los cautivos con acento de terror.

Doc señaló dramático, con la aguja, a los hombres que estaban en tierra.

—Estos jamás sabrán lo que les ha sucedido —declaró.

Una visible inquietud estremeció a los otros cautivos. Cambiaron de pie.

Sus frentes comenzaron a perlarse de sudor a pesar del aire frio.

—Oiga, ¿no podemos llegar a un acuerdo? —murmuró uno, esperanzado.

—No —le dijo Doc—. Pero si les hará bien el hablar con franqueza.

Los hombres miraban con espanto a las dos figuras inmóviles en el suelo.

Los rostros de los dos humeaban en el aire helado, pero parecían privados de vida.

—¡Charlaremos lo que quieran! —gimió un individuo.

—¿Quién es vuestro jefe? —preguntó Doc.

—Velvet y “Biff” —replicó, desasosegado el hombre.

—Pero ¿quien da órdenes a Velvet y a “Biff”?

—No sé, de veras que no lo sé! —lloriqueó el hombre—. Escuche lo que ha pasado. Velvet y "Biff" aparecieron en Nueva York. Tenian que ventilar un negocio. Necesitaban varios hombres que les ayudasen y nos contrataron.

—¿Para qué?

—Hemos vigilado las entradas de todos los buques procedentes de Sudamérica —explicó el hombre—. Y siempre examinábamos la lista, de pasajeros. Buscábamos a un tal… Juan Acre. Esta noche hemos descubierto que llegaba en el "Junio".

—Y mediante una añagaza le llevasteis frente al Midas Club, donde os apoderasteis de él.

—¡Justo, mí amo!

El hombre hablaba sinceramente aunque con voz medrosa.

—¿Dónde esta Juan Acre, ahora? —intcrrogó Doc.

—No lo sé. Se lo llevaron "Biff" y Velvet.

—¿A dónde se han llevado a la muchacha?

—AL mismo sitio que a Juan Acre.

—Esos informes no son de gran utilidad —dijo Doc, sombrio—. ¡Os conviene vomitar algo que valgo la pena!

—No sabemos más, esta es la verdad, mi amo —gimió el "gangster"—. Velvet y "Biff" viven en no sé qué punto de la América del Sur y trabajan para un hermano blanco.

—¿Es un hombre?

El asustado rufián se puso a temblar.

—No sé si es hombre o no. A veces hablan de él como si fuera un ser… sobrenatural.

Los dorados ojos de Doc dominaron al hombre.

—No trates de engañarme —le dijo.

—Es la verdad, señor. Quizá no sea hombre ese hermano blanco. ¡Es un ser que conmueve la tierra! Yo no sé lo que es pero he visto a Velvet y a Biff ponerse tan blancos como si fueran a morir cuando oyen el estrépito de un tren subterráneo, o el ruido de una explosión, o algo por el estilo.

Doc Savage hizo unas preguntas más, pero no supo nada de importancia.

Siguió preguntando hasta estar convencido de que los prisioneros habian dicho todo lo que sabian.

Doc sacó otra vez la aguja de inyecciones. Fué a cada uno de los

hombres, en rápida sucesión, y les clavó la aguja.

Los dos últimos chillaron y trataron de huir. Monk y Renny les cogieron.

Todos cayeron al suelo y quedaron inmóviles.

Sin embargo, no estaban sino dormidos. La droga de la aguja de Doc solamente producía inconsciencia.

Los prisioneros fueron después llevados fuera y metidos en el sedán.

Para que cupieran los siete en el asiento de detrás hubo que colocarlos apretados como sardinas.

Ninguno de los ayudantes de Doc preguntó qué disposición debía tomarse con los prisioneros inconscientes. Lo sabían ya.

Se les llevaba a la institución de Doc. En ella, borrado de sus mentes el recuerdo del pasado, recibirian educación nueva y se les enseñaria un oficio.

Monk y Ham se encargaron del sedán; Doc, Long Tom y Renny les siguieron en el roadster. El viaje de vuelta a Nueva York se verificó en poco tiempo.

Los prisioneros quedaron en una pequeña habitación de un barrio humilde de la ciudad. Las ventanas de la habitación estaban cerradas a piedra y lodo y había una puerta posterior que se abría a una calleja oscura.

Los cautivos dormirian muchas horas todavía. Mucho antes de que se despertasen llegaria una ambulancia.

Silenciosos practicantes les cargarian en ella y desaparecerían con rumbo desconocido.

Meses después, siete honrados ciudadanos saldrían de dentro de los altos muros de la institución a las calles de la ciudad.

Doc Savage telefoneó desde la habitación. Llamaba a la ambulancia que debía llevarse a los hombres.

Hecho esto, Doc y sus hombres se encaminaron directamente al rascacielos que cobijaba el cuartel general del hombre de bronee.

Al acercarse Doc a la puerta del garage, ésta se abrió misteriosamente.

Monk al verlo se rascó la cabeza vigorosamente. Todavía no entendía por qué se abrian las puertas al aproximarse Doc.

Las puertas del ascensor —expreso se deslizaron también hacia atrás al acercarse Doc. La cabina partió con una sacudida tal que

hizo caer a todos de rodillas menos al jefe.

Ascendía con increíble rapidez. Su paro fue tan brusco que pareció como si fueran a ser proyectados a través del techo.

La puerta del despacho de Doc se abrió para él.

El paño, al girar sobre sus goznes, mostró el cuerpo tendido de un hombre.

No cabía dudar de que estaba muerto. Su cabeza estaba casi totalmente separada del tronco.

CAPÍTULO VI

LOS MUERTOS NO HABLAN

HOMBRES menos acostumbrados que los ayudantes de Doc se hubieran excitado al descubrir el cuerpo del hombre y se hubieran lanzado a él.

Tal acción hubiera destruído las pruebas dejadas por el asesino.

Los hombres de Doc se quedaron parados donde estaban.

El propio Doc no avanzó inmediatamente. Sus ojos penetrantes recorrieron la escena.

—Examinad la cerradura de la puerta —sugirió.

—Bién —dijo Monk—. Está arrancada. La puerta ha sida forzada, ¿Por quién?

—Sin duda, por el hombre asesinádo —dijo Doc.

Los otros se mostraron sorprendidos. No veían nada que indicara que la víctima hubiera abierto la puerta.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Monk.

—Reparad en que el muerto lleva abrigo amarillento. El abrigo está húmedo por la nieve. Ahora bien; a la altura del hombro del hombre han quedado señales amarillas en la puerta. Son manchas de tinte dejadas por el abrigo al apoyarse fuertemente el hombre en la puerta.

Los otros cuatro miraron a la puerta. Ahora que sabían lo que debían buscar, pudieron ver las ligeras manchas.

Doc entró en la habitación. Cerca del hombre asesinado distinguió dos objetos. Los recogió del suelo y los examinó.

Uno era un gran destornillador. Tenía el tipo de mango preferido por los electricistas: de negra materia aislante. En manos adiestradas podía convertirse en arma cortante, peligrosa. En el mango estaba estampado un nombre: "S. S. JUNIO".

El segundo objeto era el sobre de un radiograma. Estaba vacío. No parecía haber sido sellado y estaba sucio como si hubiera sido llevado dentro de un bolsillo largo tiempo.

Rápidamente registró Doc al hombre asesinado. Halló los objetos usuales: monedas, billetes, cigarrillos, fósforos… Sólo la cartera dió algún informe de valor. En ella había una tarjeta de identidad. El nombre rezaba:

S. E. SOILS.

—Ya hemos oído este nombre —dijo Doc pausadamente.

—Seguro —dijo Monk—. Es el nombre del telegrafista del "Junio". El que desapareció al atracar el buque.

Doc terminó su inspección con un examen de los bolsillos del chaleco del muerto. Uno contenía un pedazo de papel. Los números y apellidos que en él se veian probaban que había sido arrancado al listín de un teléfono.

Escrita con lápiz en el papel estaba la dirección del despacho de Doc.

—Parece haber buscado mis señas aquí en la ciudad —anunció Doc.

El hombre de bronce dio vueltas al sobre en sus dedos.

—Evidentemente llevaba algo metido en este sobre. El que lo ha matado lo ha recogido.

—Ese Juan Acre te envió varios radiogramas, Doc —dijo Monk —. ¿Y si el radiotelegrafista no los hubiera transmitido?

—Esto explicaría que no los hubiéramos recibido —repuso Doc —. Pero, ¿por qué los retendría? y ¿para qué venir aquí con ellos? —¿Le han matado para robárselos?

—¿Y quién le ha matado? —dijo Ham, con acento misterioso, blandiendo el estoque.

Renny estaba de pie cerca de la puerta abierta.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó inesperadamente—. ¡Venid a ver esto!

Renny no solía excitarse sin razón. Y ahora lo estaba mucho. Los hombres se colocaron de un salto a su lado y miraron por el hueco de la puerta.

El asombro les obligó a abrir desmesuradamente los ojos. Eran hombres endurecidos al horror, pero conforme miraban, no hubo uno que no sintiera como si hormigas invisibles pasearan por su

carne.

Uno de los ascensores se había detenido en el piso ochenta y seis.

El botones ayudaba a salir de él a un hombre.

Era el estado de este hombre lo que provocaba escalofríos de horror en la piel de los ayudantes de Doc.

EL recién llegado era un hombre flaco, pero fuerte y nervioso y tenía una gran nariz de loro, cuya punta le caía mucho sobre la boca.

Tenía los dedos muy largos y flexibles como cuerdas. Su traje era lujoso, pero desgarrado en varios sitios.

Sus rodillas, codos y manos estaban cubiertas de lodo. Sus ropas mojadas del agua de la nieve.

Lo que atraía la atención, sin embargo, era el estado del hombre. Parecía vivo y muerto al propio tiempo.

Su mandibula colgante mantenía la boca abierta y la lengua le colgaba fuera.

Parecía no poder hacer un movimiento por sí solo.

Cuando el "botones" del ascensor le soltó, estuvo a punto de desplomarse, pero aquél lo impidió.

—Ha podido entrar en el ascensor y pedir que le subiera al despacho —explicó excitado—. Pero parece que se pone peor.

Los ojos del hombre no miraban a Doc. Por lo visto no podía moverlos, pero estas palabras salieron de sus labios.

—¿Doc Savage?

La pregunta era apenas perceptible.

—Si —dijo Savage.

El hombre trató de decir algo. Le falló la palabra y cayó hacia adelante.

Doc le cogió y le entró en el despacho.

El chico del ascensor volvió a disgusto a su obligación. Le hubiera agradado quedarse y ver cómo trabajaba Doc.

Había oído explicar algún hecho sorprendente.

Mientras Doc, investigaba para ver qué aquejaba al hombre que parecia muerto estando vivo, Ham le registró los bolsillos.

Una sencilla pero ricamente grabada tarjeta salió a luz. Decía:

"JUAN ACRE"

—¡El caballero secuestrado! —exclamó Ham—. Por fuerza se ha

escapado, pero ¿qué mal le aqueja?

Doc ponía en el examen de Juan Acre todos sus conocimientos en medicina y cirugia. Acabó un primer reconocimiento sin hallar qué tenía. Entonces comenzó un segundo examen.

—Está bajo la influencia de un estupafaciente —decidió—. Pero esto no explica del todo su estado. Jamás vi nada parecido.

Los ojos de Juan Acre seguían fijos en sus órbitas. Era como si todos los músculos de su cuerpo hubieran perdido la facultad de moverse.

—¿Puede mover los párpados? —le preguntó Doc.

Muy despacio, como si le costara infinito esfuerzo, se cerraron los párpados de Juan Acre y enseguida se abrieron.

—Bueno —dijo Doc—. Ahora voy a hacerle varias preguntas. Si la respuesta es “si”, parpadee una sola vez; si la respuesta es “no”, no mueva los ojos.

Doc comenzó:

—¿Es usted Juan Acre y ha sido secuestrada por Velvet y “Biff”? —preguntó.

Un solo pausado guiño equivalió a una respuesta afirmativa.

—¿Ha logrado escapar de ellos?

Un guiño.

—¿Velvet y “Biff” tienen en su poder a “Tip” Galligan?

—Si —dijo Juan Acre.

—¿Sabe dónde está?

—Si —otra vez.

—¿Nos llevará allá?

Un guiño.

—¿Está su escondite al Norte? —preguntó Doc.

Los ojos permanecieron fijos.

—¿Está al Sur?

Los párpados de Juan Acre tampoco se movieron.

—¿Está al Oeste?

—Sí —transmitió el ser inerte.

Doc Savage se dirigió a sus hombres.

—Bueno, hermanos, ¡andando!

Mientras los otros transportaban a Juan Acre al ascensor, Doc fué en busca de un rnaletin de cirugia al laboratorio. Juan Acre no empeoraba, al parecer.

Cualquiera que fuese el mal qne le aquejara, Doc jamás lo había visto en otros pacientes.

En el garage del sótano, todos, menos Doc, se metieron en el gran sedán.

Con Monk al volante, el enorme auto salió rechinando a la calle y se lanzó hacia el Oeste, a través de las calles desiertas donde la nieve parecia azúcar en polvo.

Doc iba fuera, en pie sobre el estribo, a pesar del frío. Su robusto cuerpo de bronce no parecía sentir el rigor de la temperatura.

Ninguna era bastante extremada para impedir que fuese a donde iba, cuando le amenazaba algún peligro.

El sedán se aproximó a los barrios marítimos.

Ya dentro del coche, se dirigieron a Juan Acre diversas y rápidas preguntas relacionadas con el camino. Güiñando los ojos contestó a las preguntas respecto de si debían o no doblar una esquina.

Renny asomó su rostro de puritano por una portezuela.

—El lugar a donde vamos parece ser un almacén,Doc —explicó —. No dista mucho de nuestro hangar.

—¿Habéis localizado el lugar de modo que podáis dar con él, sin la ayuda de Acre?

—Así lo creo —dijo Renny.

—Entonces le dejaremos en el hangar de los aeroplanos —decidió Doc—. Que se queden allí Monk y Ham para guardarle.

Monk y Ham lanzaron un gemido a dúo al oír aquello. No les agradaba la idea de permanecer fuera de la aventura que se preparaba. Y así lo dijeron.

Doc hizo como que no oía sus quejas a causa del rugido de la tormenta fuera del sedán. Sus objeciones no significaban rebelión, pues obedecerian sus menores deseos.

El armazón o edificio que albergaba los aeroplanos de Doc era casi tan notable, en su clase, como el despacho del rascacielos. Por fuera era como un almacén. Una muestra en la fachada decía:

“Sociedad Comercial Hidalgo”.

De haberse investigado, se hubiera descubierto que la Compañía Hidalgo era un solo hombre: “Doc Savage”.

Conforme el sedán se aproximaba al almacén, Monk, dentro del coche, tenía una expresión expectante en su rostro vulgar.

¿Se abriría aquella puerta misteriosamente al acercarse Doc,

como se habían abierto las otras?

Así fué. Sin ruido, de manera desconcertante, el gran paño se abrió.

El hueco era bastante grande para permitir que el sedán entrase.

A gran velocidad el cuerpo inerte de Juan Acre fué sacado del coche.

Monk y Ham gruñendo, olvidada su usual discusión en su pena mutua por perder una aventura, se quedaron en el hangar.

Renny tornó al volante. Como unos cuatro minutos después, el sedán volvió, sin ruido, la esquina.

—Esa casa dista de aquí una manzana —dijo.

Doc Savage abrió el asiento supletorio del sedán. De éste sacó dos armas que parecían dos grandes automáticas.

Eran ametralladoras perfeccionadas por Doc Savage. Disparaban a una terrible velocidad.

Estas pequeñas ametralladoras descargaban lo que llaman los cazadores tiros de gracia. Las balas eran de un tipo especial; no penetraban muy hondo y llevaban en si una substancia que producía súbita ínconsciencia.

Doc alargó las armas a Renny y Long Tom. El hombre de bronce jamás llevaba un arma. Tenía otros métodos de luchar que excedian en eficacia a cualquier arma de fuego.

Avanzaron a través de la rugiente borrasca. El viento les azotaba las piernas con las perneras de los pantaloues, les abría los bolsillos y se los llenaba de nieve.

Renny, que tiritaba, unió las manos y murmuró:

—¡Qué bien estaría yo ahora en un bello país tropical!

—¿Qué te pareceria Sud Améríca? —le preguntó Doc—. Ahora es verano allí, como sabes.

Long Tom, avanzando entre la nieve, dijo:

—Me parece ver allí delante una casucha.

El almacén era grande. Parecía que le hubieran engrasado y expuesto después a una nube de hollin. El resultado era una capa de infecta mugre. Los barrotes de las ventanas eran de media pulgada de grueso por dos de ancho.

—Parece una prisión —declaró Renny.

—Esperad un minuto; me parece lo mejor —sugirió Doc.

El hombre de bronce desapareció en la neblina.

Renny y Long Tom aguardaron impacientes. Sabían que Doc se adelantaba a hacer un reconocimiento.

—Siempre se adelanta él —gruñó Long Tom.

—Si, y es suerte para nosotros que lo haga —replicó Renny—. Varias veces nos ha evitado caer en una trampa, por hacer lo mismo.

—Justamente —convino Long Tom en tono seco—. Pero nos hace perder mucha distracción.

Doc Savage, ya muy lejos, se había detenido junto al muro de la casa. Sus ojos penetrantes lo escudriñaban todo; sus oídos sensibles absorbían los más leves rumores.

No oyó nada. No vio nada. No había ninguna ventana iluminada.

Doc examinó la puerta que coronaba dos ventanas, ¡excelente puesto de acecho para posibles enemigos escondidos dentro del almacén! Las rejas de las ventanas evitaban la entrada por el camino... por lo menos sin ruido.

Lo que sucedió después hubiera sorprendido al observador. Doc pareció permitir que el viento huracanado le aplastase contra la pared de ladrillo.

Luego se deslizó hacia arriba sobre su lisa superficie.

Los ladrillos estaban mal puestos. Aqui y allá sobresalían unos de otros la fracción de una pulgada. Aquí surgía la cornisa de una ventana.

Otra vez allá había una escalonada sucesión de adornos. Estos, que apenas eran base para el pie, explicaban el hecho increíble de que Doc ascendiera por la pared.

Para su fabulosa fuerza y agilidad, la pared no ofrecía dificultad ninguna.

El edificio tenía cuatro pisos de altura. En varios puntos Doc quitó la nieve de las hendiduras y grietas de los ladrillos para asegurarse de que los siguientes asideros eran seguros.

Finalmente se encaramó hasta el tejado.

Sólo había una buhardilla cerrada seguramente por el interior.

Doc volvió atrás, sin vacilar, levemente inclinado ante el huracán.

Había esperado entrar en la casa por el tejado, en silencio. Pero, así, no podía penetrar en ella sin hacer ruido.

Doc no mostraba señales externas del frío intenso, pero esto era simplemente a causa del maravilloso dominio que ejercia sobre sus músculos.

Doc podía abstenerse de tiritar tan fácilmente como otro hombre de sonreír.

El hombre de bronce, sin embargo, no era de hierro. Era susceptible a los efectos del frío, especialmente en las manos.

Así, antes de bajar, metió las manos en los bolsillos. Cada uno de ellos encerraba una bolsita. Estas estaban llenas de una substancia química que daba calor.

Cuando tuvo las manos otra vez flexibles, bajó por la lisa pared.

Uno vez en la calle no se acercó todavía a la puerta. En lugar de hacerlo se retiró yendo en la dirección del viento un buen número de yardas. De uno de sus bolsillos sacó un objeto parecido a un huevo de metal.

Lo lanzó al aire. El huevo tocó tierra, saltó y se abrió con un ruido apenas perceptible en el fragor de la borrasca.

De él saltó una nube de humo negro. El viento la llevó en dirección a la casa.

El humo no tenía olor. Cualquiera que estuviese dentro de la casa podia creer que la noche se tornaba, más negra.

Oculto completamente por la nube artificial, Doc corrió a la puerta de la casa. Estaba a punto de probar si la puerta estaba cerrada, cuando su mano pareció helarse a medio camino.

Su siguiente movimiento fué ejecutado con cegadora rapidez. Dió media vuelta y se retiró corriendo de la puerta.

Contenía la respiración. Llevaba ambas manos extendidas y alejadas de sus costados.

Todavía corriendo a una velocidad asombrosa alcanzó el lugar donde aguardaban Long Tom y Renny.

—¿Qué sucede, Doc? —gritó Tom.

Doc hizo caso omiso del frágil mago de la electricidad. Siguió adelante.

Todavía contenía el aliento y tenía las manos separadas del cuerpo.

Alcanzó el sedán. EL botiquín, que traía para el caso de tener que asistir a Juan Acre, estaba en el coche. Doc lo sacó. Sus manos eligieron, rápidas, frasquitos y polvos.

Bebió tres diferentes mixturas. Luego aspiró las emanaciones de otras y esparció gran cantidad de polvos sobre sus manos, su rostro y toda otra parte descubierta de la piel.

Long Tom y Renny se abalanzaron a él. Estaban perplejos ante las acciones de Doc.

—¿Qué ha sucedido? —tronó Renny.

Doc Savage extendió las manos. Las volvió poco a poco para que los dos hombres pudieran examinarlas.

—Ya habéis visto al material operar —dijo.

—¡Por el toro sagrado! —tronó Renny—. ¿Te ha entrado en los pulmones, Doc?

—Solo poquisima cosa —dijo Doc—. He tomado antidotos e inhalado medicamentos para anular esos efectos. El daño no es grande. Pero jamás estuve tan cerca de la muerte.

A Long Tom le costó más esfuerzo darse cuenta de lo que le había sucedido a Doc. Miraba fijamente las manos de éste.

En dos o tres sitios habian aparecido ampollas de feo aspecto.

—¿Gas? —dijo, comprendiendo, al fin.

—Exactamente —le dijo Doc—. Es una forma de vigigatorio, parecido al gas mostaza: pero en lugar de progresiva, la acción es rápida.

—¿Y cómo te ha sorprendido, Doc?

—¡Eso es lo que me deja atónito! —explicó Savage.

CAPÍTULO VII

EL ARDID

REGISTRANDO un gran baúl en la trasera del sedán, Doc, extrajo una máscara de gases de un tipo especial. La máscara iba unida a un traje que no dejaba al descubierto ninguna parte del cuerpo.

Vistiéndose el traje, Doc avanzó hacia la casa. AL acercarse lanzó otra bomba. Oculto por el humo, se dirigió atrevido a la puerta y le dió un empujón. Estaba abierta y cedió.

Doc aguardó, aguzando el oído entre la borrasca. Esperaba oír algún sonido del interior, pero no oyó nada.

Una lámpara salió del bolsillo de su traje a prueba de gases. Lanzó un rayo de luz poco más grueso que un lápiz, pero de un blanco deslumbrante.

Después que hubo escrutado el interior, Doc atravesó el umbral. Estuvo dentro quizá unos tres minutos, luego reapareció.

De la parte baja de la calle sonaban excitados pasos. El viento traia el ruido.

Doc identificó las atronadoras pisadas de Renny y las leves de Long Tom.

Frunció el ceño. Era capaz de reconocer los pasos de todos sus hombres.

Los otros dos que se acercaban corriendo eran Monk y Ham. Todos ellos salieron de las tinieblas, del viento y de la nieve.

—¿Qué hacéis aquí, camaradas? —les preguntó Doc.

—Juan Acre se recobró lo bastante para hablar algo —explicó Ham—. Nos ha dicho que había una trampa mortal y que no lo declaró antes porque sólo podía decir “si” o “no” con los ojos. Hemos venido a avisarte.

—Un poco tarde —observó Doc.

—¿Cómo han puesto la trampa, Doc? —preguntó Renny.

—Ven y te lo mostraré —le dijo Doc—. A Monk le interesará sin duda.

Les guió al otro lado de la puerta. La borrasca había dispersado el gas.

Doc señaló con la mano. Por el suelo yacían recipientes de metal; de los que se extendía unas mangueras hasta los intersticios de las paredes.

Las válvulas de escape de las recipientes estaban conectadas a una abreviación extraña.

Agachándose, Doc mostró a Monk cómo se cerraban las válvulas.

—Voy a salir y andar por la calle —le anunció—. Cuando llegue allí cierra las valvulas. Entonces avísame.Yo vendré hacia la casa. Observa lo que sucede.

Así se hizo.

Cuando Doc se aproximaba al almacén, ocurrió algo fantástico. ¡El extraño mecanismo se abrió solo!

—Justamente como las puertas cuando te acercas a ellas —chilló, excitado, Monk.

—La causa es la misma —confesó Doc.

—¿Cuál?

Del bolsillo de su chaleco extrajo Doc un pequeño estuche de metal.

—La explicación se relaciona con cierto fenómeno científico que es muy vago —dijo el hombre de bronce—. Por ejemplo: ya sabes que el radium despide emanaciones que hacen volar aparte las hojas de un electroscopio cuando se le aproxima.

—Exacto —dijo Long Tom—. Eso es elemental.

—Bueno, Sherlock —dijo Doc secamente—. Pero no se sabe tan generalmente que otras substancias exhalan emanaciones. La exacta naturaleza de algunas de estas radiaciones no es comprendida aún, pero sus efectos son conocidos.

—Toma los rayos cósmicos, por ejemplo. Yo he hecho algunos experimentos en la materia.

Doc volvió a guardarse el pequeñísimo estuche.

—Como parte del experimento apliqué el invénto a abrir puertas —siguió diciendo—. Consiste simplemente en llevar un trozo de radio en mi bolsillo. El receptor es una pantalla sensible a las

emanaciones, del mismo modo que una célula fotoeléctrica es sensible a la luz.

"Cuando la radiación hiere la pantalla, cierra un relé. Este mueve el invento eléctrico y mecánico que abre la puerta.

—Así ha sido hecho —gruñó Monk.

¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. Ese invento es complicadisimo; no obstante, estaba en la trampa del gas. Esto demuestra que sabe quién la ha colocado.

—Para ser franco —dijo Doc—, demuestra que se halla a la altura de los más sabios científicos del mundo. Os digo, hermanos, que sólo un genio puede resolver el enigma de abrir las puertas. Lo ha hecho espiándome, sin duda.

—El aparato tiene señales de haber sido precipitadamente compuesto quizá en las últimas dos o tres horas...

—¡La muchacha del vestido dorado! —exclamó Monk de repente —. ¿No está aquí?

—No —dijo Doc—. Pero ha estado. En el primer piso he hallado varías lentejuelas de su vestido.

Monk se dirigió a la escalera como para verlas por sí mismo.

—¡Alto! —gritó Doc—. Todos habéis corrido aquí, abandonando a Juan Acre.

—Mejor irá que volváis a escape a su lado, los cuatro.

A la fuerza, Monk se volvió desde la escalera.

—¿Qué vas a hacer, Doc? —preguntó.

—Registrar la casa más detenidamente —replicó Doc—. Aunque tengo el presentimiento de que será malgastar el tiempo. Esos individuos son demasiado listos para dejar rastro, pero de todos modos, me quedo.

Los cuatro hombres aprobaron con un gesto y se dirigieron a la puerta de la calle.

—Interrogad a Juan Acre —les gritó Doc—. En uno de los aeroplanos hay placas. Utilizadlas para impresionar sus respuestas. Más tarde yo las pondré en el aparato.

Otra vez los ayudantes del hombre de bronce expresaron su conformidad con un gesto, y salieron a la desencadenada borrasca.

Renny y los demás cambiaron escasa conversación durante el paseo de regreso al hangar de Doc. Cada vez que abrían la boca, el viento huracanado parecía una mano helada que asiera las palabras

y se las metiera en el pecho.

Juan Acre estaba sentado en un cajón cuando los hombres de Doc entraron en almacén.

—¿Está usted mejor? —tronó Monk.

Juan Acre no contestó.

Monk y Ham corrieron hacia él.

—¡Demonio! —gimió Monk—. El caballero ha sufrido un retroceso. Está peor.

Las proporciones interiores del almacén eran vastas. En toda su extensión estaba construido sobre el Hudson. Su suelo de cemento bajaba en declive hasta las aguas del río.

Alineados allí dentro veianse una notable variedad de aeroplanos, desde un gigante trimotor de exquisita línea a un grotesco autogiro que, en caso necesario, podía descender y despegar desde el tablero de una mesa de cocina.

Long Tom se dirigió a uno de los aeroplanos. De él sacó el aparato de Doc.

Era similar al que educaba los hilos telefónicos en el despacho de Doc.

Consistía en un amplificador ultrasensible de un micrófono y de una aguja que pasaba por las rayas de un disco o cilindro de cera.

Trabajando con rapidez, Long Tom lo armó y colocó el micrófono cerca del inanimado cuerpo de Juan Acre.

Apenas había puesto en movimiento el aparato, cuando hubo una amenazadora interrupción. Se oyó en la calle un estampido. El eco repercutió en las paredes del hangar: Era el ruido de las balas que trataban de penetrarlas.

¡Una ametralladora! Los hombres de Doc habían oído el sincopado tableteo de tales armas demasiado a menudo para no reconocerlas.

—¡Demonio! —aulló Monk—. ¡Se agitan!

El quimico saltó junto a la puerta. Los otros le siguieron. Juan Acre quedó olvidado.

Long Tom apagó todas las luces del hangar. Monk apareció a plena luz al abrir la puerta de un tirón. Una tormenta de plomo pasó por la abertura.

Dos violones gigantes parecieron lanzar un gran gemido dentro del hangar.

Renny y Long Tom habían desenfundado las celebres ametralladoras invento de Doc.

El vivo fuego de fuera cesó inmediatamente. Luego se oyó un segundo disparo. Y el último, más distante.

—¡No están heridos! ¡Se marchan! —exclamó Renny.

Los cuatro hombres echaron a correr en persecución de sus enemigos. Tres o cuatro balas saltaron delante de ellos.

En la oscuridad, entre la borrasca de nieve, era imposible tirar con punteria.

Las balas no hacían más que esquirlar ladrillos y romper cristales del almacén y casas vecinas.

Monk y los demás estaban tratando distinguir de donde venian los fogonazos. Era como ver a una sombra. Sus enemigos se metian por los callejones, se ocultaban en las calles laterales.

—Volvamos al hangar —dijo Renny—. Esto no me agrada. El ataque ha sido demasiado imprudente. Quizá oculte algún ardid.

Volvieron al hangar almacén. AL entrar hicieron alto, de pronto.

¡Juan Acre había desaparecido!

Frente al cajón donde había estado sentado había un siniestro charco de sangre. Desde el charco, un rastro de rojas gotas conducía a la puerta.

Los cuatro hombres siguieron el rastro. Conducía, sin duda, a un fin amenazador. Fuera, no eran sólo las gotas rojas las que les servían de guia.

Descubrieron pisadas, las pisadas de muchos hombres arrrastrando a otro.

La procesión acababa junto al agua.

—¡Lo han arrojado ahí! —tartamudeó Renny.

Ham mantuvo el bastón en el aire, a espalda, como para guardar el equilibrio se inclinó sobre el rio. Allí había una red de hormigón.

Era la hora de la marea. La borrasca lanzaba las olas muy altas.

—Se tardarán semanas en rccobrar el cadaver —dijo Ham, pausadamente.

Concentraron la atención en las pisadas. Las huellas eran claras, indicaban que los hombres habian arrastrado a Juan Acre hasta el río y lo habían tirado dentro. Doc halló a su regreso un grupo de caras largas.

Renny contó lo sucedido. Su gran voz era considerablemente

menos robusta, que de ordinario.

—Lo que me duele es que nos han sacado de aquí para robarnos a Juan Acre —dijo, al terminar.

Doc no dijo una palabra de censura. Sus ayudantes, en su apresuramiento por librar una batalla, habían cometido una imprudencia dejando solo a Juan Acre.

Pero era inútil reñirles ahora. No volverían jamás a cometer un error así.

—Bien, veamos esas huellas —insinuó Doc.

Salió a la calle. La nieve que caia muy espesa había borrado muchas.

Las gotas escarlata se habian helado y estaban cubiertas por copos de nieve.

Renny, que acompañaba a Doc, tronó:

—Me parece que no cabe dudar de que ha muerto.

Doc no replicó. Volvió al interior del hangar y señaló el aparato registrador.

—¿Estaba en marcha cuando empezaron los tiros? —interrogó.

Long Tom lo miró. Hizo un gesto afirmativo.

—Sí, corría entonces y corre aún.

Doc se acercó el cilindro de cera, lo sacó y volvió a darle cuerda.

En el aparato de repetición no había amplificador; a causa de ello los hombres no oyeron lo que había registrado. Se contentaron con mirar el semblante de Doc, pero las facciones de bronce no les dijeron nada.

Cuando Doc hubo acabado de oír, reunió, cuidadoso, los cilindros, los envolvió entre algodones e hizo con ellos un paquete que dió a Monk.

—No dejes que se caigan y se rompan —dijo—. Guárdalos en la caja del despacho. Son pruebas valiosas de lo que ha ocurrido.

Monk aprobó con la cabeza, tomó los cilindros y miró, curioso, a Doc.

—¿Que encontraste en la casa donde colocaron la trampa?

—Un periódico —dijo Doc.

—¿Eh?

—De Antofagasta, Chile.

Dejó tiempo de que el otro dirigiese la frase y luego añadió nueva información.

—He hallado un teléfono en el almacén. He llamado a la casa consignataria del “Junio” y hallé el punto de embarque de Juan Acre.

—¿Dónde embarcó?

—En Antofagasta.

Poco después el grupo reapareció en el gran rascacielos que albergaba el cuartel de Doc. Un vendedor de los periódicos de la noche se había refugiado en el vestíbulo huyendo de la borrasca.

Levantó la vista, animado, al ver entrar a Doc y sus hombres.

—Compren un diario, señores —suplicó.

—Lean las noticias del terremoto cerca de Antofagasta, Chile.

CAPÍTULO VIII

A LA SOMBRA DEL TERROR

LOS periódicos de las distintas y lejanas partes del globo difieren algo unos de otros. Están impresos en idioma diferente.

Algunos se componen principalmente de grabados. Otros se leen verticalmente. Los reporteros de los diarios neoyorquinos telefonean sus noticias; en el Japón se emplean, con frecuencia palomas mensajeras.

Sin embargo, casi todos los diarios tienen una cosa en común. Tienen que luchar y competir por la mayor circulación.

Poner ruidosos voceadores en la calle es una de las formas de competencia.

Casi en el mismo momento en que el vendedor se dirigía a Doc en Nueva York, otro vendedor, en la lejana Antofagasta, trataba de vender su mercancía.

—¿Un diario, caballero? —decía en español.

El caballero era delgado y resistente y tenía una gran nariz que caía sobre la boca como el pico de un loro. Sus dedos eran notables también; tan largos y delgados que parecian lazos o cuerdas.

—¡No, no, no, no! —dijo con énfasis el hombre de la nariz ganchuda.

—¡Se trata del terremoto que mató al señor Lápiz, el multimillonario del nitrato! —persistió en español el vendedor.

El cliente frunció el ceño, y siguió andando. Parecía un halcón de mal genio.

El vendedor echó a andar en pos de él. Sin embargo, un amigo le asió por el brazo y le detuvo.

—¡Idiota! —dijo el amigo—. No molestes a ese hombre. Es mal enemigo.

—Pero, ¿quién es? —preguntó el vendedor.

—¿No lo conoces? Es el general Juan Acre, jefe de la policía secreta del gobierno.

La pareja miró a Juan Acre hasta que se perdió en la oscuridad.El hombre de la nariz ganchuda andaba rápidamente como si le urgiera algún negocio.

Lanzaba, sin embargo, una mirada penetrante a cada calleja oscura que pasaba.

Su actitud era la de un nombre que tiene muchos enemigos.

Cuantos peatones tropezaban con él se apartaban apresuradamente después de una mirada a aquel semblante aguileño y sombrío.

En Nueva York era invierno. Alli, en Chile, verano. La noche era muy cálida. Casi todos los que se hallaban en la calle a aquella hora llevaban traje blanco.

Juan Acre iba vestido de negro. Su sombrero también era negro. Iba vestido así para no ofrecer blanco en la noche.

Los hombres que más se hubieran alegrado de matarle formaban legión.

Como jefe de policia había enviado a la cárcel a muchos conspiradores.

Era el terror de los políticos tramposos.

Media docena de veces, por lo menos, Juan Acre se ladeó y se volvió sin dejar de andar. Miraba atrás a menudo para asegurarse de que no le seguían.

Por fin volvió la esquina de una calle estrecha tan oscura como el interior de una ruina. Enteramente por el sentido del tacto, halló una puerta baja.

Atravesó el umbral.

Una vez dentro, Juan Acre demostró que le eran familiares los alrededores.

No encendió un fósforo. A tientas continuó su camino en la intensa oscuridad.

Halló una hilera de clavos clavados en la pared. De cada uno pendia una prenda de ropa. Juan Acre tomó la que estaba más a mano.

Los indios sudamericanos y los campesinos llevan una prenda que llaman poncho. Se parece a una manta con un agujero en el

centro para la cabeza.

Lo que Juan Acre tomó del clavo era un poncho, pero tenía, además, una capucha. Esta estaba perforada a la altura de los ojos.

Juan Acre se vistió la prenda. Le tapaba de pies a cabeza. Luego entró en la habitación contigua, encendió un fósforo y lo aplicó a la mecha de una vela de sebo.

La habitación en que estaba era muy espaciosa. Juan Acre no era alto, pero su cabeza casi tocaba al techo.

Las paredes no tenían ventanas. Había una sola puerta, maciza.

Un banco de madera sin pulir corría en torno de la pieza. Juan Acre se sentó en el banco y aguardó.

Era una grotesca figura con el poncho y la capucha.

Entraron dos hombres. Los dos miraron la envuelta figura de Juan Acre y sonrieron con sorna.

—¡Ja, ja! —rió uno—. ¡Tiene gracia!

El que hablaba era un individuo de aspecto vulgar, de estatura mediana con un rostro corriente, pero no desagradable. Le distinguia un detalle de su atavío: la profusión de oro que aparecia sobre su persona.

Todos los botones de su traje eran de oro, o por lo menos dorados.

De oro era la cadena de su reloj y su alfiler de corbata. Parecía tener una manía por dicho metal.

El segundo individuo era bajo y grueso. Toda su cara era de conejo menos las largas orejas. AL entrar en la habitación silbaba quedo. Parecia ser en él un hábito inconsciente.

Ambos eran norteamericanos. Ninguno iba enmascarado.

Juan Acre se encogió de hombros.

—Esta no es cosa de risa. Los dos han manifestado que escaparon a un deslizamiento de tierras ocasionado por un pequeño terremoto. Esto sucedió hace seis semanas.

—Justamente... y por poco si él da fin a Dido, el predilecto de “miss” Galligan —dijo el hombre de los adornos de oro.

—Usted y Whistler Wheeler vieron huir a dos hombres de las cercanias del lugar del fantástico temblor: a dos tipos llamados Biff y Velvet. ¿Es esto cierto?

Whistler Wheeler afirmó con un ademán sin dejar de silbar.

Juan Acre miró a los dos hombres. Les conocia muy bien y

suponia que ellos le identificaban también, aunque no le llamaran por su nombre. Debian reconocerle por la voz.

Dido Galligan y Whistler Whecler eran dos ingenieros americanos encargados de uno de los mayores negocios de nitrato de Sudamérica.

—¿Cómo van las cosas en su casa? —les preguntó Juan Acre,—¿Pasa algo sospechoso por allí?

—Nada —dijo Dido Galligan, puliéndose uno de los botones de oro—. He mandado que busquen a esos dos pájaros Velvet y Biff. Ni rastro de ellos.

Juan Acre reflexionó un momento.

—Velvet y "Biff" son los únicos individuos conocidos como pertenecientes a la organización del hermano blanco —dijo. Ahora han desaparecido. Harán bien en ponerse ahora las capuchas. Los demás llegarán pronto.

—¡Al infierno con las máscaras! —replicó Dido Galligan—. No nos importa que se sepa que asistimos a esta reunión.

Juan Acre movió pausadamente la cabeza como en señal de aprobación.

—Son ustedes valientes. Quisiera decir lo mismo de los que van a venir.

—¿Se asustan del pequeño hermano blanco? —inquirió Dido Galligan.

—Están muy asustados —convino Juan Acre—. Temen hasta que se sepa que tratan de oponerse a este siniestro poder.

En la siguiente media hora, hasta una docena de hombres entraron en la habitación. Cada individuo llevaba un poncho con capucha.

Se mantenían alejados unos de otros. Ninguno hablaba a su vecino.

La actitud de cada hombre mostraba que temia a sus compañeros.

Juan Acre había llevado la cuenta. Su actitud, al levantarse, indicó que estaba completo el número esperado.

Habló en excelente español; su elección de vocablos demostraba que era hombre de bastante cultura.

—Caballeros, todos ustedes saben por qué estamos aquí —declaró.

Uno de la asamblea se puso en pie.

—Llego de Europa en este momento —explicó—, y en realidad ignoro el motivo de reunirnos hoy.

—Se trata de oír mi informe respecto a determinadas averiguaciones secretas —dijo Juan Acre—. Como todos ustedes saben, ha habido una serie de terremotos en Chile. Estos temblores han tenido una extraña cosa común: cada una ha ocasionado la muerte a un rico dueño de una instalación de nitrato.

“Esto es lo que he estado investigando. Ahora, aquí está mi informe.

Hizo una pausa dramática. El silencio de la habitación era de una gran tensión. A través de él podía percibirse el silbido de Wheeler.

—Estoy convencido de que tras esos movimientos sismicos se oculta un odioso poder —dijo Juan Acre.

Una gran agitación recorrió la pieza. La canción de Wheeler cesó, de repente.

—Pero, ningún hombre puede producir terremotos —objetó un encapuchado.

—No he dicho que el hermano blanco sea un hombre —replicó Juan Acre.

—Entonces, ¿será el demonio?

Juan Acre se encogió de hombros. Sus brazos hicieron un amplio gesto bajo el poncho que le envolvia.

—No lo sé —confesó—. Todo es sólo un rumor, pero demasiado extendido para no tener cierto fundamento. Se dice que el hermano blanco tiene que vcr en los terremotos.

Otra vez un susurro de sorpresa conmovió a la asamblea.

—No se asombren tanto —dijo concisamente Juan Acre—. Ustedes han oído hablar de este pequeño hermano blanco; sea hombre o sea otro ser increíble.

—Ya saben que los terremotos matan a los hombres al mandato del hermano blanco.

“Algunos de los presentes pertenecen a la industria del nitrato de sosa y son ustedes los que mueren, precisamente, en los terremotos. Otros son miembros del Gobierno. Ustedes me pidieron que investigara el misterio.

El jefe de policía hizo una pausa; luego continuó:

—Hoy conozco a dos hombres relacionados con el misterio sismico; una pareja llamada “Biff” y Velvet. Velvet es delgado y guapo, como un rufián. “Biff” es grueso, tiene el rostro horrible, desfigurado por una cicatriz.

Otra vez Juan Acre hizo una pausa:

—No puedo encontrar ni a uno ni otro. Han desaparecido. Deseo manifestar que estoy en un atolladero y que lo dejo.

Uno de les hombres del banco se puso en pie de un salto, gritando:

—Le dijimos que llamara al famoso desfacedor de “entuertos” yanqui. ¿Lo ha hecho usted?

Acre frunció el ceño.

—¡Siéntese! ¡Soy yo quien llevo este asunto!

—¡Así no irá a ninguna parte —protestó el otro—. Queremos que venga Doc Savage, y si no envía a buscarle, nosotros lo haremos.

Durante los diez segundos que siguieron al altercado, media docena de capuchones asintieron con un ademán.

—Ya he mandado por él —saltó Juan Acre—. Durante algunos dias he estado en contacto con él.

Wheeler dejó de silbar. Dido Galligan se inclinó para oír mejor.

Era evidente que los dos estaban muy interesados, ahora, profundamente interesados.

—Estoy en comunicación con ese yanqui por radio —anunció Acre—. Esta noche acabo de recibir un mensaje suyo y ya está en camino de Chile.

—¡Eso es magnifico! —exclamó uno.

—Yo mismo estoy muy complacido —confesó Juan Acre—. Mis tentativas para averiguar la identidad del hermano blanco han sido lamentablemente inútiles. Ni aun tengo la menor idea de lo que el monstruo trata de hacer. Los terremotos y las muertes que ha causado pudieran ser meras coincidencias, pero no lo creo.

Hizo una pausa para sacudir el puño.

—Se necesita la habilidad de Doc Savagc para descubrir lo que hay detrás de todo esto.

Esta frase pareció dar fin al motivo general de la reunión. Los hombres desfilaron. Partieron por turno, dando cada uno al que le precedia un intervalo, durante el cual podía quitarse el poncho y

alejarse.

Sólo Juan Acre, Dido Galligan y Wheeler se quedaron juntos.

Dido Galligan miró fijamente a Juan Acre.

—¡Quítese el capuchón! —gruñó.

Juan Acre titubeó. Primero pareció que no iba a complacerle. Luego exclamó: —Muy bien— Y se quitó el poncho.

—.0. K. —dijo Dido Galligan—. Por su voz, suponía que era usted, pero deseaba asegurarme.

—¿Desea discutir algún asunto personal? —interrogó Juan Acre.

—Si —dijo Dido Galligan—. He tomado medidas propias para combatir a ese misterioso hermano blanco.

—¿Puedo preguntar qué clase de medidas?

—Tengo una hermana en Nueva Yorke —explicó Dido—, que es una mujer extraordinaria. Ha hecho la carrera del espionaje.

—¿Quiere decir que es espía profesional?

—Precisamente —convino Galligan—, y una de las mejores de su clase. Durante algunos meses ha estado trabajando en cierta nación extranjera.

—Recientemente ha terminado su tarea. Le he pedido que trabaje en este asunto y está conforme.

—Yo no apruebo eso —dijo, concisamente, Juan Acre.

Dido se engalló.

—¿Por qué no?

—Porque no es trabajo para una mujer.

—Pues, trabajará, de todos modos —insistió tercamente Dido—. Ya le he dado toda clase de detalles. Hoy me ha dicho por radio que venía para aquí en el primer vapor.

—¿Se ha comunicado usted con ella? —inquirió Juan Acre.

—Por radio; sí.

—Yo no puedo impedir que venga su hermana —dijo, resignado, Juan Acre,— pero no lo apruebo.

Wheeler cambió de conversación.

—¿Qué diabólico poder ocasionará esos terremotos? —preguntó.

Juan Acre meneó la cabeza.

—No puedo decirlo. Sólo tengo un indicio —añadió.

—¿Cuál es?

—Que, en cada caso, unos momentos antes de que se inicie el temblor de tierra, se bajan las luces eléctricas del distrito afectado.

—¡Qué raro! —murmuró Wheeler.

Los tres hombres salieron juntos de la pieza. Juan Acre colgó el poncho de uno de los clavos de la habitación contigua. Después salieron a la calle.

No habrían recorrido aún cincuenta pasos, cuando Wheeler lanzó un fuerte grito.

¡Mirad las luces de la parte principal de la ciudad! —chilló.

Las luces se oscurecían de un modo singular.

Juan Acre y sus dos compañeros avanzaron con gran rapidez. Una plaza abierta finalizaba la calle donde se hallaban. Corrieron hacia ella. Su carrera loca por la calle no cesó hasta llegar a la plaza..

Allí, aunque cayeran las paredes de los edificios, no correrían peligro.

Se oyó un sonido semejante a un trueno en la lejanía. El ruido se hizo más fuerte. Se acercó, como si una multitud aullante se aproximara desde lejos, en las entradas de la tierra.

El suelo comenzó a temblar. Cerca de ellos se torció una chimenea.

Ladrillos de las paredes cayeron de las casas. Por todas partes ventanas se rompían y astillaban.

Era como si la tierra se estremeciera de frío.

Sin embargo, el temblor no fue muy violento y Juan Acre y sus compañeros lograron mantenerse de pie.

—No es una gran sacudida —dijo Juan Acre—. La fuerza principal parece centrarse hacia nuestra izquierda.

Apenas habían salido estas palabras de sus labios cuando cesaron las pulsaciones.

—Veamos lo que ha destruido esta vez —insinuó Wheeler.

Los tres se dirigieron a la derecha.

A causa de la avanzado de la hora, las calles habían estado desiertas y silenciosas. Ahora hormigueaban de gente.

Madres excitadas sacaban sus hijos a través de los espacios estrechos dejados por las barrotes de las ventanas.

Un hombre con bigotes tan gruesos como las manillas de una bicicleta se había cogido una mano y gemía fuertemente.

Una colina se alzaba frente a nuestros hombres. Era muy escarpada, y en algunos sitios sus laderas acantiladas.

Un camino subia zigzagueando hasta su cima. El centro del movimiento sísmico había sido la colina.

Grandes masas de piedra habían caído a la carretera. Muchos hombres sacaban ya escombros en algunos puntos.

Un automóvil había sido aprisionado por las rocas, al correrse. Juan Acre, Dido Galligan y Whistler Wheeler prestaron su ayuda. Un hombre iba en el coche aprisionado. Sacarle de allí fue cuestión de cinco minutos. Estaba muerto. Sus facciones eran apenas identificables.

—¡Dios mio! —exclamó Juan Acre en español:— Es uno de los miembros de nuestra reunión.

Dido examinó el cadáver; —Ahora le conozco. Era propietario de uno de los mayores campos de nitrato del país.

Juan Acre asintió pensativo.

—Es raro. Todos los que mueren son dueños de alguna propiedad de nitrato.

Pocos minutos después de haber llamado la atención sobre este hecho. Juan Acre se escabulló. Su ida fué furtiva. Nadie reparó en su partida.

Juan Acre se encaminó a la estación de radio. La Compañia tenía oficinas en la parte alta de la ciudad, desde las cuales se llenaban y entregaban los despachos.

Juan Acre, sin embargo, nunca enviaba sus radiogramas por los medios ordinarios. Lo veían demasiados ojos.

Generalmente entregaba sus mensajes al telegrafista rnismo de la estación.

Entregar una misiva era el motivo de su actual visita.

El edificio que albergaba el aparato de la radio no era una construcción imponente.

Una sola luz brillaba detrás de su única ventana. Salían voces del interior.

Juan Acre era prudente. De no haberlo sido habría muerto ya violentamente.

Se aproximó a la casa en silencio, aguzando el oído.

Había escuchado algo que le extrañó.

Juan Acre se figura que se ha dado curso a sus mensajes —decía el telegrafista, dentro de la casa.Vaya pataleta que le daría si supiera lo que sucede.

CAPÍTULO IX

SE MUEVEN LAS MONTAÑAS

EN vez de entrar como había pensado, Juan Acre se quedó al acecho junto a la casa y se dispuso a escuchar.

—Te arriesgas mucho reteniendo los mensajes de ese pico de halcón —dijo al telegrafista su compañero.

Juan Acre no conocía, aquella voz.

—Me pagan bien por lo que hago.

El Otro se rió en voz baja.

—Yo no te culpo de retener los mcnsajes que te entregan. Es una manera cómoda de ganar dinero.

—Hago más que esto —replicó el telegrafista—. También redacto los falsos mensajes que se le dan a Juan Acre.

—¿Quién te paga?

—Eso, amigo mío, no me atrevo a decirlo.

Juan Acre dejó escapar un gruñido bajo la nariz ganchuda. Metió la mano en el bolsillo de la americana y la sacó armada de un revólver.

Esta arma había sido modificada, cortándole el cañón, de modo que apenas se veía y a causa de ello, los proyectiles herían de lado.

Las armas de esta índole son notables por las espantosas heridas que abren.

Antes de entrar Juan Acre oyó más palabras. Aguardó. Eran “trozos escogidos,” lo que oía.

—No creas que no me he ganado ese dinero —decía el telegrafista—. He retenido mensajes de Juan Acre, pero aún eso no es todo. Saco una copia de todo mensaje que pasa por la estación y envío esas copias al que me paga.

El compañero volvió a reír, muy quedo.

—No necesitas decirme el nombre de tu amo, querido amigo. Lo conozco ya.

—¿Si? —el operador pareció sorprenderse.

—Si —rió el otro—. Te paga uno de los del hermano blanco. Ambos servimos al mismo amo.

Esto fué todo lo que Acre pudo escuchar. Con el revólver enano en la mano, penetró en la casa.

—¡Manos arriba! —ordenó.

El telegrafista y su visitante se le quedaron mirando. Acre vió que el visitante era uno de los principales bribones de la ciudad.

Los dos reconocieron las sombrías caracteristicas de Juan Acre. El terror se apoderó de ellos. Conocían su reputación, como enemigo peligroso.

Ambos llegaron simultáneamente a la misma decisión: luchar para salir de aquel enredo. Ambos trataron de sacar las armas ocultas que llevaban.

EL revólver de Juan Acre tronó: una segunda explosión pareció mezclarse al sonido de la primera.

El radiotelegrafista y su visitante se desplomaron. Uno de ellos había logrado sacar el revólver que se descargó al caer.

La bala tocó en un tablero, provocando un cortocircuito que despidió cegadora luz azul y una lluvia de chispas.

Juan Acre se adelantó de un salto para examinar a la pareja. Esperaba cogerla viva.

Más los dos hombres estaban muertos. Las balas del revólver chato les había abierto tremendas heridas. Juan Acre comenzó a jurar en español.

En voz baja y gutural vertió innúmeras palabrotas.

Se aplicó a si mismo cuantos nombres escogidos acudieron a su ágil lengua.

No se acusaba de haber matado a los dos hombres. No era la primera vez...

El hecho de haberse dejado llevar por su temperamento para matar a las dos antes de someterlos a un interrogatorio, era lo que le encolerizaba.

Juan les registró. Sobre cada uno de ellos halló considerable cantidad de dinero. Sonrió amargamente y se embolsó los billetes de banco.

No había huella de la identidad del misterioso patrón, de quien los dos habian estado hablando un momento antes de su muerte.

Juan Acre miró con el ceño fruncido el potente aparato de radio.

ÉL no era operador. Si ahora quería enviar un mensaje a Doc Savage tendría que ser por vía telegráfica y ésta era más lenta y menos eficaz que la radio.

La oficina de Telégrafos estaba en la ciudad baja. Dejando la estación de radio, Juan Acre se encaminó a ella. Andaba deprisa.

Como era su costumbre, Juan Acre vigiló con atención la oscuridad que le envolvía. Era un hábito que jamás olvidaba. Era hombre conocido y seguía un camino peligroso.

A los doscientos metros reparó que era seguido. Nada tan simple como un paso descuidado o la rotura de una ramita se lo reveló.

Cuando salía por la noche llevaba su saquito lleno de crispetas. No le agradaban y detestaba, su olor. Mas las crispetas son muy rígidas y esparcidas por el suelo, crujen cuando se las pisa.

El crujido no es bastante fuerte para excitar al que sigue, pero sí lo suficiente para prevenir al perseguido que marcha atento.

El crujido del maíz fué lo que reveló a Juan Acre que era seguido.

Sacando el revólver se metió tras de un escondite oscuro y aguardó. Sus labios estaban ferozmente apretados bajo la ganchüda nariz.

Dos hombres aparecieron en la calle. Escudriñaban con ansias las tinieblas.

—Por fuerza se ha metido en algún sitio —gruñó uno de ellos.

—Que me ahorquen si no —dijo el otro—. Sc nos ha escabullido.

—Si, caballeros, así es —dijo Juan Acre. Y salió del escondite.

Los dos que le seguían eran Dido Galligan y Whistler Wheeler. Ambos americanos hicieron ademán de sacar el revólver.

—¡Cuidado! —les advirtió Juan Acre—. Esta arma no tira habas.

—Sabemos lo que tira —dijo Dido, sombrío. Sus botones dorados brillaban débilmente a la luz de un farol distante.

—¿Vieron lo sucedido en la estación de radio? —dijo Juan Acre.

Whistler Wheeler no había silbado mientras seguía a Juan Acre. Ahora reanudó este hábito suyo. Un momento su silbido sonó apagado.

—Lo vimos —dijo—. Y nos parceió un doble asesinato.

—¿Oyeron la conversación, entre el operador y el otro hombre, que prccedió a la lucha? —interrogó Juan Acre.

—No estábamos tan cerca—— —respondió entonces Wheeler, dejando apenas de silbar.

Juan Acre frunció sombrío el ceño.

—¿Por qué me siguen?

Dido Galligan y Whistlcr Wheeler acababan de ver como mataba a dos hombres el hombre de la nariz ganchuda. No obstante, no demostraron temer su cólera.

—Estábamos sólo comprobando... —dijo Galligan. Fué a tocar uno de los botones dorados, pero desistió, comprendiendo que Juan Acre podía imaginar que iba a sacar un arma.

—Comprendo —dije vivamente el jefe de policía secreta—. ¿El qué? pregunto yo.

—Pues, pensando en el caballero muerto durante el temblor de tierra —dijo francamente Galligan—, dedujimos que usted, Juan Acre, es el único que sabia que él iba a asistir a la reunión. Sin embargo, al hombre le mataron aquí.

—¿Presumen, naturalmente, que el temblor se debe a manos humanas?

—Naturalmente —dijo Dido Galligan—, y creemos posible que pagara usted al hombre que lo hizo, sabiendo que la víctima estaría en la reunión.

Al oír esto Juan Acre creció una pulgada en estatura. Sus facciones no eran tan morenas como las de sus compatriotas.

Sin embargo, la rabia las oscureció.

Por un momento pareció dispuesto a matar a sus dos acusadores. En vez de esto, sonrió fieramente e hizo crujir los dientes. Enfundó el arma con airada violencia.

—¡Caballeros, pueden creer lo que les plazca! —dijo—. Me es indiferente. Pero, les advierto una cosa con toda franqueza: les saltaré los sesos si continúan siguiéndome.

Los dos americanos no cedieron terreno.

—Bueno, no se suba a la parra, amigo Acre —gruñó Dido;— Sólo tratábamos de descubrir qué diabólicos hechos pasan en este país. Los propietarios de la industria del nitrato son asesinados. Esto nos concierne porque somos del oficio.

—Tú lo dices —dijo como un eco Wheeler—. Le observaremos

hasta quedar satisfechos. Y puestos a amenazar, también nosotros sabemos saltarle, a quien sea, la tapa de los sesos.

Juan Acre mostró súbitamente los dientes en una sonrisa que parecía sincera.

—Siempre he apreciado el nervio yanqui —dijo.

Esto produjo algo parecido a una tregua. Juntos, los tres hombres continuaron andando hacia el centro de la ciudad.

—Voy a cablegrafiar a Doc Savage los últimos acontecimientos —ofreció Juan Acre.

—Y yo a ponerme al habla con Tip —dijo Dido Galligan.

—¿Quién es Tip?

—Mi hermana.

Los periódicos de la mañana son necesariamente impresos la noche antes.

Un número de ediciones salen en el curso de la noche, cada una con las noticias que van llegando.

Juan Acre y sus acompañantes pasaron por delante de un quiosco.

Dido Galligan se detuvo a comprar un diario. Quería leer lo del temblor de tierra, en las ruinas de las cuales se había hallado una víctima.

—¡Eh! —gritó—. ¡Miren esto!

Juan Acre examinó el epígrafe indicado. Su mandibula cayó desde el extremo de su nariz ganchuda Parecia haber descubierto un gusano en la manzana que se estaba comiendo.

—¡Imposible! —exclamó.

—O por lo menos algo exagerado —convino Dido Galligan.

EL epígrafe que estaba leyendo decía:

“Juan Acre asesinado en Nueva York. EL jefe de policía ha muerto. Han arrojado su cadáver al Hudson.”

—Pero si ni siquiera he estado en Nueva York —dijo Juan Acre, sorprendido, mientras contemplaba el diario.

Dido lo examinó con mayor detenimiento. De súbito se tornó pálido como muerto.

Más abajo acababa de descubrir otro epígrafe más pequeño, este decía:

“Tip Galligan cogida por los asesinos de Juan Acre. La joven es una famosa espía.”

—¡”Tip”! —dijo con un eco, Dido—. ¡”Tip” ha sido secuestrada!

Whistler Whceler hizo un gesto de aturdimiento. ¿Cómo sabia el hermano blanco la existencia de “Tip”?

—Es muy sencillo —dijo Juan Acre—. Por medio de sus agentes, el hermano blanco se ha asegurado copias de los radiogramas que entran y salen del país. Y ha cogido los mensajes dirigidos a ella por usted.

—Eso es, sin duda, lo que ha sucedido —murmuró Dido Galligan —. ¡Hay que hacer algo!

Juan Acre acabó de reflexionar acerca de su propia muerte.

Volvió a leer la descripción de aquel Juan Acre que había sido asesinado:.. según los periódicos.

—Es extraño —dijo pensativo—. Me describen muy acertadamente. Ese hombre debe ser gemelo mío.

—¿Tiene usted un hermano mellizo? preguntó Dido Galligan.

—No —dijo Juan Acre—. No tengo hermanos.

Dido Galligan se mesó los cabellos. Estaba sudando y no a causa del calor de la noche.

—¿Qué voy a hacer respecto a “Tip”? —gimió. La suerte de su hermana le preocupaba.

—;Salgo en el acto hacia Nueva York para ver a Doc Savage! —dijo Juan Acre—. ¡Quizá así me quede más tranquilo!

Juan Acre partió rápidamente. Cuando pasó el primer taxi, le detuvo y se metió en él. Viajó en su interior sólo unas manzanas, se apeó y vagó a través de callejas estrechas.

Convencido de que nadie le seguía, Juan Acre entró en una oficina de Telégrafos. Cogió un volante y lo llenó con cuidado.

La comunicación iba cifrada; la clave estaba en la cabeza de Juan Acre.

El jefe de policía secreta estuvo al lado del operador mientras enviaba el mensaje. Luego, sin hacer caso de las protestas del telegrafista, se apoderó del mensaje original, le aplicó una cerilla y aplastó las cenizas bajo el tacón.

Juan Acre se sentía satisfecho de sí mismo al salir de Telégrafos. Este era uno de sus mensajes que no caería en manos del hermano blanco.

Sabia que el telegrafista no podría recordar el texto.

—Es la cifra oficial —se dijo Juan Acre—. Si lo cogen, dudo de

que puedan descifrarlo.

Su satisfacción no hubiera sido tan completa de presenciar lo que ocurria en un punto, alejado unas millas de la ciudad, junto a la línea del telégrafo.

Allí los hilos pasaban por un bosquecillo de cactos. Un hombre se agachaba entre los agudos espinos.

El hombre tenía varias cañas largas de bambú, a cuyos extremos iban asegurados unos ganchos Unos alambres corrian desde los ganchos a ciertos instrumentos telegráficos portátiles.

El hombre escondido entre los cactos tenía sólo que alargar la mano y colgar los ganchos del alambre. Ahora empaquetaba sus bártulos.

Hecho esto se marchó furtivamente del lugar.

El hombre era un hábil telegrafista. En su bolsillo reposaba una carta, copia perfecta del comunicado de Juan Acre.

AL llegar a una carretera, a cien metros de distancia, el hombre montó en una motocicleta y corrió velozmente en la noche.

—EL mensaje estaba cifrado —rió,—, pero el Hermano blanco tiene una copia.

Sin saber el pequeño episodio ocurrido en la distancia, Juan Acre corrió a la más prctensiosa hosteria de la ciudad. Esta posada llevaba el nombre de “Taberna Fresca”. Mas, en realidad, su interior era todo menos esto.

El camarero dormía con la cabeza eehada sobre la mesa. El sudor mojaba su rostro y formaba un charco sobre el tablero.

Juan Acre se enjugó la frente, como si aquel espectáculo le diera más calor.

Subió a su habitación, se desnudó del todo Y se tendió en la cama, que tenía mosquitero. Sudó copiosamente, pero se quedó dormido.

Sin embargo, no durmió toda la noche. Antes del alba le había despertado un visitante. Un caballero que llevaba el uniforme de oficial de marina.

Juan Acre se vistió rápidamente y salió con él.

—¿Está todo listo? —preguntó a su compañero.

—Sí, señor —dijo el oficial—. He recibido órdenes explicitas del departamento naval.

—Esta noche, temprano, envié un mensaje al efecto de que se

dieran dichas órdenes —explicó Juan Acre.

El oficial saludó levemente. Había oído hablar de Juan Acre, pero aquel era su primer encuentro con el jefe de policía secreta.

Un destructor estaba anclado en la bahía, en el interior de los rompientes.

Era relativamente nuevo; un tigre del mar. La actividad demostrada a bordo denotaba que iba a zarpar.

El destructor subió el ancla en cuanto Juan Acre estuvo a bordo. El buque dio vuelta y dirigió el rumbo al Norte.

Juan Acre apareció en el camarote de radio y expidió un mensaje.

No estaba cifrado e iba dirigido a Doc Savage en la ciudad de Nueva York.

“Voy a Nueva York por buque de guerra y aeroplano para pedirle ayuda y explicar situación en Chile. Punto. Deseo advertirle vigile misteriosa amenaza conocida por mi únicamente bajo nombre hermano blanco. Punto. Juan Acre.”

EL destructor estaba provisto de moderno aparato de radio. Juan Acre contempló como se enviaba el mensaje a una estación lejana, en el Norte, y de allí se reexpedía a Nueva York.

—Lo que es éste, si que lo recibirá Doc Savage —se dijo. Estaba pensativo al dejar el camarote. En realidad, durante los dos días transcurridos había recibido varios radiogramas que parecian ser de Doc Savage. Según lo que había oído decir al infortunado radiotelegrafista de Antofagasta, eran falsos.

Los comunicados le habían hecho creer que Doc Savage estaba camino de Chile. Juan Acre dudaba ahora de que hubiera recibido un solo mensaje.

Por un corto tiempo el jefe de la policia secreta permaneció de pie en la popa del destructor. Vigiló la estela dejada por el buque a su paso.

Esta cinta se perdía rapidamente en la oscuridad.

Aunque el alba no estaba lejos, era todavia de noche. Hacía mucho calor.

El humo que salia de las chimeneas del buque, en lugar de ascender a la altura, se hundía en el mar, donde giraba y se retorcía como una gran serpiente.

—Estos demonios, contra quienes lucho, son muy hábiles —se

dijo, pensativo, Juan Acre—. No solo debo no perder ocasión, sino anticiparme a sus movimientos.

De pronto agitó los brazos con gran violencia. Un observador hubiera creído que le habian disparado un tiro; pero Juan Acre tenía el temperamento sudamericano que gusta de expresar sus emociones gesticulando.

Acababa de tener una inspiración.

Soy inteligente —se dijo con escasa modestia—. Lo que voy a hacer hará segura mi ida a Nueva York.

Fué en busca del capitán del destructor y habló con él algún tiempo.

Después de ello hubo un aumento de actividad en los puentes del buque.

El navío de acero dio vuelta y menguó su velocidad. Durante algún tiempo navegó lentamente.

En este intervalo se ordenó a la marinería que permaneciera bajo los puentes.

Ninguno vio lo que ocurría fuera.

Luego el destructor reanudó su velocidad.

El alba es como un incendio en el bosque sobre la elevada cima de los Andes. El sol, muy grande y rojo, parece encogerse y tornarse más cálido a medida que asciende.

Un termómetro en el puente del destruetor subió de modo sorprendente. Un observador casi podía ver subir la roja columna del mercurio.

El día iba a ser abrasador. El cielo estaba tan limpio de nubes como el interior de una escudilla invertida.

El mar era una extensión azul que parecia tan quebradiza como el cristal.

El destructor viajaba deprisa y muy cerca de la costa. Como una larga franja gris tallada por el buque, la estela se extendía detrás durante millas.

El sol ascendía. El mercurio en el termómetro trataba de alcanzar el extremo del tubo.

Los costados del barco estaban tan ardientes, que la espuma lanzada sobre ellos se secaba casi instantáneamente.

Marineros y oficiales se abanicaban y enjugaban el sudor. Miraban a los ceñudos muros de la costa. El acantilado parecia al

alcance de la mano.

—Nuestro pasajero Juan Acre no ha aparecido sobre cubierta —dijo un oficial.

—Está durmiendo —replicó otro—. Se han dado órdenes severas de que nadie se acerque a su camarote.

—Cómo se puede dormir con este calor, es cosa que no se me alcanza —gimió el primero que había hablado.

Los hombres guardaron silencio. Tres o cuatro minutos después, sin embargo, ambos miraron hacia tierra. Sus ojos recorrieron los negros picos pedregosos.

—¿Han oído? —murmuró uno.

La respuesta no era necesaria. Todos en el destructor oyeron aquel ruido.

De las ceñudas alturas de la derecha surgía un gran ruido sordo y prolongado que avanzaba con estruendo.

Era como si bajo tierra se despertara un monstruo loco de furor.

El odioso clamor iba en aumento. Un cambio fantástico se operó en las olas, en torno al destructor. Se alzaban azules montañas de agua.

..., Eran hervideros que rompian en grandes cascadas de espuma.

El destructor sufrió una sacudida; sonaron los objetos sueltos.

—;Un terremoto! —gritó uno de los marineros.

Las sacudidas aumentaron en intensidad. Se transformaron en un cataclismo.

Los hombres no podían mantenerse derechos sobre la cubierta.

Tan atronador era el bramido de las aguas, que apenas se oían al hablar, ni aun a gritos.

A lo largo del escarpado acantilado se levantaron, de pronto, grandes nubes de polvo que avanzaron, en oleadas, movidas por el temblor de tierra.

Las oleadas aumentaron en tamaño y violencia.

—¡La tierra entera se viene sobre el mar! —chilló un marinero.

No era tan tremendo; pero millones de toneladas de roca se hundieron en el agua. Éstas levantaron un gran oleaje que rodó al encuentro del destructor.

El buque de guerra se elevó, se elevó... pero la tensión era excesiva.

Sus planchas de acero se abrieron por su centro. La espuma

pareció hervir en torno suyo y cubrirlo de niebla.

Oleadas más pequeñas siguieron al primer gran levantamiento. Luego se aplacaron. Se abatió el bramido y el temblor de tierra.

Una gran nube de polvo producido por el derrumbamiento de las rocas se disipó luego…

Ni señales del destructor podían distinguirse en el mar. Se había hundido, llevando a la muerte a todos los hombres que iban a bordo.

El sol iluminó la escena, creando un calor casi de horno.

CAPÍTULO X

SOBRE LA PISTA DE DOS RUFIANES

EN el rascacielos de Doc Savage, en Nueva York, estaba de pie el hombre que habría ganado dos records mundiales: el de mayor fealdad y el de químico más eminente.

Este era Monk. Miraba fijamente la calle desde la ventana del piso ochenta y seis.

—¡Diantre, qué frío hace! —comentó.

La borrasca de la noche anterior había pasado. En la calle, la nieve alcanzaba más de un pie de profundidad.

En algunos puntos había montones de doce pies. Unos hombres lo cargaban en camiones.

Ham dijo, mordaz: —No has debido dejar tu selva tropical.

—¿No se te ocurre un chiste nuevo? gruñó Monk.

Monk había ideado recientemente la manera de molestar a Ham. Había adoptado un cerdito, como recordaréis, al que llamaba "Habeas Corpus".

Ahora "Habeas" salió de debajo de la mesa ricamente incrustada.

Ocurrió algo notable. El cerdo miró a Ham y luego dijo en voz alta:

—¡Siempre me han dado pena los picapleitos!

Un observador hubiera jurado que era la voz de "Habeas".

Ésta era la última novedad de Monk. Había aprendido ventriloquismo y utilizandolo para poner cuchufletas en boca de "Habeas" hacia rabiar lo indecible a Ham.

—¿Quién dió a los periódicos la historia? —interrogó Long Tom.

—Un policía charlatán —tronó Renny—. Adivino que no ha hecho mal. Doc pidió a los policías que no mencionaran su nombre

en relación con el secuestro y asesinato y ellos no lo han mencionado.

Doc Savage estaba en el laboratorio. Estaba haciendo las dos horas de ejercicio diario que tanta influencia tenían en su famosa fuerza fisica y la viveza de sus facultades.

La puerta del corredor exterior se abrió. Los cuatro hombres que estaban en la antecámara miraron al individuo que entró.

—¡El propio saco de huesos! —tronó Renny.

—¡El cíclope de un solo ojo! —dijo sonriendo, Monk.

—Pero ahora tiene los dos —dijo Ham;— de modo que ve doble.

De haber oído alguno de sus sabios colegas la acogida que se le dispensaba, probablemente hubieran fruncido el ceño, considerando a sus compañeros por debajo de la dignidad de Guillermo Harper Littlejohnn, el famoso arqueólogo y geólogo.

Johnny traía un diario debajo de cada brazo.

—Crei que se te habían dado órdenes de que estuvieras varios días metido en cama —dijo Long Tom.

—¿Para qué? —dijo Johnny, sonriendo.

—Esa operación del ojo...

—¡Está "okey",! ¡Me encuentro muy bien! La operación fué delicada, pero no hay mucho que cicatrizar. Es, sobre todo, cuestión de nervios. Ya veis la retina había perdido el funcionamiento de conos y bastones y...

Ham levantó, horrorizado, el bastón.

—Hermanos, ¡es horroroso! Ya se prepara a contarnos la operación. Le durará años la manía.

El huesudo Johnny resopló despreciando al mala lengua de Ham y abrió uno de los diarios.

—Lo que verdaderamente me ha sacado de la cama es algo que he leído en este diario —dijo—. Quería enseñárselo a Doc.

—¿Qué es ello? —preguntó Monk.

—Un terremeto en un punto determinado de la costa de Sudamérica —explicó Johnny.

—¿Si? —preguntó Monk.

—Es muy extraño que pueda haber un terremoto allí —anunció Johnny—. Esa extensión de costa en particular no es considerada como castigada por temblores de tierra. Casualmente conozco las formaciones subterráneas rocosas y considero imposible una

conmoción ahí.

Renny leia el otro periódico.

—Aquí no veo nada —dijo.

—Está solo en las últimas ediciones —explicó Johnny—. El movimiento sísmico ocurrió hace escasamente dos horas. La noticia acaba de llegar a Nueva York.

Doc Savage, el dominador hombre de bronce, salió del laboratorio. Miró el ojo de Johnny, pareció satisfecho de lo que veía, y examinó el diario que le ofrecía éste.

Había leído sólo unas frases cuando señaló un párrafo bien abajo de la narración. Decía así:

“En lo más fuerte del misterioso temblor de tierra se hundió un destructor chileno con toda la tripulación. A bordo del buque de guerra, según el informe del Gobierno chileno, iba Juan Acre, jefe de la Policia Secreta Federal.”

—¡Juan Acre! —gritó Renny con voz atronadora—. Pero, si le asesinaron aquí anoche!

Los cinco ayudantes de Doc se miraron sorprendidos.

—¿Qué piensas de esto, Doc? —preguntó Renny.

—Que lo mejor será ponernos en relación con Chile —contestó Doc.

Doc Savage les guió al laboratorio. A la luz fría, brillante, de un sol de invierno la habitación asumia vastas proporciones. Los aparatos centelleaban.

Los había dispuestos para los estudios de química, electricidad, bacteriología, para todas las ramas de la ciencia, en suma.

A lo largo de la pared exterior había pequeñas vitrinas. Doc se acercó a una de ellas. Encerraba una instalación completa de radio.

El transmisor, científicamente proyectado, tenía el alcance mayor de la ciudad. El receptor era sumamente sensible.

Unos minutos después Doc estaba en comunicación con una estación de onda corta de Santiago, la capital chilena. Envió un breve mensaje pidiendo acudiera a la estación alguien enterado de los últimos acontecimientos.

Le siguió una pausa de lo menos cinco minutos, mientras se comunicaba.

—EL secretario del presidente estará en la estación dentro de poco —informóse después de breves minutos a Doc desde la

estación chilena.

Doc permaneció delante del aparato. Dirigió la palabra a Ham:

—Los periódicos guardan en sus archivos retratos y breves biografías de los altos personajes extranjeros —dijo Doc—. Así, cuando sucede algo de importancia, tienen a mano una fuente de información.

¿Quieres traerme una foto de ese Juan Acre y noticias de su vida?

—¡Ya lo creo! —dijo Ham. Y partió.

Doc Savage aguardó, a pesar de la cruda temperatura exterior hacia confortable calor en el laboratorio. El interior de la vasta sala, en suma, estaba bien acondicionado, manteniéndose a la misma temperatura noche y día. Esto era necesario a fin de que el calor no afectase los delicados ex —perimentos que hacía Doc continuamente.

—Aquí está el secretario —comunicó el lejano operador chileno.

—¿Por qué estaba Juan Acre a bordo del destructor que se ha ido a pique en el terremoto? —inquirió Doc a través de las ondas.

—Ya no es necesario mantener el secreto —dijo la respuesta del éter—. Juan Acre se dirigia a Nueva York para emplear a usted y se suponía que nadie sabia que iba a bordo del buque de guerra.

—¿Con qué objeto iba yo a ser empleado? —interrogó Doc Savage.

—Aquí ha habido una sucesión misteriosa de fenómenos sismicos —replicó el otro—. Y en cada uno de ellos ha perecido el propietario de un campo de nitrato.

—¿Está seguro de que el hombre que iba a bordo del destructor era el verdadero Juan Acre?

—Si.

—¿Por qué?

—AL pedir que se pusiera un destructor a su disposición lo hizo en un mensaje cifrado con una cifra conocida sólo del Gobierno.

—Los libros cifrados se roban —transmitió Doc.

Varios segundos transcurrieron antes de que llegara una réplica. El operador chileno, naturalmente, estaba transmitiendo las respuestas del secretario.

—Quizá fuera un falso Juan Acre en el destructor —admitió el distante operador.

Doc Savage pronto concluyó el diálogo y acababa de hacerlo cuando volvió Ham, blandiendo el bastón en señal de triunfo.

—¡Más misterio, Doc! —anunció.

De un bolsillo sacó una hoja con recortes y fotografias sujetas con clips, la desplegó sobre el tablero de cristal de una mesa y los hombres se apiñaron a su alrededor. Su atención se fijó enteramente en las fotos.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny.

—¡Es el mismo caballero que fué asesinado anoche aquí!

—Estos retratos son del verdadero Juan Acre —recordó Ham,— el mismo que se cree ha perecido cuando se hundió el destructor.

Los grabados no eran fotos directas, sino reproducciones; por esta razón no eran tan claras coma sería de desear.

—Son iguales al primer Juan Acre —dijo Doc.

—¿Por el primer Juan Acre entiendes al hombre que llegó a Nueva York en el "Junio"? —preguntó Ham.

—Eso es. Designaremos al del destructor como el segundo Juan Acre, mientras no tengamos pruebas de lo contrario.

Doc ahora prestó atención a los recortes del diario que acompañaban las fotos. Sus cinco ayudantes tambien los leyeron hasta el fin.

—Diantre! ¡Qué hombre tan duro! —dijo Monk—. En el curso de su carrera como jefe de policía ha matado a varios hombres!

—No me agrada ese sujeto —dijo Renny con su fuerte vozarrón.

—¿Cuál no te gusta? —preguntó Monk—. ¿El primero o el segundo Juan Acre?

—EL "verdadero", quienquiera que sea —replicó el ingeniero—. El caballero ese de los asesinatos.

En un lado de la habitación apareció una luz roja. Brilló un instante y se apagó. Luego brilló otra vez.

—Teléfono —dijo Doc Savagc, y tomó el auricular.

—Llaman por radio desde una estación de Antofagasta —dijo la voz de la telefonista—. La llamada es para Doc Savage.

—Sí —replicó la débil voz de Galligan—. Diga.

Del receptor salieron clics, susurros y un ruido como si alguien rodase por una escalera cargado con latas de estaño; luego se aclararon los ruidos de la linea.

—¿Doc Savage? —preguntó una voz que no hubiera sido más

débil de venir de Marte—. Al habla Dido Galligan desde Antofagasta.

—¿Es Pariente de “Tip” Galligan?

—¡Soy su hermano!¿Qué sabe de “Tip”? ¡Hable pronto! Esto me cuesta quince dólares por minuto.

Doc gastó tiempo por valor de dos dólares en dar al lejano interlocutor una idea de lo ocurrido en Nueva York.

—Mi hermana es una famosa espía y hábil policía —dijo Galligan—. Esos demonios temían que les descubriera. Por ello la han apresado.

—¿Conoce a Juan Acre? —preguntó Doc.

Dido Galligan o no oyó le pregunta o no quiso responder.

—¿Buscará a mi hermana? —preguntó a través de miles de millas—. Sé que no trabaja por dinero, pero si encuentra a “Tip” crontribuiré con todo el dinero que poseo a cualquier obra benéfica a su nombre.

—Ya la estamos buscando —dijo Doc.

—¡Por Jorge, esta es grande! Lo que he dicho respecto a beneficencia lo mantengo.

—¿Conoce a Juan Acre? —repitió Doc.

—Le he visto y hablado con él aquí, en Antofagasta, la noche pasada.

—¿Está seguro de que era el verdadero Juan Acre?

—Voy a decirle algo en confianza —declaró Dido Galligan—. Un amigo mío, Whistler Wheelar, y yo le seguimos anoche. Sospechábamos de él.

—Supimos,..

¡Pin! hizo el auricular, y siguió un silencio total.

Doc colgó de golpe el auricular.

—¡Han sido cortados los hilos! Y ha sido en este edificio.

Como un relámpago, Doc se dirigió a un gran arcón y lo abrió. Contenía numerosos cilindros, tan gruesos como latas de tomate y quizá de dos pies de longitud.

Parecían de cartón y de cada uno de ellos sobresalia un pedazo de mecha.

Maniobrando rápidamente Doc pasó a sus hombres los cilindros.

—¿Cómo sabes que se han cortado los hilos en este edificio? —dijo Monk, mientras Doc trabajaba.

—Por el sonido —dijo Doc—. No ha habido más ruido después de la interrupción. Este edificio tiene una central propia y si el circuito se hubiera cortado más allá yo hubiera podido llamar al telegrafista. No he podido; así, la interrupción ha sido aquí.

Doc les entregó el último cilindro.

—Abrid las ventanas de las cuatro fachadas de la casa —ordenó —. Encended la mecha de los cilindros y arrojadlos a la calle.

La orden se cumplió inmediatamente, apenas Doc se fue.

Sus cinco hombres no perdieron tiempo en elegir ventanas en las cuatro fachadas. Aplicaron fósforos a las mechas y arrojaron los cilindros a la fría atmósfera invernal.

Después de haber arrojado su carga, Renny, el de los grandes puños, se inclinó para ver lo que sucedía.

Se había desembarazado de ella con gran rapidez. El primer cilindro no había chocado todavía con la acera, ochenta y seis pisos más abajo.

—¡Por el toro sagrado! —murmuró Renny—. Espero que no caigan sobre la cabeza de alguien. Son muy pesados.

Sin embargo, no necesitaba apurarse; a alguna distancia sobre la calle, el primer cilindro se convirtió en una bola de vapor grisáceo.

En rápida sucesión ocurrió lo propío a los demás. Cada recipiente se consumió totalmente en una pequeña llamarada verdosa.

No quedó nada que pudiera caer sobre la cabeza de los transeúntes.

EL vapor gris se hundió como una ola. Era mucho más pesado que el aire.

Descendió deprisa.

Unos segundos después se extendía, como neblina, sobre la calle.

Empleados de oficina y agentes de negocios, de paso para su trabajo, se detuvieron tiritando de frio. Y miraron con la boca abierta el misterioso vapor.

Lo olieron. Tenía un ligero perfume que no era del todo desagradable.

—¡Qué humo más extraño! —comentó una mecanógrafa.

Los neoyorquinos son gentes a quienes gusta pararse a contemplar con la boca abierta lo que no es usual.

En otra ocasión las aceras se hubieran llenado de curiosos, pero

aquella mañana hacia mucho frío y los peatones reanudaron la marcha; la mayoria corrieron en su prisa por escapar al frio.

Los que entraron en el rascacielos presenciaron un pequeño drama.

A un lado del vestíbulo había una escalera que conducía a las regiones bajas.

Dos hombres la ascendieron corriendo.

Uno era guapo y llevaba traje de etiqueta. Su atavío era suficiente para llamar la atención en pleno día. El otro era grueso, con una cicatriz que le cruzaba la cara y por nariz tenía dos peludos agujeros.

El portero vió a la pareja; su carrera despertó sus sospechas. —¡Eh!— gritó —. ¿Qué es eso?

Sin detener apenas el paso, el hombre del rostro repugnante alzó el puño. El portero cayó sin sentido.

Los dos que corrian saltaron a la calle. Se metieron por entre la gente, corrieron desolados calle abajo y saltaron dentro de un coche.

Si repararon en el fantástico vapor gris que llenaba la calle, no se pararon a pensar qué sería.

El auto al cual saltó la pareja era un coche de turismo. Sus cortinillas laterales estaban corridas.

El motor en marcha. El hombre del traje de etiqueta asió el volante y el coche arrancó dando una fuerte sacudida.

Estaba colocado en tal dirección que tuvo que pasar por delante del rascacielos. De la acera subieron gritos excitados.

Varias personas habian visto caer sin sentido al portero y se habían lanzado fuera llamando a gritos a la policía.

Pero no había policías cerca. La gente se inmovilizó sin saber qué hacer y vio como pasaba por delante, como una exhalación, el coche que llevaba a Velvet y "Biff".

Sin embargo, nadie permanecía en silencio.

Todos gritaban desaforadamente, tratando de dar la voz de alarma.

Tres disparos salieron del coche de turismo. El sonido fué como un trueno en el frio aire matinal, una bala rompió una ventana; otra se encajó en una pared de ladrillo; la tercera le arrancó a un hombre, de las manos, la pala con que removía la nieve.

"Biff" era quien disparaba.

—¡Eh, loco! —gritó Velvet, y le tiró el revólver de un manotazo —. ¡Idiota! ¿Qué haces?

—Lo hice, para asustarles —explicó "Biff". Para que se olvidaran de cómo somos.

—¡Olvidarse! —replicó Velvet entre dientes—. Así nos recordarán. ¿Es que careces de inteligencia total? ¿Por qué cortaste los hilos del teléfono?

—Para que no hablase Dido Galligan Ya viste como iba a soltar algo respecto a Juan Acre.

—¡Estúpido! —exclamó Welvet—. Doc Savage puede hablar por otro aparato. No has obrado bien. Todo lo que has conseguido es demostrar a Doc Savage que escuchábamos la conversación.

—Es que...

—¡Silencio!

Velvet lanzó, airado, el coche sobre un pequeño ventisquero. Blancos copos tocaron el parabrisas como un río de leche.

El coche torció a la derecha, a la izquierda; corrió durante algún tiempo en dirección al río, luego hacia el Norte, Después Velvet lo detuvo ante una farmacia. Dejó a "Biff" en el coche, entró en la farmacia y utilizó el teléfono.

Habló durante algún tiempo.

—Acabo de hablar con el amo —dijo a "Biff" cuando volvió—. Me ha dado órdenes. Abandonamos Nueva York.

—¿Por qué? —preguntó "Biff".

—Este Doc Savage —explicó Velvet—. El amo ha decidido que no queramos nada con él y... ¡nos largamos!

—¿Y la muchacha?

—Nos la llevamos.

—¡Uf! ¿Por qué?

—No hagas tantas preguntas —dijo Velvet; y puso el coche en movimiento.

CAPÍTULO XI

LA CARRERA HACIA EL SUR

—ASÍ, ¿se fueron en un coche con las cortinillas echadas? —preguntó Doc Savage a un hombre de la enorme multitud estacionada frente al rascacielos.

Lo menos seis personas trataban de contestar. Había un magnetismo en torno a la gigante figura de bronce de Doc que fascinaba a los espectadores.

Además muchos de ellos conocian a Doc de vista. Su actitud demostraba que consideraban al hombre de bronce como a un personaje notable.

—El coche huyó hacia el Norte —dijo un hombre—. Era un auto de turismo. No hay muchos coches así en la calle en una mañana tan fria como ésta. Eso hará menos difícil localizarlo.

—El hombre feo de la cicatriz disparó tres tiros —dijo otro transeúnte.

—Exactamente, ¿qué marca era? —preguntó Doc.

Varios replicaron a eso. Hubo alguna inseguridad. Pero todas las respuestas variaron entre dos marcas de precio moderado que se parecían mucho de una a otra.

—Muchas gracias, caballeros —dijo Doc.Y girando sobre los talones volvió a entrar en la casa.

Doc subió al piso ochenta y seis en el ascensor —expreso.

Sus cinco ayudantes estaban todavía en el laboratorio. Observaban la nube gris de la calle.

Todavía no comprendían lo que era.

—Velvet y "Biff" han cortado los hilos del teléfono —dijo Doc—, o por lo menos responden a sus señas los dos hombres que lo han hecho. Antes de que llegara a la calle han huido en un coche de

turismo.

—No habrá muchos por la calle en una mañana tan fría —murmuró Monk.—

—Esto nos ayudará a localizarlo.

—Es que los que le han visto estaban algo inseguros respecto a la marca; por regla general la gente no es muy observadora.

Monk lanzó un gemido.

—Entonces no vamos a dar con él.

Doc no replicó a esto. En cambio les señaló la puerta con un ademán.

—No les encontraremos estando aquí plantados —observó.

Apenas un minuto después estaban los cinco en el garage de las sótanos.

Cuatro minutos después se detenían ante el hangar de Doc, oculto bajo el título de almacén de la casa Hidalgo y Compañía. Iban en el gran sedán.

Una vez dentro del hangar saltaron del coche como si el sedán estuviera ardiendo.

Doc agitó un brazo incluyendo todos los aeroplanos en el gesto.

—Que cada uno de vosotros pilotee uno por separado —ordenó—. Ascended tan pronto como podáis. Hay una orden que prohibe volar bajo sobre la ciudad, pero el caso en que nos hallamos justifica la desobediencia; bajad lo mas bajo que podais. Rozad las cimas de los edificios.

—¿Cuál es tu idea? —dijo Renny.

—Buscar los coches de turismo —replicó Doc—. No habrá muchos por allí en este día tan frio.

Renny parpadeó, incrédulo; sus grandes manos hicieron vagos gestos.

—;Por el toro sagrado, Doc! No esperarás que localicemos a esos tunantes, ¿eh? No podemos descender hasta la calle y mirar dentro de todos los coches que pasen.

En vez de replicar, Doc se metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto semejante a una pequeñísima linterna mágica.

Sus dedos de bronce dieron vuelta a una llave lateral.

Nada pareció suceder a la pequeña linterna; por lo menos no dió visible luz.

De pronto Ham prorrumpió en ruidosas carcajadas. Señaló con

el bastón a Monk.

—¡Ja, ja, ja! —rió. ¿Has visto algo más parecido a un sapo verde?

Monk miró adusto a Ham. Sus ojuelos brillaban en las órbitas huesudas.

También él prorrumpió en risotadas.

—¡Y tú pareces un diablo verde! —coreó.

Una cosa sorprendente había sucedido a los hombres de Doc; cuando éste encendió su pequeña linterna, cada uno de los hombres se había vuelto verde.

También el coche de Doc era ahora de color verde.

—Luz ultravioleta —dijo Long Tom, el mago de la electricidad.

El vulgarote Monk dejó de reir para agitar un brazo.

—Los aeroplanos y el resto del hangar están bien —dijo—. Sólo nosotros y el sedán nos hemos vuelto verdes, ¿por qué?

—Porque ha andado a través de la niebla gris surgida de los cilindros que lanzasteis por la ventana —explicó Doc—, y también el coche.

—¡También la atravesaron Velvet y “Biffn”! —exclamó Monk.

—Lo que facilitará que demos con ellos —dijo secamente Doc—. Los coches de turismo son escasos hoy. La casualidad de que pasara más de uno por delante del rascacielos mientras la niebla estaba en la calle, es muy improbable —Buscad un coche de turismo que aparezca verde bajo la luz ultravioleta.

No era necesario para Doc Savage entrar en explicaciones detalladas concernientes a la luz ultravioleta. Sus hombres la habían visto ya operar.

Doc la usaba mucho.

La luz ultravioleta fuera del espectro visible, no se registra en la retina del ojo: por esta razón es a veces llamada “luz negra”.

Ciertas substancias, sin embargo, aparecen de modo extraño cuando se las expone a la luz ultravioleta, pues brillan con matices sobrenaturales.

De ordinario aparecen la vaselina y la aspirina.

Otras substancias eran las que componian la extraña niebla de Doc.

El había desarrollado estas substancias mediante cuidadosos experimentos.

Su afición a este fenómeno luminoso era en extremo marcada.

Esas diminutas cantidades del vapor grisáceo se depositaban en los cuerpos que se movían a través de él —tales como hombres y automóviles— y brillaban con intensidad.

Doc Savage oprimió un botón. Éste puso en marcha un motor eléctrico y abrió la ancha puerta trasera.

El suelo del hangar bajaba en pendiente hasta el río. En el agua había una delgada capa de hielo. El primer aeroplano que entró —el gran hidro— trimotor al mando de Renny —rompió el hielo.

En rápida sucesión los aeroplanos se elevaron en el aire. Había uno para cada hombre.

Cada aeronave estaba provista de un potente reflector de luz ultravioleta; habian sido instalados hacía algún tiempo.

No era esta la primera vez que Doc utilizaba la luz. Era, sin embargo, su experimento inicial, al utilizarla, en seguir la pista de hombres que recorrían una niebla formada por el propio Doc. Los seis aeroplanos se extendieron por el Norte: Velvet y “Biff” habian tomado aquella dirección.

Los reflectores de luz ultravioleta fueron encendidos. Eran en extremo potentes y planeados por Doc.

Los aeroplanos volaron bajo.A veces literalmente rozaban las flechas y puntas de los rascacielos.

Por seguir a un coche verdoso que brillaba debajo, Monk estuvo a punto de chocar con un alto edificio.

Descendió dentro del cañón de una calle asustando a unas mecanógrafas y a la inevitable nube de palomas que hormigueaban en torno a los tejados.

—¡Diantre! —gruñó Monk, y tornó a ascender.

El coche que había descubierto era un Ford. No cabía duda de que casualmente había atravesado los vapores rodeando el rascacielos de Doc.

La persecución continuó siempre hacia el Norte.

Cada uno de los hombres de Doc volaba en un aeroplano distinto. El propio Doc, sin embargo, habiase apropiado del más extraño de todos.

A primera vida parecía sencillamente un autogiro.

Sin embargo, un piloto hubiera reparado algo cxtraordinario en la aeronave.

Por de pronto la cola carecia de superficies en el timón.

Era meramente una cola de pez. Faltaban también los dos alas cortas que generalmente llevan los autogiros.

El aparato de Doc era un nuevo modelo. En manos de un piloto suficientemente hábil podía aterrizar en el tablero de una mesa y despegar del mismo punto.

Doc dirigió su extraña aeronave delante de las otras. Escogió una de las principales arterias de la ciudad y la siguió.

Si Velvet y "Biff" habían estacionado el coche en la ciudad baja, uno de sus hombres probablemente les localizaría.

El propio Doc esperaba alcanzar a la pareja si ésta seguía en el coche.

Doc no vio señales de un coche de turismo que fuera de color verde bajo los potentes rayos ultravioleta. Amplió la esfera de su pista.

Los coches de turismo eran muy escasos.

Siguió en caza por espacio de una hora larga.

Los aeroplanos iban equipados con transmisores y receptores radiotelefónicos. Estos aparatos deformaban la voz en el transmisor extremo y la rehacían en el receptor.

Cualquiera que hubiera captado la conversación de Doc no hubiera podido comprender ni una palabra.

Mediante la radio, Doc se aseguró de que sus hombres no habían descubierto nada.

—"Biff" y Velvet han hecho una de dos cosas —decidió Doc:— o han llevado su coche al garage o han salido de la ciudad.

—Lo seguro es que no están en las calles de la ciudad —convino Monk.

Hablaban como si él y Doc estuviesen en la misma habitación, en lugar de estar separados por el helado espacio.

—Examinaremos los aeropuertos —sugirió Doc.

—Quizá recorran en este momento una carretera —insinuó la voz recia de Renny.

—En ese caso será fácil atraparlos —replicó Doc—. La tormenta de anoche ha llenado de nieve los caminos bloqueándolos y aún no han podido limpiarse.

Los seis aeroplanos se dispersaron en distintas direcciones buscando cada cual un aeropuerto.

Fue Doc quien divisó al coche con las cortinillas corridas. Lo descubrió cerca del gran aeropuerto de Nueva Jersey.

Pero no huia de la ciudad: se dirigía a ella.

Doc hizo virar su aparato sobre el coche, compitió con él en velocidad.

Al propio tiempo descendió rápidamente. El motor del aeroplano era bastante silencioso y no parecía probable que le oyeran desde el interior del coche.

Algo que Doc no podia dominar traicinó su presencia. Los hombres del coche vieron la sombra que hacia el autogiro sobre la nieve.

El rápido avance de la sombra les alarmó. Sacaron las cabezas, miraron a lo alto y vieron a Doc.

La boca de las armas de fuego apareció detrás de las cortinillas del coche y despidieron llamas.

Doc metió dentro la cabeza. Las balas saltaban hasta las hélices, tocaban fuertemente el tambor bajo el fuselaje.

Los disparos eran tan regulares que Doc pensó si no habría alguna ametralladora en el coche.

La cabina del giro estaba protegida por una armadura delgada, pero dura.

La bala directa de un rifle potente la hubiera atravesado. Sin embargo, resistía los disparos de las armas de abajo.

Doc movió la palanca de velocidad y se situó como una bala a la cabeza del auto. Luego tocó otra palanca. Esto hizo chirriar a un mecanismo.

Algunos tubos huecos que sobresalian del casco del autogiro vomitaron aero —bombas ligeras. AL tocar el suelo cubierto de nieve que se extendía delante del coche, las bombas se transformaron en grandes hongos de humo verdoso.

El coche se sumergió en vapor. EL chófer había frenado y el coche se balanceaba de banda a banda.

Patinó fuera del camino, haciendo saltar la nieve en surtidores. Hizo alto medio enterrado en la cuneta.

Doc dejó caer el autogiro cerca del auto. La nieve le llegaba a las rodillas.

Se hundió en ella, miró al intcrior del coche y se calmaron su prisa y su ansiedad.

“Tip” Galligan no iba en el auto ni se hallaban en él Velvet o “Biff”.

Era un grupo de siete rufianes el que llevaba el coche. La disipación estaba impresa en el rostro de cada uno de aquellos individuos.

Todos estaban desvanecidos por los efcctos del gas desprendido de la bomba aérea de Doc.

Volviendo al autogiro Doc abrió la llave del aparato transmisor de radio.

—Hc dado con el coche —notificó a sus hombres—. Pero en él no se halla la caza mayor. Venid.

Dió su situación exacta antes de cerrar el aparato y luego volvió junto al auto volcado.

Examinando por encima a los hombres sin conocimiento, escogió el de la boca menos enérgica.

Sacó de un estuche negro una aguja hipodérmica y la empleó en él.

Casi en el acto el hombre se agitó, volviendo a la vida. El liquido que Doc le había inyectado era un estimulante y al propio tiempo neutralizaba los efectos del gas.

El hombre abrió los ojos, lanzó una mirada a Doc y los cerró otra vez como si hubiera visto al demonio.

—¡Yo no lo maté! —protestó débilmente.

—Matar, ¿a quien? —El hombre hablaba con franqueza, pero con esfuerzo y no se le entendía bien. Esto era debido al efecto estupefaciente del gas de Doc.

Al principio dudaba de que el hombre se diera cuenta de lo que estaba diciendo. Después, cuando lo comprendió, vio que había hablado de más y ya no continuó.

—No asesiné a Juan Acre —gimió el hombre aún.

—¿Formabas parte de la expedición sobre el hangar?

—Sí, sí —tartamudeó el rufián.

—¿Dónde está la muchacha? ¿Dónde Velvet y “Biff”?

Partieron —dijo el hombre, trabajoso—. El amo dió la orden.

—¿Quién es el amo?

El hombre puso los ojos en blanco. Entonces comenzaba a darse cuenta de que estaba hablando de más.

—Señor, le digo estas cosas porque soy un inocente en contacto

casual con esos pillos. Los compañeros no me han contado nada. No sé quién es el amo.

—¿Está aquí, en Nueva York?

—Pudiera ser. No estoy seguro. Velvet y “Biff” reciben órdenes por teléfono, quizá en conferencia; lo ignoro.

¿Cuántos partieron en el aeroplano? —preguntó Doc.

Su fuente de información parpadeó.

—¡Caramba! ¿Cómo sabe que se fueron por el aire?

—El hecho de que vosotros estéis en el camino del aeropuerto no puede significar otra cosa —replicó Doc—. ¿Cuántos partieron en el aeroplano?

—Vi a Velvet, a “Biff” y a la muchacha. Nosotros habiamos tenido en nuestro poder a la dama y la hemos traido aquí. Velvet y “Biff” la llevaron al aeroplano. Quizá hubiera alguien más. No podemos decirlo, pues no nos acercamos mucho.

—¿Qué clase de aeroplano era?

—Un “bus” amarillo; parece rápido.

—¿A dónde va?

—No lo sé —dijo el hombre—. Yo y mis compañeros estamos contratados por “Biff” y Velvet para ayudar solamente.

Las facciones de Doc permanecieron impasibles. Parecia lógico que el hombre decía la verdad. Velvet y “Biff” y su misterioso jefe eran demasiado listos para confiar sus secretos a seres tan débiles como aquél.

*****

Era mediodía. La gran mesa del despacho exterior de Doc estaba cubierta de mapas. Varias piezas del instrumental cientifico se veian esparcidas por el suelo.

Monk y Long Tom preparaban sus cosas para transportarlas.

Sus movimientos eran rápidos y silenciosos. Monk rara vez se pasaba sin librar una escaramuza de palabra, sobre todo con Ham, pero hacía una hora que no hablaba.

Doc reunía datos y daba órdenes. Ahora estaba en comunicación telefónica con el abogado.

—Estoy en el aeropuerto —le comunicaba este último con voz clara y correcta como su atavío—. El individuo ese ha dicho la verdad respecto al aeroplano amarillo. Es una aeronave nueva y extremadamente veloz. Se la vendieron esta mañana a Velvet aquí

mismo.

—¿Vieron los técnicos del aeropuerto cuántos hombres iban a bordo cuando despegó? —interrogó Doc.

—No. Hacia frio y todos estaban reunidos junto a la estufa. No pensaron en el aeroplano amarillo hasta que oyeron vibrar el motor. Se hallaba al otro lado del campo y no podrían decir cuánta gente iba en el interior. Tampoco se acercaron.

—¿Hacia qué punto se dirigía? ¿Recuerda alguien esto?

—Hacia el Sur.

Ham dió ahora una descripción más detallada del aeroplano amarillo.

Exteriores de las alas, tipo del motor, construcción y otros detalles.

Luego Ham colgó el aurtcular.

Johnny, el alto y huesudo geólogo, llegó de la biblioteca. Aparentemente no sabia qué hacer de las gafas que tenían la lente de aumento, ahora que su vista era normal. Los llevaba puestos sobre la frente.

—He estado estudiando la edad geológica de la parte de costa sudamericana donde el terremoto hundió el destructor —anunció—, y estoy más que convencido de que un terremoto es imposible en aquella vecindad.

—Pues no cabe duda de que lo hubo —dijo secamente Doc.

—Pudo no ser natural —declaró Johnny.

Sonó el teléfono. Era la voz atronadora de Renny.

—He esparcido una falsa alarma en torno al asunto del aeroplano amarillo, como sugeriste —contó a Doc—. Pero hemos llegado un poco tarde. La nave tomó una respetable cantidad de combustíble en un equipo de aviación cercano a Philadelfia. Ya sabes lo que esto significa.

—Significa que puede llegar incluso a Panamá sin detenerse —dijo Doc.

—Justamente —convino Renny—, y en esa dirección parece ser que partió.

Inmediatamente después de la conversación con Renny, Doc llamó a un telefónista.

—¿Tiene algo que comunicarme con respecto a mi llamada a Antofagasta?

—Todavía no, mister Savage —fué la contestación.

Monk y Long Tom terminaban de hacer el equipaje.

—Pronto estará listo y podremos partir, Doc —dijo Monk.

El teléfono sonó una vez más. Ahora era un hombre, que dijo con voz inexpresiva:

—Es para avisarles que la ambulancia ha recogido el cargamento.

—Muy bien —le dijo Doc—. Sigan los procedimientos usuales.

AL oír esto, Monk se sonrió francamente. Sabia lo que significaba.

Esa banda que había ocupado el coche de turismo estaba camino de la institución de Doc en el Estado de Nueva York.

Doc comenzaba, a dar muestras de impaciencia. Otra vez se puso al habla con el telefonista lejano.

—Lo siento, mister Savage —dijo el empleado, pasado algún tiempo,— pero no podemos localizar a Dido Galligan en Antofagasta. Nuestras oficinas de allí nos dicen que ha salido de la ciudad en aeroplano.

—Gracias —dijo Doc. Y colgó.

Monk hizo un ademán significando que el pájaro había volado.

—Se acabó nuestra posibilidad de saber lo que Dido Galligan iba a decírte sobre Juan Acre cuando cortaron los hilos del teléfono.

Doc indicó que comenzaran a reunir los bultos del equipaje.

—¿No vamos, por casualidad, a un clima cálido? —aventuró Monk, lleno de esperanza—. Sería una buena idea y muy consoladora, pues parece que se llevan a miss Gallígan hacia Chile.

—Es una buena idea.

—Entonces ¿salimos detrás de ella?

Doc afirmó: —Vamos hacia el Sur, hermanos.

CAPÍTULO XII

MUERTE SIN MEZCLA

COLÓN, al extremo norte del canal de Panamá, se halla a unas dos mil millas, por vía aérea, de Nueva York.

Doc Savage, sin paradas por gasolina, cubrió por término medio un poco menos de doscientas millas por hora en el camino.

Su aeroplano de ala baja ultraperfilado, desde los flotadores hasta el enlace del ala con el fuselaje, tenía ruedas.

Era pasada la medianoche cuando Doc dejó caer el aeroplano en la bahia de Colón: Los flotadores levantaron sábanas de espuma. Fosforescente estela se extendia detrás. Como chispeante rastro de un cohete.

—¡Uf! —sopló Monk, enjugándose la frente—. ¿El aeroplano se ha incendiado por casualidad?

—¡Jamás está satisfecho! —rezongó Ham, burlándose—. En Nueva York hacía mucho frio. Aquí hace mucho calor.

El cerdo, “Habeas Corpus”, gruñó bajo la silla de Monk y saltó tambaleándose. Estaba mareado.

Renny dobló sus mapas; había navegado ayudado por Long Tom.

Johnny, el huesudo geólogo, trataba todavia de comprender cómo podía haber terremotos en un país que no era propenso a ellos.

Doc Savage, que llevaba los mandos, sc adentró en la bahía.

—¡Mirad! ¡Viene hacia nosotros! —Ham señaló un punto con el bastón.

Una vieja lancha a motor se acercaba pesadamente. En su interior había una veintena de latas.

Un hombre moreno, flaco, guiaba la embarcación. Su atavío consistía en calzones bombachos y un voluminoso turbante blanco.

—Un hindú —gruñó Monk.

El hindú se puso al lado del aparato.

—¡Gasolina! —gritó—. ¡Buena, pura, gasolina para vender, sahibs!

—Ese hombre debe leer el pensamiento —murmuró Monk. Luego, en voz alta, añadió:— ¿Cómo sabes que carecemos de gas?

—No lo sabia, sahib. ¡Affoff! ¡Ay! En Colón se tiene que trabajar noche y dia, para vivir. Vengo al encuentro de todos las aeroplanos. A veces vendo gasolina; otras, no la vendo.

—Ahorraremos tiempo si consentimos que él nos provea —observó Renny.

—”Kya dam?” —preguntó Doc—. ¿A cómo?

La luz de la luna era espléndida. La sorpresa asomó a la cara del indio al oír hablar a Doc en hindú con rara perfección.

—A sesenta centavos el galón, sahib.

—¡Ladrón! —gruñó Monk.

—Examina si es buena la gasolina, Monk —ordenó Doc.

Con la agilidad de un mono, el vulgarote químico saltó a la lancha, llenó una botella de gasolina, volvió y entró en el aeroplano. Le ocupó unos momentos el análisis.

—Es buena —declaró al fin.

—”Okey”. Se la compraremos.

El bote hindú tenía en la lancha una bomba de presión bastante capaz.

—¿Queda muy lejos Antofagasta?— —le preguntó Monk, mientras pasaba la gasolina de la barca al aeroplano.

—¡Antofagasta! —repitió el botero, dejando de darle a la bomba —. ¡”Sach bat”! Su aeroplano es el segundo que he provisto esta noche de combustible con destino a esa ciudad.

Monk estaba encaramado en el techo de la cabina y al oír aquello por poco se cae.

—¿Era un aeroplano amarillo? —preguntó.

—¡”Han, sahib”¡¡Si, señor! —dijo el hindú.

Monk saltó de contento lo mismo que un simio.

—¡Qué sorpresa, Doc! ¡Estamos sobre la pista!

—¿Echaste una ojeada a los ocupantes del aeroplano? —le preguntó Doc al botero.

—¡”Han”! Si. Vi a un hombre muy feo con una gran cicatriz, en

la cara, a una muchacha con un vestido dorado…

—¡Por el toro sagrado! exclamó Renny —. ¿Todavía lleva ese atavio?

—Y también había otras personas, pero no pude verles la cara — concluyó el botero.

Con los tanques del aeroplano llenos, el hindú soltó la bomba. En cuanto tuvo su dinero volvió a la playa.

Doc Savage reparó en la prisa que se daba. Sus facciones de bronce permanecieron inescrutables, pero las doradas pupilas despidieron un relámpago.

—¡La banda no puede hallarse muy lejos! —tronó Renny—. Ea, Doc, despeguemos!

—¡Aguarda! —ordenó Doc—. Hay algo sospechoso en la prisa que ha tenido el del turbante para escapar.

Doc se plantó de un salto junto al laboratorio portátil que Monk nunca abandonaba en sus expediciones y sacó de él una jeringa y una ampolleta de cristal.

Rápidamente sacó gasolina de los tanques de combustible y añadió al liquido ciertas substancias químicas. Luego aguardó una reacción.

Lo que descubrió le movió a tirar la gasolina por la borda.

—¡Vaciad los tanques! —gritó.

—¿Qué ocurre de nuevo? —preguntó Renny.

—Ese hindú ha logrado mezclar dos substancias químicas al combustible —explicó, sombrío, Doc—. Separadas ambas substancias son inofensivas. Sin embargo, mezcladas, forman un explosivo potente que la vibración de nuestros motores haría estallar.

Renny lanzó un rugido que probablemente se propagó a larga distancia.

—¡Ah, grandísimo tunante!

Abrió las válvulas y la gasolina salió.

Doc Savage se zambulló en el agua.

Sus ejercicios fisicos eran tan intensos como aquellos de que se valía para ejercitar sus facultades mentales. Y Doc dominaba las estratagemas mediante las cuales los hombres fuertes hacen cosas que parecen imposibles.

Una estratagema que había aprendido de los pescadores de

perlas de los mares del Sur, era la de permanecer largo tiempo bajo el agua.

Para ello se cargaba los pulmones de aire mediante frecuentes aspiraciones, zambulléndose luego con solo el aire usual en los pulmones.

Doc salió a flor de agua a mucha distancia del hidroplano. Unas cuantas y silenciosas brazadas le llevaron a tierra.

Salió por entre mangles y altas palmeras.

El traicionero vendedor de gasolina había dirigido la lancha a la parte baja de la playa. Con el silencio de un fantasma de bronce, Doc se encaminó allá, y pronto halló la embarcación.

El hindú no estaba en ella.

La lámpara de bolsillo de Doc era impermeable. Dirigió sus rayos al suelo.

El hindú había huido; las huellas de sus pies desnudos se dirigian al interior.

Doc siguió la pista.

El sendero penetraba en el bosque, se tornaba torcido y tortuoso; a los lados, por encima de la cabeza, lo tapizaba la vegetación.

Doc se quitó los zapatos, agitando un pie, luego el otro, se desembarazó de los calcetines. Sus ojos buscando en las alturas eligieron una rama.

Se agachó, saltó, se asió a una rama. De esta pasó a otra con habilidad.

Un gran salto le trasladó al árbol vecino.

Subió más. Allí donde las plantas trepadoras se enredaban menos, era más fácil avanzar. Un hombre acostumbrado a las calles de la ciudad hubiera echado una ojeada y hubiera dicho que era imposible el avance.

Guiado por sus ojos penetrantes, Doc inició aventurados saltos en el espacio, con frecuencia se encontraba a sesenta pies sobre la tierra.

Pronto aparecieron las luces de Colón.

Doc se dejó caer, tocó ligeramente el suelo y aguardó. Estaba seguro de que se había distanciado del hindú. Esperaba que el hombre saldría pronto de entre el enredado follaje del bosque.

Un leve rumor le advirtió que tenía razón. El hindú venia pisando el sendero con precaución, desconocía el peligro que tenía

delante.

Doc se encaminó al lugar donde el hindú debía salir al claro del bosque.

Avanzaba en silencio, como un gato montés.

Antes de alcanzar el sendero, sonó una salva de golpes y gruñidos.

Le sucedió una lucha desesperada.

—¡"Domil"! —chilló el hindú—. ¡Socorro! ¡Piedad!

Las voces se apagaron un momento después y reinó profundo silencio.

Doc Savage saltó hacia delante. Los ruidos y gritos significaban sólo una cosa: ¡que alguien le había arrebatado la presa!

Se aproximó al teatro de la lucha, podía oír respirar a los hombres.

¡Eran dos! La respiración de uno de ellos era entrecortada y fatigosa.

Doc decidió que uno estaba estrangulando al otro. Encendiendo la lámpara, puso un haz luminoso en el campo de batalla.

El hindú yacía de espaldas. Le salía la lengua de la boca, porque unos dedos le oprimían la garganta.El hombre que le estrangulaba miró en torno.

Tenía una gran nariz ganchuda. Con la agilidad de un gato se puso de pie y se llevó la diestra al bolsillo de la americana.

Pero no llegó a sacar el arma. Unos dedos de bronce, cuya presión ocasionaba un dolor insoportable, le cogieron la muñeca y le quitaron el revólver.

Era un revólver especial, de cañón corto.

El hindú gimió, aspirando aire.

Los dorados ojos de Doc le miraron fijamente. La luz era escasa.

Sin embargo, podía decir que aquel hombre se parecía de un modo sorprendente al que había aparecido en Nueva York bajo el nombre de Juan Acre.

—¿Juan Acre? —preguntó Doc.

El hombre le dirigió una mirada fulminante.

—¡Sí, sí! ¿Quién es usted?

—Doc Savage —le dijo Doc.

—¡Bueno! —dijo el hombre en español, frotando la muñeca que Doc le había asido.

—Un Juan Acre pereció cuando cierto terremoto hundió el destructor —dijo vivamente Doc.

El hombre sonrió sin alegría:

—Yo no iba a bordo, dejé el buque durante la noche. Fué una pequeña estratagema, señor, para engañar a mis enemigos.

—¿Por qué está en Colón? —interrogó Doc.

Juan Acre habló rápida y concisamente. Le contó a Doc, la serie de misteriosos temblores de tierra que quitaban de en medio a ciertos ciudadanos chilenos.

Le describió sus tentativas para comunicarse con él. Su actitud era arisca, pero su voz franca.

—Los servidores de ese diabólico hermano blanco están en todas partes —concluyó—, y me decidí ir personalmente a Nueva York para hablar con usted.

—¿Ha venido en aeroplano? —adivinó Doc—. Por fuerza, para llegar tan pronto a Colón. Antofagasta está tan lejos de esto como de Nueva York.

—¡Sí, sí!

Hablando deprisa, Doc le hizo un resumen de lo sucedido en Nueva York.

—¿Puede aclarar el misterio del primer Juan Acre? —le preguntó al concluir.

—No, señor. No lo comprendo. ¿Dice que ha muerto?

Doc Savage tenía la pequeña costumbre de hacer caso omiso de las preguntas que se le dirigían. Ahora hizo lo mismo. En lugar de contestar, indicó al hindú que gemía.

—¿Qué me dice de ése? —preguntó.

Juan Acre dijo brevemente:

—Le vi hablar con uno de mis enemigos, un hombre grueso con una cicatriz, en la cara y dos agujeros redondos por nariz... Le seguí y trataba de estrangularle sólo para obligarle a adoptar una actitud mental favorable a un interrogatorio.

Doc examinó a Juan Acre de pies a cabeza con la ayuda de la lámpara; luego la apagó.

—¡Yo soy el verdadero Juan Acre! —afirmó el individuo de la nariz de gancho—. Usted duda de mi, quizás. Le disculpo, pues yo mismo leí en un diario de Antofagasta que habian asesinado a Juan Acre en Nueva York. No sé nada de ese individuo. Como jefe de la

Policía Secreta tengo agentes aqui, en Colón. Fué uno de ellos quien me puso sobre la pista de “Biff”, el hombre de la cicatriz. “Biff” es listo. Se me escurrió, por ello seguí al indio.

EL hindú se levantó en aquel instante y trató de correr. Iniciaba el primer salto cuando unas barras de acero se le ciñeron al cuello, y fué empujado hacia atrás.

Pensó poder lanzarle en el plexo solar un golpe terrible al gigante de bronce que lo sujetaba y lo hizo.

—¡Has! ¡Ay! —gimió y se frotó el puño dolorido. Era como si hubiera golpeado una piedra.

Juan Acre le señaló con el gesto.

—¡Esta serpiente puede llevarnos hasta nuestro enemigo! —dijo.

Doc sacudió al hindú.

—¡Dohac! ¡Piedad!

—¿Qué dices a esto?

—Devuélvame el revólver —gruñó Juan Acre—. Verá la piedad mía.

El asustado hindú miró a Doc, suplicante, y dijo:

—¡”Aye shatlte ir”! ¿Qué desea? Sálveme de ese halcón y hablaré sin rebozo, “sahib”.

—¿Quién te ha contratado? —interrogó Doc.

—Un hombre con una cicatriz en la cara, sahib. Me dio dos substancias químicas para que las echara en los tanques del hidro. Debian mezclarse y...

—¿Puedes encontrarle?

—”Hall, sahib”. Si, señor. Le llevaré adonde se halla.

—Es “Biff” —dijo Juan Acre—. Su compinche se llama Velvet.

Sin demora, los tres hombres echaron a andar. Unos minutos después pisaban calles oscuras que olían a frutas de los trópicos.

—Devuélvame el revólver, haga el favor —pidió Juan Acre.

Doc pareció no oír.

El hindú se detuvo de pronto:

—”¡Alliste halo”! —señaló—. Vayan despacio. Nuestra meta está más allá.

Doc Savage tiró de Juan Acre y le colocó a la sombra de un muro:

—Guarde al hindú —le dijo.

El hombre de la nariz de halcón le pidió el revólver.

—¡Puede manejarse muy bien sin él!

AL momento la noche pareció tragarse al hombre de bronce. No hacía ruido; andaba con la ligereza de un murciélago en el aire.

La casa que el hindú había, señalado era de piedra y de un solo piso.

Tenía dos ventanas. Las dos estaban iluminadas por las luces del interior.

Doc avanzó. Donde un hombre con facultades menos aguzadas hubiera tenido que pararse y escuchar atento para sortear el peligro, Doc estaba seguro de que nadie le espiaba y no cesó de dar grandes pasos.

Miró por la ventana.

Detrás había dos hombres. Uno era de estatura regular, pero notable por el hecho de que los botones de su traje eran de oro.

También eran de oro el alfiler de la corbata y un anillo. Por lo visto le agradaba aquel metal.

El segundo individuo era rechoncho. Su cabeza era semejante a la de un conejo si se exceptúa las orejas.

Silbaba una canción tan quedo que ni siquiera el oído de Doc pudo oírla.

Doc Savage se dirigió a la puerta. Estaba abierta y entró en la casa.

Los dos hombres le miraron, atónitos, con la boca abierta. Sus manos se dirigieron a los bolsillos, pero no sacaron las armas.

—¿Quién diantre es usted? —preguntó el de los botones dorados.

Doc, había oído aquella voz a muchos millas de distancia.

—Usted es Dido Galligan —observó.

A su vez Dido reconoció la voz que le había hablado por teléfono y una sonrisa dilató sus labios de oreja a oreja.

—¡Doc Savage! —exclamó—. Caballero, es usted el primer individuo que conozco cuya estatura corre parejas con su firma. ¿Qué hace por aqui?

—Sigo la pista de Velvet y “Biff”, los secuestradores de su hermana —explicó Doc.

Con asombrosa velocidad el hombre de bronce le hizo un resumen de lo que había sucedido en Nueva York y concluyó con la explicación de la tentativa de colocar explosivos en el hidroplano,

hecho que había sido encargado al hindú.

Sin mencionar a Juan Acre, terminó.

—”Biff” estaba aquí. Le vimos por la calle y le seguimos, pero se nos ha escabullido no sé cómo. Debió reparar en que le íbamos a la zaga.

—Mi hermana está por aquí cerca —chilló Dido—. Lo prueba la presencia de “Biff” en Colón.

Doc Savage no varió de expresión. Fueron sus pcnsamientos los que fueran, quedaron, detrás de la máscara de bronce de sus facciones.

En una ciudad de la extensión de Colón, el espantoso “Biff” no podía andar por las calles mucho tiempo sin llamar la atención, semejante al lobo que se cuela en el redil.

Juan Acre apareció en la puerta. Empujaba al hindú con el huesudo brazo.

Dido Galligan y Whistler Wheeler miraron con asombro al recién llegado.

—¡Creimos que estaba muerto! —dijo Wheeler, tragando saliva.

—Salí del predestinado destructor durante la noche —explicó Juan Acre, en inglés.

Dido miró a Doc: —¿Cómo ha venido a parar aquí?

Sin que la menor emoción alterara sus rasgos, Doc explicó la tentativa de poner explosivos en el hidroplano.

El hindú la oyó hasta el fin; parecía un estudio en bronce. De súbito agitó los brazos.

—”¡Supo!” —gritó—. ¡Escuchen! Deseaban que les enseñara al hombre que me ha alquilado. ¡Ahí está!

Un brazo moreno se levantó para acusar a Wheeler.

—¡Ese es!

—¿Qué? —dijo Wheeler.

—¡Usted me ha contratado!

El rostro de conejo del americano había mostrado primero indignación.

Ahora, al comprender lo que significaba la acusación del hindú, un furor rojo le encendió como gasolina.

Whestler era hombre de genio vivo, inclinado a entregarse a furores casi maníaticos. Uno de sus ataques se apoderó entonces de él.

Un momento antes, parecia un hombre,suave, con el inofensivo hábito de silbar. Ahora se encendió de rabia, puso cara feroz.

Su mano se dirigió como un rayo al bolsillo del pantalón.

Doc Savage avanzó de un salto… pero, ni su gran agilidad fue suficiente.

Whistler Wheeler era muy rápido en sacar el revólver. Lo extrajo. Disparó.

El hindú quedó en pie, perfectamente rígido por unos segundos.

Había un agujero redondo en mitad de su frente. Cuando se desplomó, era como si se hubiera cortado la cuerda que le sujetaba.

—¡Mentía, el embustero! —gruñó Whistler—. Ha debido imaginar que “Biff” o Velvet le darían dinero por acusar a un inocente.

Sin la menor vacilación entregó el revólver, humeante todavía, a Doc Savage.

—Lo lamento —murmuró—. A veces me vuelvo loco.

CAPÍTULO XIII

UN SOSPECHOSO ASESINADO

DOS aeroplanos zumbaban a través de la luz roja del anochecer. Uno que iba muy cerca del mar, era todo de metal.

Aunque no era nuevo, tenía buenos motores. Hacía casi ciento cincuenta millas por hora.

EL otro se mantenía a unos pies por encima del primero. Era la nave gigante de Doc.

—En tres minutos —dijo Renny, el de los grandes puños—, estaremos a la vista de Antofagasta.

—Espero que la ciudad albergue a ese pequeño hermano blanco —dijo Johnny con aire soñador—. Ya estoy cansado de viajar por el aire.

Monk miró al aparato que volaba por debajo. En él iban: el piloto, Juan Acre, Whistler Wheeler y Dido Galligan. Monk frunció el ceño.

—Me parece que no tenemos necesídad de llegar a Antofagasta para saber quién es el malvado.

—Aludes a Whistler, ¿eh? —preguntó Ham que se ocupaba, entonces, en pulir la caña de su bastón.

—Asi es —dijo Monk—. Apostaría cualquier cosa a que mató al hindú para cerrarle la boca.

—Yo no lo creo así —dijo Ham.

—Ni siquiera lo ves —replicó Monk con sorna.

—Lo sé —convino Ham—. Pero el disparo fue evidentemente el resultado de un acto irreflexivo. Si Whistler Wheeler lo hubiera pensado, concediendo que es un villano, hubiera comprendido que matar al hindú le hubiera hecho sospechoso.

—No me agrada su cara de conejo —gruñó Monk—. Y no me

agrada cómo se sienta y silba a todas horas.

—¡Ahí está! —gritó de pronto la fuerte voz, de Renny.

Brillando deslumbradoras a la pálida luz del crepúsculo, aparecieron las casas de colores de Antofagasta y las tejas de sus techos.

La cinta de acero de una línea férrea que iba a Bolivia se perdía en las montañas. Cerca de la ciudad eran visibles las grandes fundiciones de plata.

En fila sobre las montañas, se veían las modernas líneas de transmisión de electricidad de alto voltaje. Debajo de estas lineas se había cortado la maleza, a ambos lados, haciendo grandes calvas donde había vegetación.

—Es un país yermo, al parecer —observó Long Tom, el mago de la electricidad.

Doc Savage llevaba el mando del hidro. Cuando despreció la tranquila superficie ofrecida por las aguas de la bahía, sus cinco hombres se sorprendieron mucho.

—No vamos a amarar en ella —les explicó Doc—. Esta no es la mejor bahía del mundo. Si hubiera una explosión, nuestro hidro quedaría aplastado, seguramente.

—Entonces, ¿dónde vamos a amarar?

—Juan Acre nos enseñará un punto determinado, según dijo en Colón.

—Juan Acre es otro caballerete que me da que pensar —murmuró Monk.

Ambos hidros aterrizaron en un campo desolado, no muy llano, que distaba cuatro millas, quizá, de la ciudad. La cabina de la gran aeronave de Doc no sólo era impermeable al sonido, sino también al aire.

En su interior no sólo se purificaba el aire mecánicamente y se renovaba el oxígeno, sino que también se refrigeraba artificialmente.

La temperatura en la cabina era siempre moderada.

—¡Por el toro sagrado! —dijo Renny al salir al exterior—. ¡Este país es muy cálido!

Juan Acre llegó en pos de Dido Galligan y de Whistler Wheeler.

Dido Galligan hizo un gesto de disgusto y dijo:

—No hemos visto señales de esa gente ni de mi hermana. A

veces creo que no se han movido de Nueva York.

Doc Savage no replicó a esto.

Juan Acre frunció el ceño.

—Esta noche convocaré a los más eminentes propietarios de las campos de nitrato. Les gustará saber que contamos con su ayuda.

Vaciló y luego, dominando su repugnancia, agregó:

—¿Asistirá a la reunión, mister Savage? Creo que su presencia aliviaria a todos. Esa serie de asesinatos les tiene preocupados.

—Estaré allí —prometió Doc.

Juan Acre ahora citó una descripción del lugar de la reunión, enseñando a Doc el camino. También le habló de los ponchos colgados en la primera habitación.

—La asamblea se reunirá a las diez en punto de esta noche —concluyó.

—En tal caso vaya a preparar la mogiganga —le dijo Doc.

Juan Acre enrojeció de indignación. Evidentemente pensaba que aquélla era una invitación demasiado cruda a que se largara.

Pero se marchó en dirección a la ciudad. Whistler Wheeler partió enseguida en opuesta dirección.

—¿A dónde va? —gritó Monk. En su voz suave se transparentaba la sospecha.

—Tengo un amigo que vive ahí arriba, en la colina —replicó concisamente Wheeler—, y voy a pasar un rato con él.

Monk gruñó e hizo un movimiento como para saltar tras del que partía.

—Déjale ir —le aconsejó Doc.

Dido Galligan se encogió de hombros en la creciente oscuridad.

—Whistler Wheeler y yo hemos sido muy amigos hasta el suceso de Colón —dijo—. Desde entonces él no ha estado tan afectuoso.

—¿Le parece que hay motivo para ello? —le preguntó Doc.

—Le diré. Pienso que se necesita haber enloquecido para matar a un hombre —replicó Dido:— Le dije lo que pensaba y se enfadó.

—Casualmente el hindú merecía su suertc —replicó Doc, pausadamente—. De otro modo, nos hubiéramos visto obligados a dar pasos para castigar a Whistler Wheeler.

—Ya le dije que era usted muy bueno con él —dijo Dido Galligan—. Pero me mandó callar.

Doc Savage miraba casualmente las luces distantes de

Antofagasta en aquel momento. Las vio disminuir perceptiblemente.

Era como si un súbito, enorme achicador, se hubiera aplicado a la luz eléctrica.

Lejos, bajo sus pies, la tierra comenzó a estremecerse. El sonido aumentó. Se convirtió en un monstruoso temblor convulsivo.

Los hombres se vieron en la imposibilidad de tenerse de pie y cayeron de bruces. Cerca de ellos, pequeñas rocas saltaron del suelo, tan grandes eran las sacudidas.

El gran aparato de Doc danzaba como si fuera un insecto que se hubiera posado sobre algo abrasador. El otro hidro oscilaba de babor a estribor.

El piloto, excitado, salió dando gritos. Un momento después el hidro se levantaba y se venía abajo en toda su longitud.

De pronto cesó el cataclismo.

—¡Por el toro sagrado! —murmuró el ingeniero Renny; y comenzó a recoger del suelo los objetos que llevaba en los bolsillos.

Long Tom miró, ceñudo, a Johnny y le dijo:

—¡No vayas a decirnos ahora que aquí son imposibles las sacudidas sísmicas!

Johnny no dijo nada.

EL químico chilló: —¿Dónde está mi cerdo? ¿Dónde está Habeas Corpus?

Un fuerte gruñido procedente del interior del hidro repuso a la pregunta.

Doc se encaramó al aparato. Se introdujo a bordo. Estaba tan oscuro que tuvo que encender la lampara de bolsillo.

Encendió la luz y asestó sus rayos al lugar donde se almacenaba el equipaje.

Apoderándose de una pesada caja de acero pintada de negro, la sacó a rastras. Estaba cerrada con llave. Metió la llave en la cerradura.

Doc abrió la caja y registró su contenido. Su actitud demostraba ansiedad por ver qué tal había salido de la catastrofe.

Monk, encaramándose a la cabina en busca de su cerdo, asestó los rayos de su lámpara sobre el interior de la caja que Doc estaba examinando.

—¡Uh! —exclamó—. ¿Por qué tanta ansiedad por cosas tan nimias?

—Temía que los hubiera roto el terremoto —dijo Doc—. Pero, no ha sido asi.

Los objetos de la caja eran los cilindros que habían registrado la escena desarrollada en el hangar de la ciudad de Nueva York con motivo del asesinato del primer Juan Acre.

Doc volvió a meterlos en la caja.

Los cinco hombres de Doc se sorprendieron visiblemente cuando el gigante de bronce extrajo la caja del hidroplano.

—No quisiera perderlos —dijo sencillamente Doc.

Nubes de polvo levantadas por el terremoto barrían el claro. Habían oscurecido la atmósfera de modo que parecia noche cerrada.

En la tétrica oscuridad una roca desprendida por el movimiento de la tierra rodó ruidosamente.

Dido Galligan olfateó el aire.

—No les parece, señores, que el centro de este temblor se halla en la dirección tomada por Whistler Wheeler?

Monk suspiró hondo.

—Ya decía yo que ese individuo era sospechoso. Apostaria cualquier cosa a que ha provocado el terremoto.

—Veámoslo —propuso Doc.

Partieron. Los deslumbrantes haces luminosos de las lámparas de bolsillo iluminaron su camino. Sobre los hombros, Doc llevaba la caja que encerraba, los cilindros. Era evidente que el hombre de bronce los tenía en mucha estima.

Grandes hendiduras se abrían en el terreno, bajo sus pies. En algunos puntos, grandes peñascos habían sido arrollados por el viento como grava pasada por un tamiz. Cada paso les ponía en medio de señales de una gran violencia.

—El terremoto tuvo aquí su centro, ya lo creo —anunció el vozarrón de Renny.

Llegaron a un estrecho valle. A cada lado se alzaban elevadas pendientes.

Hasta unos minutos antes, estas laderas habían estado cubiertas por grandes peñas. Ahora, la mayoria de estas rocas estaban en el valle a donde habían caído.

¡Por el toro sagrado! ¡Mirad! —dijo Renny.

Señaló... señaló el cuerpo de Whistler Wheeler. El cuerpo del hombre que silbaba siempre, estaba extrañamente aplastado. Una

roca casi tan grande como la locomotora de un tren había rodado sobre él.

—Retiro lo que dije de él —manifestó suavemente Monk—. Pensé que era un bandido. Esto demuestra que no lo era.

Doc alargó a Monk la caja de metal que contenía los cilindros.

—Toma esto y ve al hotel con tus compañeros —dispuso—. Nos alojaremos en la Taberna Fresca, donde tiene habitaciones Juan Acre. ¡Y guardad la caja!

Monk la miró, curioso.

—¿Tiene algún valor? —preguntó.

—Es muy importante —dijo Doc—. Encerradla en la caja del hotel… si os parece sólida.

Doc Savage desapareció en la noche. Su luz no ardía. Se perdió de vista tan rápidamente como si se hubiera ocultado detrás de una cortina.

Los cinco hombres de Doc y Dido Galligan regresaron al hidro transportando el cuerpo sin vida de Whistler Wheeler.

Descargaron sus bártulos de la cabina y colocaron en ella el cadáver. Más tarde mandarían a buscar a la funeraria.

Hecho su equipaje, los hombres se encaminaron a la ciudad.

—¿Dónde habrá ido Doc? —dijo, pensativo Renny.

Long Tom, que llevaba un fardo lleno de material eléctrico algo más grande que su propio enfermizo cuerpo, respondió:

—Me parece que debe andar de exploración para averiguar lo que ocasionó el temblor de tierra.

Doc estaba haciendo esto justamente. Avanzaba dando grandes rodeos en torno del lugar que parecia ser el núcleo o punto donde más violencia había alcanzado el novimiento sismico.

Su lámpara estaba apagada; él utilizaba los oídos.

Buscaba la mano del hombre detrás del fantástico fenómeno. Erró durante quince minutos sin ver nada.

El polvo levantado por el temblor se posaba tan espeso que cubría las huellas que hubiera podido dejar en la tierra.

Volvió al centro del fenómeno y usando ahora su lámpara buscó activamente. Trataba de hallar qué había producido aquel espasmo de la tierra.

Pero no halló indicios. La causa del fantástico temblor, fuera lo que quisiera, parecía estar situada muy hondo, en el interior del

suelo.

Cuando se convenció de que no iba a hallar nada, permaneció algún tiempo parado en la oscuridad.

Entonces hizo algo que denotaba que estaba muy perplejo. Su pequeña inconsciente nota vibrante se dejó oír. Tan baja como para ser oída apenas, y reeorrrió la escala musical sin adherirse a ninguna específica armonía.

El sonido cesó. Doc se dirigió a la ciudad.

El hombre de bronce sólo poseía una prueba tangible del misterio de las sacudidas: el hecho de que antes de comenzar a temblar la tierra se oscurecieron las luces del alumbrado.

Doc, halló a sus cinco hombres en la Taberna Fresca.

—¿Qué has hecho de los cilindros de cera? —preguntó a Monk.

—Están en la caja fuerte del hotel.

—¿Es fuerte?

—¡Pues, no!

Juan Acre dijo: —Ya he avisado a todos los dueños del nitrato que habrá reunión esta noche a las diez, mister Savage.

—¿Cómo tan rápidamente?

—Por teléfono y mensajeros. Es la costumbre.

La noticia dio que pensar a Doc. Permaneció callado unos segundos.

Sin embargo, no manifestó su opinión respecto al sistema de convocar a las gentes.

—Podríamos organizarnos un poco, hermanos —dijo al fin.

—La sacudida ha sido precedida por la disminución de la luz eléctrica aquí, en Antofagasta —dijo Long Tom, el mago de la electricidad.

—Trabaja tú en eso —le ordenó Doc—. Une registradores, voltímetros y amperimetros a las líneas cléetricas. Mejor será que comiences la faena cuanto antes. No sabemos cuándo comenzará el temblor futuro. ¿Te has traído los utensilios necesarios?

Tom se sonrió.

—Seguro. Los he traído porque tú me lo indicaste, Doc.

Doc Savage ahora se dirigió a Johnny, el flaco geólogo.

—¿Verdad quo tú tienes aparatos registradores de los movimientos sísmicos?

El huesudo geólogo buscó las lentes, se los caló, hizo un gesto y

las alzó a la altura de la frente.

—Sí, tengo varios aparatos de esa especíe —admitió.

—Colócalos en puntos diversos —le aconsejó Doc—. Quizá nos sirvan de algo bueno.

—¡Bien! Lo haré inmediatamente —promctió Johnny.

—Monk —dijo Doc:— tu trabajo consistirá en, visitar los lugares afectados por el terremoto. Reúne muestras de rocas y haz análisis químicos. ¿Tienes un taladro a propósito? ¿No? Pues proporciónate uno y recoge muestras de roca de las que se hallan a varios pies de profundidad.

—Quizá tengan ese objeto en las minas —observó Monk—. Ya daré con él.

—¿Y yo, qué haré? —preguntó el de los grandes puños.

—Tú has trabajado ya, como ingeniero en los negocios del nitrato, ¿no?

Una leve sonrisa iluminó el rostro austero de Renny.

—Si. Aquí mismo dirigí la instalación de una fábrica.

Doc asintió. Ya lo sabía. Renny había ejercido su carrera en muchas naciones antes de unirse al grupo formado por los ayudantes de Doc.

—Visita en el árido interior de este país los campos de nitrato —le aconsejó el hombre de bronce—. Utiliza para esto el hidroplano. Es más rápido. Partirás mañana por la mañana.

—¿Qué he de buscar?

—Algo que nos descubra lo que hay detrás de todas estas muertes —le indicó Doc—. Ve cómo se trabaja en los campos y si se hacen actos de sabotage.

—Pero, sobre todo, deseo saber quién se encarga de la dirección de esas fábricas cuando desaparezcan los propietarios y directores, asesinados. Esta misma noche haz averiguaciones en Antofagasta.

—Comprendo —dijo Renny.

Ham, el abogado, balanceó su bastón y aguardó expectante.

—Tú quedas para el final. Aquí hay dos grandes misterios que aclarar.

—Primero: ¿quién o qué produce los temblores de tierra? Segundo: ¿qué motiva esos temblores? ¿Por qué se producen? Investiga, ante todo, lo segundo. Examina documentos, contratos, títulos de propiedad, etc., y veremos qué resultado nos dará.

Juan Acre escuchaba con gran interés. Su rostro de halcón se había aclarado visiblemente e inclinó varias veces la cabeza como si le satisfacieran las medidas adoptadas por el hombre de bronce.

—Creo que le debo una explicación —dijo a Doc—. Perdóneme.

—¿Por qué?

—Por haberle tratado algo descortésmente —explicó Juan Acre —. Después del incidente de Colón creí que sospechaba de mi, que me creía asociado a ese misterioso hermano blanco y se me atragantó.

Doc Savage saludó con exquisita cortesia. Pero si Juan Acre esperaba que le dijera que no le era sospechoso, se llevó un desengaño.

Doc Savage se acercó a la caja que encerraba las numerosas substancias químicas de Monk, la abrió y sacó de ella varios frascos.

Un momento después había dejado la habitación.

A los hombres que dejaba en la taberna no les dijo adónde se dirigía.

CAPÍTULO XIV

MASCARAS QUE SE DISUELVEN

UNA señora de edad, cuyos antepasados habían sido indios más o menos puros, era la propietaria de la casa donde Juan Acre había celebrado sus conclaves nocturnos.

Tendría unos ochenta años y era sorda como una tapia. Su honradez era tan inspiradora de confianza como su oído. Al propio tiempo era corta de vista.

Informada por un mensajero, a quien Juan Acre había despachado, de que iba a celebrarse una reunión aquella misma noche, se preparó a abandonar la casa.

Tenía por costumbre ausentarse a la hora de las asambleas. Pero era por indicación de Juan Acre.

Abriendo un arca de madera, la vieja sacó de ella los ponchos de capucha, uno tras otro. Se cuidaba de ellos.

Los colgó de la fila de clavos de la primera habitación, se dirigió renqueando, a la puerta... y desapareció en las tinieblas.

Sus pasos se habían dejado oír apenas cuando cobró vida una sombra que estaba junto a la puerta. Esta sombra asumió el color del bronce y penetró como una centella en la habitación donde estaban colocados los ponchos.

No hizo ruido. La sola indicación de que la aparición dorada era de carne y hueso fné el hecho de que tras él penetraron zumbando, en la casa, varios hambrientos mosquitos.

Sin hacer caso de ellos, Doc se ocupó de los ponchos. Examinó uno, reparando en la capucha que llevaba y prestó, sobre todo, atención a la tela de que estaba hecho.

Satisfecho, al parecer, de lo que veía, sacó los frasquitos que traía de la Taberna Fresca. Una requisa en la cocina dió por

resultado la adquisición de una gran escudilla de barro.

En ésta vertió Doc las substancias químicas. El proceso le llevó varios minutos. Examinó atentamente la mezcla. De vez en cuando la probaba mediante hidrómetros y estrechas tiras de papel tornasol. Por fin quedó satisfecho de su obra.

En rápida sucesión metió los ponchos en el recipiente de barro. Después de bien empapados, los retorció, los sacudió y colgó de sus clavos respectivos.

Los ponchos se secaron casi instantáneamente. La inmersión no parecia haberles afectado.

Cuando los hubo lavado todos, Doc lanzó el contenido de la escudilla a la calle. Casi al momento de caer se evaporó el ingrediente.

El hombre de bronce lavó entonces la escudilla y la colocó en su lugar.

Durante algún tiempo estuvo de pie en la puerta. Parecia escuchar. Luego se desvaneció en la oscuridad.

No había utilizado todas las materias quimicas traídas de la Taberna Fresca.

Aún llevaba encima varios frascos y probetas.

El silencio reinó en la casa durante unos minutos.

Después aparecieron Juan Acre y Dido Galligan.

Los dos entraron en la casa, fueron a la habitación rodeada por un banco de madera y aguardaron. No se calaron las capuchas de los ponchos.

Entre ambos parecia existir ligero rozamiento.

—He notado que no coopera usted del todo a la obra de Doc Savage, ahora que está en escena —dijo con acrimonia Dido Galligan.

La boca de labios finos de Acre se crispó bajo la ganchuda nariz.

—¿Fué idea mía llamar a Doc Savage? —observó.

—Sí. Entonces se manifestó entusiasmado —convino Dido—. Por ello su reticencia actual me parece muy extraña. Es como si a pesar de su alarde de entusiasmo no hubiera esperado, en el fondo, que comparecieran Doc Savage y sus hombres.

El jefe de policía lanzó un sonido sibilante de rabia.

—¡Poco a poco, yanki! No insinúe lo que no pueda probar.

—¡Usted no me engaña! —le dijo secamente Dido—, y le diré lo

que pienso. También me parece casual que estuviera ausente, hace poco, a la hora exacta en que murió Whistler Wheeler a consecuencia del terremoto.

Juan Acre despreció la acusación; pero su respiración se convirtió en una serie de sonidos ruidosos, entrecortados, en la oscuridad por efecto de la ira.

—Quizá el hindú, en Colón, dijera la verdad —insinuó al cabo.

—¡Maldito sea! —gruñó Dido—. ¿Pues no insinúa que Whistler y yo le alquilamos para que colocara el explosivo en el hidro de mister Savage?

Por espacio de unos segundos pareció que fueran a llegar a las manos. Los dos estaban agazapados en el banco, con los músculos en tensión.

—Haremos bien en callar lo que pensamos uno de otro —dijo Dido al cabo decidiéndose, por lo visto, a mantener la paz.

La pareja se tranquilizó poco a poco. Ambos guardaron un ofendido silencio.

Los mosquitos zumbaban en la cálida atmósfera de la pieza.

Un lagarto la cruzó corriendo y arañando el suelo. Los perros ladraban a distancia.

Se oyeran pasos, alguien entró en la primera habitación y se detuvo allí algún tiempo.

Juan Acre se levantó del banco, sacó un fósforo y encendió la vela de sebo.

EL recién llegado entró procedente de la primera pieza. Iba envuelto en los pliegues protectores del poncho, y a la luz de la vela ofrecía una figura sin relieve.

Después de mirar, inquieto, a Juan Acre y Dido Galligan, tomó asiento.

Pronto llegaron otros hombres, cada uno separado del otro. En la última reunión habida habianse mostrado inquietos. Su actitud era más intranquila ahora.

Uno de ellos, sin poder aguardar a que se comenzara la sesión, exclamó en español:

—¡Se nos ha amenazado! —Metiendose la mano con ncrvioso ademán en el pecho sacó y blandió un trozo de papel, no muy limpio, que entregó a Juan Acre—. ¡Mire usted!

Juan Acre leyó el papel. Estaba escrito en español. Traducido,

decía, sencillamente, que se ejercería violencia contra todos aquellos que se situaran frente al hermano blanco.

—También yo he recibido otro billete —manifestó un segundo enmascarado.

Un interrogatorio improvisado dio por resultado conocer que los billetes se habian distribuido entre todos los asistentes.

Juan Acre aguardó con impaciencia a que aparecieran los que faltaban.

Y contaba repetidamente los que tenía delante.

—Sólo falta uno —anunció al fin.

Pasaron cinco minutos. Por dos veces, se levantó Juan Acre y se acercó a la puerta para mirar la oscuridad y escuchar.

Al oír ruido de pasos que se acercaban, suspiró y se unió al resto.

Oyó entrar al recién llegado en la primera habitación, y ponerse uno de los ponchos. Luego el individuo entró y ocupó su sitio en el banco.

Respiraba con fatiga como si hubiera venido corriendo.

Una vez más aquella noche se animaron las sombras junto a la casa.

Un manchón oscuro asumió la forma de un hombre, de un gigante de bronce.

Doc Savage no trató de penetrar en la casa. En vez de esto retrocedió y siguió la pista del último en llegar a la reunión.

Esto era cosa sencilla, pues las casas de la calle estaban edificadas muy juntas, de modo que sólo cabía tomar dos direcciones: arriba a abajo de la calle.

Se necesitaba una agilidad extraordinaria para remontarse a la altura de los tejados.

El oido de Doc le había dicho la dirección seguida por el recién llegado.

Cuando hubo recorrido unos metros encendió la lámpara de bolsillo. Esta calle era poco más que un callejón sin empedrar.

Bajo los pies había una espesa capa de polvo en algunos puntos.

Como en las regiones más desoladas, más áridas, de intenso calor, soplaba brisa aquella noche en Antofagasta. Este viento barrió la calle y borraba rápidamente las huellas dejadas en el polvo por los transeúntes.

Las que seguía Doc no se habian borrado del todo y se distinguian sin trabajo.

Posiblemente a doscientos metros de la casa, la pista torcía bruscamente a la derecha, penetraba en la sombra de un escondido portal. Doc avanzó e hizo un examen.

Dos hombres yacían allí. Ambos estaban muertos, apuñalados. En el corazón de cada uno, estaba incrustada todavía la hoja del puñal.

Los ágiles dedos de Doc registraron los bolsillos de uno de los dos infortunados. Había en ellos abundancia de cartas, tarjetas, documentos...

Doc acercó la luz y los leyó.

Los dos muertos eran individuos acaudalados, los primeros propietarios de los campos de nitrato de Chile.

En el curso de su viaje al Sur, desde Colón, Doc había obtenido informes de Juan Acre, Dido Galligan y Whistler Wheeler. Uno de ellos le había dado una lista con las nombres de las personas más destacadas en la industria del nitrato.

Estos hombres asesinados habían figurado muy arriba en la lista.

Naturalmente, eran llamados a la reunión de Juan Acre. Sus cuerpos todavía estaban calientes. La muerte les había sorprendido sólo minutos antes.

Dejando los cuerpos sin vida donde estaban, Doc regresó corriendo a la casa donde estaba en curso el conclave.

La velocidad con que ahora se movía hubiera sorprendido al observador.

Fuera de los bolsillos de Doc salieron los frasquitos que ya conocemos y que no había utilizado en el lavado de los ponchos.

Entró silencioso en la casa. Sus manos se ocuparon en abrir los frasquitos, mezclando su contenido.

Se oía el murmullo de voces en la habitación vecina. Juan Acre explicaba ahora a la reunión que Doc Savage había llegado a Chile.

—Savage pensaba visitarnos esta noche —dijo Juan Acre—. Pero, no aparece.

—Sin embargo, no creo que nos desilusione. Debe llegar de un momento a otro.

Hizo una pausa para toser con fuerza. Mientras hablaba, un olor singular había invadido la habitación. EL olor producía cierto

escozor en la garganta, pero no era desagradable.

Mirando en torno, Juan Acre se dió cuenta de que una niebla amarillenta había invadido la habitación, esta era casi del matiz de la luz producida por la bujía de sebo y por ello había pasado inadvertida hasta aquel momento.

—¿Qué humo es éste? —preguntó.

Su actitud, la excitación de su voz, originaron alarma. Uno de los asistentes a la reunión se levantó, de un salto —del banco, y entonces ocurrió una cosa extraordinaria.

Con el movimiento del hombre, se le disolvió la capucha en un polvo grueso, semejante a las cenizas de una tela quemada.

En polvoriento aguacero, los fragmentos del poncho le cayeron a los pies.

Su rostro quedó al descubierto.

Esto provocó mayor excitación. En toda la habitación saltaron los hombres del banco y se pusieron de pie.

En cada caso, se disolvieron los pliegues de la tela que les cubría el semblante y el cuerpo. Se quedaron con la cara descubierta.

Entonces se miraron unos a otros.

Juan Acre lanzó agudo chillido. Señaló con ambos brazos, exclamando:

—¡Mirad! ¡Mirad!

De pie junto a ellos, descubiertos los rostros por haberse deshecho en pedazos los ponchos que les cubrían, estaban Velvet y "Biff".

Doc Savage, imponente hombre de bronce, materializándose en la puerta en aquel momento, contribuyó a la consternación general.

De haber alguien vaciado un cesto de serpientes venenosas en la habitación, no hubiera reinado mayor alboroto.

Juan Acre dejó de chillar y empuñó el revólver.

Velvet y "Biff" no estaban ociosos. El primero había sido, evidentemente, previsor, y localizado el punto de salida más próximo por si acaso fuera bloqueado el camino de la puerta.

Aquél era, casualmente, una escalera de mano que conducía al tejado.

De un salto se colocó en los primeros peldaños.

"Biff", con la estupidez del hombre que ha confiado toda su vida en la fuerza bruta, cometió una fatal equivocación: se echó sobre

Juan Acre.

Probablemente confiaba en descargar un directo antes de que entrara en acción el hombre de la nariz de halcón. Mas su plan fracasó.

EL revólver de Juan Acre vomitó una llamarada de dos pies de longitud.

¡El estampido fué ensordecedor!

Considerando su precipitación hizo certera puntería. Una vacidad rectangular apareció sobre los dos peludos agujeros que “Biff” tenía por nariz.

La bala vomitada por el revólver chato, disparada por un rifle se hubiera desviado.

No cabe la menor duda de que “Biff” murió instantáneamente, pero avanzó y se arrojó sobre Acre. Uno de sus puños inició un gran golpe.

Saltando de costado, Juan Acre hurtó el cuerpo.

Llevado de su impulso “Biff” chocó contra la pared y resbaló hasta el suelo.

Ya no se movió más.

Dirigiendo hacia arriba el cañón de su revólver, Acre hizo fuego sobre Velvet. El tunante, sin embargo, había sido más rápido.

Salió al tejado y la bala le arrancó astillas a la escalera.

Juan Acre giró en redondo y corrió en dirección de la puerta. Un momento antes había visto en ella a Doc Savage.

Intentaba pedir al hombre de bronce que vigilara la calle, pero Doe había desaparecido.

Dominado por una prisa loca, Juan Acre subió por la escala. Se encaramó al polvoriento tejado; luego aplicó el oído. A la izquierda sonaban pasos precipitados. Juan Acre disparó en aquella dirección.

Los potentes fogonazos del arma iluminaron como relámpagos cárdenos el tejado. Mas, el arma, tan terrible a corta distancia, no servía para hacer blanco a larga distancia.

A los cincuenta pies era dudoso que el más experto tirador pudiera dar en un ser que se movía sí no era por casualidad. Maldiciendo como un condenado, Juan Acre saltó junto al alero. La luz de la luna es engañosa. Calculó mal la distancia y como resultado se cayó a la calle.

Allí quedó por espacio de unos segundos atontado, semiasfixiado

por el polvo que había levantado con su caída.

Cuando logró ponerse en pie, la noche había escondido totalmente a Velvet.

Velvet le había oido caer desde el tejado al suelo, y el sonido que produjo le llenó de satisfacción.

—;Ojalá se haya desnucado! —murmuró entre dientes.

Aunque el teatro de sus operaciones durante los últimos años transcurridos había sido, sobre todo, sudamericano, Velvet era un producto del mundo ínfimo de Nueva York.

"Biff" habla sido engendrado en la región pantanosa de un estado del Sur, distrito casi tan criminal como el de Velvet.

"Biff" también había "operado" en Sudamérica por algún tiempo.

Eran perros de una misma camada. Juntos llevaban trabajando unas semanas.

—"Biff", era torpe y muy poco inteligente! —se dijo Velvet sin estremecerse—. Me extraña que no haya tenido mucho antes este fin.

Siguió corriendo. La velocidad era más necesaria que la prudencia; por consiguiente, no se molestó en andar furtivamente.

Cuando hubo recorrido casi un cuarto de milla, no obstante, aflojó el paso y avanzó con mayor calma.

Su camino le condujo al limite de la ciudad, luego a la derecha. Este último recorrido le llevó en derechura de las yermas colinas.

El terreno se tornó más accídentado. Sacando una lámpara de bolsillo la usó con frecuencia para evitar los cactos.

El terreno que le rodeaba era infinitamente desolado. El desierto de Sahara tenía su segunda parte en el desierto de Gobi o el Valle de la Muerte.

La parte septentrional de Chile es la región más seca que se conoce. En el periodo de veintiún años, la cantidad anual de agua de lluvia en ciertos puntos del Norte es de sólo seis décimas de pulgada.

El camino recorrido por Velvet daba muestras del agua escasa que recibía.

Las rocas eran muy ásperas al tacto, y aunque hacia horas que había anochecido, todavía duraba el calor del día.

Hambrientos insectos nocturnos perseguían al fuerte y nervioso

tunante.

Por la actitud de éste podía deducirse que se dirigía a un lugar determinado y que se daba prisa en llegar a él. Penetró en un angosto cañón.

A uno y otro lado se levantaban escarpados peñascos.

—¿Quién es? —dijo una voz en español.

De haber dado, descuidado, su nombre, Velvet hubiera acabado allí sus dias.

La pregunta exigía una respuesta determinada, una contraseña.

—Soy un negra —repuso Velvet,— pero un hermano pequeño es blanco.

—;Bueno! —dijo el individuo—. ¿Qué deseas, camarada?

Velvet avanzó hasta que reconoció al hombre.

—Buenas tardes, Pedro —dijo—. Necesito hablar urgentemente con nuestro jefe, el primer hermano blanco.

—Muy bien —dijo Pedro—. Te acompañaré, no sea que esos locos hagan fuego sobre ti por error.

Los dos hombres llegaron en breve a una casa de piedra, un edificio de considerables dimensiones. Le cercaba un muro bajo de piedra.

Este, cerrado por detrás, formaba un corral en el que había varios caballos.

Los animales estaban todos ensillados como para salir de estampía de un momento a otro.

Media docena de hombres salieron de la casa al aproximarse Velvet y su escolta. Algunos sonidos indicaban que había otros dentro.

—El primer hermano blanco —pidió Velvet con impaciencia—. Llevadme hasta él.

—¿No te lo ha dicho Pedro? —gruñó uno de los hombres—. El primer hermano blanco no está aquí.

—No lo sabía —dijo Pedro disculpándose—. Perdón.

—¿Volverá? —preguntó Velvet.

—No. Si es importante lo que deseas decirle, háblale por teléfono.

—Es muy importante —Velvet levantó la mirada. Los hilos telefónicos salían de la casa, ascendían por las acantiladas paredes del cañón en dirección de la ciudad.

Velvet entró apresuradamente en la casa y se dirigió al teléfono. Era un aparato un tanto anticuado parecido al tipo que se usaba en los Estados Unidos veinte años atrás.

Se llamaba a la central dándole vueltas a un manubrio.

Velvet le dió una vuelta. Luego, pidió un número para lo cual aplicó la boca al auricular con objeto de que no se oyera.

Por lo visto recibió una respuesta. Siempre en voz baja habló varios segundos por teléfono, le replicaron, hizo una mueca, y colgó.

—El primer hermano blanco no se halla ahí —dijo.

—¿Dónde está "Biff"? —interrogó uno de los bandidos.

—Esto es lo que deseo comunicar —replicó Velvet—. "Biff" ha recibido lo suyo. A "Biff" le ha tocada la china. Nos introducimos en la reunión, muy bien, quitando de en medio a dos de los señorones que iban a ella. No fué nada costoso. Dejamos a la pareja a cien metros escasos de la casa.

—¿Y os descubrieron en ella?

—¡Y cómo! —exclamó Velvet—. ¡De la manera más extraordinaria del mundo! Estábamos sentados con los revólveres en los bolsillos aguardando a que compareciera Doc Savage, pues queriamos llenarle de plomo cuando, de repente, ¡chis! se nos convierten las máscaras en polvo.

Los oyentes cambiaron una mirada de incredulidad, que aumentó conforme reflexionaban sobre el hecho.

—Ya sé que parece mentira —dijo malhumorado Velvet,— pero así fué. La tela de nuestros ponchos se deshizo y cayó, hecha polvo, al suelo. Entonces nos descubrieron. El idiota de "Biff" saltó sobre uno que no era Doc y en pago le abrieron un agujero entre ceja y ceja. Yo escapé a duras penas.

Uno de los hombres que le escuchaban se rió quedo. Era el que parecía ser más inteligente del grupo.

Tenía la frente alta. Sin embargo, la boca y las ojos eran crueles.

—Que la tela se convierta en polvo no tiene nada de misteriosa —observó.

—¿No? —Velvet le miró fijamente—. Tú eres ayudante del primer hermano blanco y muy despabilado. Explícanos cómo se hace eso.

—¿Apareció un vapor muy fuerte en la habitación donde

estabais reunidos antes de que se deshicieran vuestras máscaras? —preguntó el hombre.

Velvet respondió que sí.

—Pues de antemano se habían lavado esas máscaras en una substancia química —explicó el otro—. No sabría decirte cómo se llama, pero desde luego debe ser una mezcla de ingredientes. El vapor ha sido producido por otra mezcla. Esta empapó la tela resultando una reacción que la disolvió. En otras palabras; las dos mezclas químicas compusieron un ácido que quemó, materialmente, las máscaras.

Una potente voz vibrante resonó en el umbral de la puerta.

—¡Por lo visto tienes algo de quimico! —dijo.

Los que ocupaban la habitación miraron en dirección de la puerta y abrieron desmesuradamente los ojos al ver el gigante de bronce que de súbito había surgido alli.

Un segundo... dos,.. y se disipó la tensión producida por la sorpresa. Como movidos por súbita corriente eléctrica los hombres volvieron a la vida.

Reaccionaron de modo distinto y conforme a la opinión que formaron con respecto a las condiciones guerreras de Doc.

Velvet emitió un aullido de terror y se lanzó a la ventana más próxima.

Los demás sacaron sus armas favoritas: pistolas, cuchillos, pequeños barrotes de plomo... Dos individuos se armaron de armas peculiares en Sudamérica: de bolas.

Consisten en un lazo con cuero a cuyos dos extremos van unidas sendas bolas de metal. Usando este lazo un experto cazador aprisiona seguramente a su presa.

Convertido en horda feroz, el grupo se lanzó sobre Doc Savage.

Lo que ocurrió entonces fué, probablemente, lo último con que hubieran soñado en su más angustiosa pesadilla. Doc Savage retrocedió, se hundió en la oscuridad y lo hizo con tal rapidez, que uno de los hombres, que le apuntaba en aquel momento, oprimió el gatillo de su revólver convencido de que tenía delante al hombre de bronce.

La bala ascendió en el aire, atravesó la puerta, cruzó el cañón y rozó, en ángulo, la superficie de una roca con un gemido agudo.

El hombre que la había disparado iba a la cabeza del grupo.

Inmediatamente después de haber hecho fuego se le atascaron las piernas en un barrizal invisible, y dejaron de moverse. Cayó al suelo y allí comenzó a roncar ruidosamente.

La misma cosa sorprendente acaeció a cada uno de las bandidos en sucesión.

Esparcidos entre sus cuerpos tendidos en supina posición, el observador hubiera visto muchos pedazos de fino cristal: los fragmentos de rotas ampollas.

Estas encerraban un gas inodoro, activisimo, que había aletargado a los bandidos. El cristal de las ampollas era en extremo quebradizo y ninguno de los bandidos le había oído romperse, al tirarlas Doc al suelo un momento antes de desaparecer en la puerta.

Fuera, Doc Savage corria en pos de Velvet. La casa tenía dos grandes alas situadas una a cada lado de la entrada principal.

Velvet había saltado por una ventana que daba a la parte de atrás y Doc se vio obligado a dar la vuelta al edificio.

Mientras doblaba un extremo del ala oyó un intermitente sonido de cascos.

El bandido había alcanzado uno de los caballos ensillados.

Después crepitó y se rasgó una madera. El hombre había saltado la valla sin tomarse la molestia de abrirla. Verdad es que no tuvo tiempo.

Doc saltó el vallado. Dentro del corral los caballos pateaban, presa de excitación. Por lo visto les habían cortado las riendas con un cuchillo, suponiendo que saldrían al galope tendido.

Capturando un bronco robusto, castaño, Doc se preparó a montarlo. Pero no llegó a hacerlo.

A sus espaldas, procedente de la casa, salió un grito de mujer. Doc había oído aquella voz en Nueva York, pero la identificó al instante.

Era Tip Galligan.

—¡No me deje aquí, por Dios! —le suplicaba.

CAPÍTULO XV

CINCO PRISIONEROS

DOC Savage, que tenía ya un pie en el estribo, se dejó caer al suelo, abandonó el corral tan deprisa como entrara en él.

Los caballos ensillados, dando vueltas y revueltas, escaparon por la valla rota por Velvet, con la celeridad del rayo.

—¡Miss Galligan! —llamó Doc, en voz alta.

—Por aquí —dijo la voz de la muchacha, desde el ala izquierda de la casa.

La habitación detrás de la ventana estaba a oscuras. Doc se aproximó con cautela.

El gas con el cual había vencido a los bandidos no se había extendido hasta allí por fortuna. Sin duda lo había barrido el airecillo nocturno.

Este gas de Doc era un anestésico que se esparcia velozmente y se tornaba inofensivo después de haber permanecido en el aire un minuto, sobre poco más o menos.

—¿La guardan a usted? —le preguntó.

—No —respondió la muchacha. Ignoro lo que les ha sucedido.

A juzgar por las precauciones que Doc empleaba, un observador hubiera supuesto que la casa estaba llena, de gentes armadas.

Entró en la casa. El aire estaba cargado de malos olores.

La muchacha decía la verdad. No había otros hombres en la casa. Doc encontró la puerta de su prisión.

No estaba cerrada con llave. La sujetaba, por la parte de fuera, una pesada, maciza, barra de hierro. Doc la levantó y se abrió la puerta.

Miss Galligan salió tambaleándose al pasillo. Todavía llevaba el deslumbrante vestido dorado, de cuyos bajos había cortado un buen

trozo para que no le estorbara el paso.

Encima se había echado un poncho de vivos colores. Llevaba desnuda la cabeza.

—¿No sabia que estaba, aquí? —preguntó a Doc.

—No.

—Eso me pareció. Desde la ventana vi que se marchaba y por ello grité.

Doc la sacó al exterior.

—¿Cuánto lleva en Chile?

—Sólo unas horas. Debe ser muy rápido el aeroplano que me trajo. Esos bandidos me vendaron los ojos y no vi a ellos ni al aeroplano, pero les oí jactarse de que ningún otro aparato podría alcanzarles. Más tarde, al saber que el hidro de usted le superaba en velocidad, pusieron una cara muy larga.

Doc Savage había estado escuchando atentamente. De súbito se apoderó de la muchacha; sus brazos musculosos la levantaron tan fácilmente del suelo como si hubiera carecido de peso.

—¡Eh! ¿Qué hace? —Ella le golpeó iracunda. No consiguió más con sus golpes sino que le dolieran los puños. La tierra sobre la cual se alzaba la casa parecía despertar a una vida impresionante y llenaba el aire un bramido atronador que iba in crescendo.

Miss Galligan se dio cuenta de pronto de por qué la había cogido Doc y cesó su resistencia.

—¡Un terremoto! —exclamó.

Doc no replicó. Volvía a la gran habitación central. Su idea era poner a cubierto, además de la muchacha, a uno de los bandidos inconscientes.

Pero la antigua y poco segura construcción de la casa le movió a variar de pensamiento. Una parte del techo se desplomó delante de él por el camino y se dobló uno pared.

Sorteando los escombros, Doc se dirigió a la abcrtura hecha por el muro derribado, llevando a la muchacha sobre uno de sus hombros.

Las convulsiones del suelo aumentaban, se tornaban, cada vez, más violentas. Grandes peñascos comenzaban a desprenderse y bajar, saltando por las laderas del cañón.

Doc hizo una segunda tentativa por llegar hasta los hombres dormidos en la gran habitación. EL techo de la pieza se vino abajo

en el momento en que iba a entrar, y retrocedió de un salto.

Los bandidos estaban predestinados a morir hiciera lo que hiciera.

Los caballos ensillados se habían escapado todos del corral, situado en la parte de atrás del edificio y habían desaparecido por aquellos andurriales.

Pero, mirándolo bien, la pérdida no era muy sensible, pues en vista de las sacudidas que sufría ahora el cañón, no era probable que se hiciera a caballo, un avance notable.

—¡Agárrese bien! —Doc enseñó a "Tip" la manera de que se mantuviera asida a su cuello dejándole las brazos libres.

Mediante una media vuelta dada a la lámpara de bolsillo, Doc hizo que el haz luminoso se extendiera en forma de abanico y esto le iluminó el camino.

La superficie de la tierra presentaba en aquellos momentos un aspecto fantástico.

El temblor hacía saltar las rocas lo mismo arriba que abajo del cañón. El polvo ascendia en forma de pardo vapor.

De vez en cuando Doc vacilaba sobre los pies, a pesar de su agilídad; y para evitar una caída se inclinaba y andaba a cuatro pies como un animal.

Un peñasco infinitamente mayor que un automóvil salió, rodando, hacia ellos, de la derecha. Doc le asestó los rayos de su lámpara. La muchacha miró y lanzó un grito de terror.

Un salto de una longitud desusada, libró de la muerte al gigante y su carga.

Entonces les amenazaban muchos peñascos casi tan grandes como el primero. Rocas descomunales bajaban de las pendientes del cañón con la velocidad del rayo. Algunos de ellos ascendían primero por los aires de modo que parecían llover de los cielos.

Los minutos que siguieron fueron inolvidables para "Tip" Galligan. La tierra temblaba y se estremecía más y más violentamente.

Grandes secciones de las pendientes del cañón se desprendieron de la masa y se escurrieron hasta el valle; la grava, volando por los aires, les inundaba como pétreo aguacero; el polvo les asfixiaba.

Cómo logró Doc atravesar aquel infierno demoledor, es cosa que ignoró siempre "Tip" Galligan. Por lo menos una docena de veces se

mordió los labios o apretó los dientes creyendo llegada su última hora.

Pero siempre el hércules de bronce, que la llevaba a cuestas, evitaba el peligro inminente. Por fin cesó bruscamente el temblor del suelo.

Era como si el invisible coloso que habiase entretenido hasta entonces en conmover el rnundo y en producir un estrépito atronador, hubiera abandonado el juego y se echara a descansar.

El suelo se estremecía levemente todavía cuando Doc dejó a la muchacha en el suelo.

—¡Quédese aquí —ordenó—, mientras echo un vistazo por ahí!

El cañón era como un foso lleno de grava, algunos trozos de la cual eran tan grandes que con dificultad les hubiera puesto a flote un buque de carga.

La fabulosa fuerza y energía de Doc le sirvieron de mucho al avanzar por aquel laberinto y avanzó sin descanso.

La casa con los bandidos dormidos en su interior se hallaba enterrada bajo una capa de tierra de varios pies de espesor. Doc no trató de ahondar en ella.

La tarea le hubiera llevado varias horas.

Los bandidos habían muerto ya, con seguridad, sus vidas habían sido implacablemente arrebatadas en el intento —Doc estaba convencido de ello— de quitarle a él la vida, llevado a cabo por manos de un hombre.

Ascendiendo por las laderas del cañón, menos escarpadas después del temblor de tierra, Doc describió un amplio círculo. Si una humana voluntad era la causante del cataclismo, Doc esperaba descubrir alguna señal de ello.

El no empleó la lámpara de bolsillo; la luz eléctrica no hubiera sido suficiente. Una asfixiante capa de polvo se cernía todavía sobre la escena.

Doc contaba con el oído para aquella investigación hasta que, una vez en el limite de la zona afectada por el pasado temblor, donde el polvo fuera menos denso, pudiera atravesarle con los rayos de la lámpara.

Fue solamente allí donde descubrió un objeto digno de interés: un cable eléctrico de alta tensión.

Doc le contempló lleno de curiosidad. Sin duda llevaba miles de

voltios a alguna fábrica de Antofagasta.

Volviendo sobre sus pasos. Doc halló a "Tip" exactamente en el mismo lugar en que la dejara. Su leve inclinación de cabeza denotaba grave aprobación; la muchacha, sabia obedecer una orden.

Como muchos hombres a Doc le gustaba ser obedecido.

—¿Qué? ¿Ha descubierto las huellas del que promueve los terremotos? —interrogó a Doc la joven.

—¡Ah! ¿Es un ser humano? —deseó saber el hombre de bronce.

—Por lo menos es un ente al que llaman el hermano blanco —replicó la muchacha—. No sé más.

—¿Mientras ha estado presa no ha oído decir algo que pueda revelarnos su ídentidad? —preguntó Doc.

"Tip" Galligan ponderó un instante la pregunta y al cabo repuso:

—No.

Doc hizo un ademán.

—Bueno. Salgamos de aquí.

—¿Adónde vamos?

—Regresamos a la ciudad.

Las calles de Antofagasta hormigueaban de gente cuando Doc y su atractiva compañera entraron en la ciudad. El terremoto en el cañón se había sentido mucho.

Su temblor había llegado a lo metrópolis con intensidad suficiente para hacer danzar los vasos en las mesas.

Temerosos de que la misma ciudad pudiera ser recipiente de una nueva convulsión, todos los habitantes de la ciudad salían a las puertas de las casas.

Los ciudadanos estaban bajo la impresión de que el origen de los terremotos era natural. Muchos individuos trasladaban sus lechos a la calle.

Doc, viendo un establecimiento equivalente a un drugstore o farmacia de los Estados Unidos, entró en él. Usando el teléfono llamó al número de la Taberna Fresca. El vozarrón de Renny le contestó.

—¡Por el toro sagrado, Doc! Ese terremoto nos ha preocupado. Pensábamos que quizás te hubiera sorprendido.

—Estoy bien —repuso Doc—. ¿Sabéis algo nuevo?

—He hecho algo —tronó Renny—. Para final me dijiste que me

enterase de la vida y milagros de los hombres que han de encargarse de las industrias del nitrato cuando hayan fallecido sus propietarios, ¿eh? Pues bien: ¡todos son extranjeros!

—Lo son aqui casi todos los industriales —le recordó el hombre de bronce,— pero, en especial, los de esa rama.

—Es que los que yo te digo han nacido en una sola nación —dijo sombrío Renny.

—El País en cuestión es europeo y se le considera como el posible instigador de una guerra futura.

—Eso arroja cierta luz sobre el misterio —observó Doc, pensativo—. Y nos da una clave con respecto a su origen.

—Sí —convino el ingeniero—. También los individuos que deben encargarse de los campos de nitrato son recién llegados al país.

Han llegado ya a la taberna Long Tom y Johnny? —interrogó Doc.

—Acaban de entrar. Traen toda una colección de papeles emborronados de tinta y de números, como resultado de su trabajo durante la duración del terremoto.

—Diles que los guarden en la caja de caudales —dispuso Doc.

Renny observó: —No creo que nadie se los lleve...

—No digo eso —replicó Doc,— pero, de todos modos, guardadlos en la caja.

—Bien —dijo Renny.

—¿Está ahí también Dido Gálligan?

—Si, todos están aquí. Incluso el cerdo de Monk.

—Dile a Dido, dile quesu hermana me acompaña.

Doc oyó transmitir al ingeniero su comunicado en un pequeño aparte y el grito de alegría lanzado por el joven. Un instante después la voz excitada de Dido resonó por el teléfono.

—¿Dónde está “Tip”, Mr. Savage? —preguntó.

—Dentro de unos minutos la tendrá ahí —le contestó Doc—. No se mueva ninguno de ese lugar.

El hombre de bronce colgó el auricular.

La Taberna Fresca se había puesto en movimiento, y no a causa del reciente fenómeno que había inducido a varios huéspedes a poner sus lechos en la calle. Se trataba de algo más.

—Se lanzaron a la calle como locos —exclamó un hombre en

español.

—¡Uf! ¡Cualquiera comprende la manera de ser de estos Yankees! —murmuró otro.

Doc Savage y “Tip” Galligan, que oyeron esas observaciones, se detuvieron y cambiaron una mirada.

—¡Sus hombres! —dijo “Tip” con voz entrecortada.

A la carrera se lanzaron a las habitaciones que Doc había tomado para sus ayudantes, abrieron la puerta y entraron.

Las habitaciones estaban vacías. Sólo un hombre había en ellas: Juan Acre.

Al ver a Doc en compañia de la muchacha abrió ligeramente los ojos como halcón asustado. A juzgar por su expresión, jamás hasta aquel momento había visto a “Tip” Galligan.

—Este es el verdadero Juan Acre —dijo Doc a su compañera.

“Tip” saludó.

—Jamás logré ver —repuso—, al hombre misterioso que citó este nombre y fue secuestrado en las calles de Nueva York.

—Para ser asesinado más adelante —concluyó Juan Acre—. A lo que parece nos asemejamos un poco.

¿Dónde están los otros? —le preguntó Doc.

—¿No les ha telefoneado?

—Sí, para decirles que iba a traer aquí a miss Galligan.

—Pero, ¿no les ha vuelto a llamar por segunda vez? —insistió Juan Acre.

—No.

—Pues hará cosa de un minuto les llamaron por teléfono —dijo el hombre de la nariz de loro—, de parte de usted. Según dijo el individuo, habían atacado a usted y a esta señorita. Y necesitaban ayuda.

Ni la más leve contracción de las facciones de Doc demostró la emoción que le produjo la noticia.

El hombre de la nariz de loro se encogió de hombros.

—Me pidieron que permaneciera aqui para explicarle a Dido Galligan lo sucedido —siguió diciendo—, si es que no le tropezaban abajo.

—Asi, ¿no estaba aquí cuando llamó el teléfono?

—No —la dura boca sonrió de un modo feroz—. Partió unos minutos antes.

—¿Por qué?

Juan Acre titubeó antes de responder con acento significativo:

—No lo explicó.

“Tip” Galligan lanzó un sonido sibilante que expresaba airado disgusto.

—¿Trata de insinuar que mí hermano tiene algo que ver con esa falsa llamada? —saltó.

El jefe de la Policía Secreta replicó abriendo los brazos: —Señorita, me limito a decir la verdad.

—Digala entonce —exclamó “Tip” apretando los dientes—, y deje que los demás saquen una conclusión.

Después de esta explosión, la muchacha miró en torno. Aparentemente su intención era asegurar a Doc de que su hermano no podía ser culpable de cualquier llamada telefónica subrepticia.

En vez de esto se quedó sorprendida.

Sin que se reparase en ello, el hombre de bronce había abandonado la habitación del hotel.

CAPÍTULO XVI

REUNION SINIESTRA

EN la calle, enfrente de la Taberna Fresca, un caballero chileno se sobresaltó levemente cuando un metálico hércules se materializó a su vista, con una prontitud que le hizo pensar en un relámpago.

—¿Qué camino han tomado los hombres que corrían? —interrogó.

El chileno se lo indicó con el indice. Abrió la boca para darle instrucciones... y la cerró en el acto. Su gesto había bastado. El hombre de metal había desaparecido; se hallaba ya a unos metros de distancia.

Doc Savage anduvo unos cien pasos antes de preguntarle a otro por los yankees. De este modo les siguió la pista recorriendo el trecho equivalente a una docena de cuadras. Luego la pista concluyó.

—¡Dios mío! —exclamó un hombre, a quien interrogó—. No han pasado de este punto.

—¿No han pasado de este punto? —repitió Doc como un eco.

—¡No, no! —Un gran camión cubierto se detuvo junto a ellos y el amable conductor les invitó a que subieran. Los yankees obedecieron, aunque no me pareció que lo agradecian mucho.

Una tormenta en miniatura conmovió los dorados lagos de las pupilas de Doc.

Preguntó: —¿No seria posible que, desde el interior del camión, hombres armados les obligaran a subir?

—¡Es verdad! —dijo, pasmado, el informante.— Quizá por ello parecían tan poco dispuestos los yankees a dar el paseo en auto.

Por espacio de veinte minutos Doc probó de seguir las huellas del camión.

¡Vano empeño! En la excitación de la noche pasada, nadie había reparado en él.

Volviendo a la Taberna Fresca, el hombre de bronce localizó al gerente.

—Los yankees que partieron tan apresuradamente, ¿han dejado papeles en su caja de caudales?

El gerente afirmó con un ademán, se dirigió a la caja y regresó con un gran sobre.

El sobre no tenía dirección.

—¿Entrega usted los objetos que le dan a guardar a quienquiera que se los pide? —inquirió Doc con viveza.

—No —dijo el gerente—. Este sobre se lo han dejado para usted, encargándome mucho que se lo entregara sólo a usted.

Los dorados ojos de Doc permanecieron fijos en el gerente. —Todavía debe tener otro paquete mío en la caja, ¿no?

El paquete a que Doc se refería era el que contenía los cilindros de cera registrados en el hangar de Nueva York durante el supuesto asesinato del primer Juan Acre.

—Todavía está aquí.

—No lo entregue a nadie que no sea yo —le encargó Doc.

—Si, si.

El hombre de bronce abrió el sobre y extendió su contenido sobre la mesa.

Había varios gráficos, sobre los cuales ondulaban lineas de tinta y media docena de páginas con columnas de cifras de metros.

Algunas de éstas eran el resultado de los registros verificados por los instrumentos de Johnny, el flaco geólogo. La mayor parte de aquellos aparatos eran sismógrafos.

El hombre instruido en la materia podía estudiar aquellos datos y hacerse clara idea de lo que sucedía en las entrañas de la tierra durante el terremoto.

Los otros papeles eran testimonios de los metros que Long Tom, el mago de la electricidad había adjudicado a los locales, electrocircuitos y cables de alta tensión.

Estos no sólo explicaban los voltios y empuje de la corriente, sino, además, detalles interesantes respecto a la alteración de los campos magnéticos que rodeaban los conductores.

Cuán satisfactorio le pareció a Doc el resultado de este trabajo,

hecho por sus ayudantes, se dejó ver, no en sus facciones, sino en otra cosa peculiar al hombre de bronce.

Durante un breve momento la nota apagada, melodiosa, sonó claramente en la taberna. El gerente, que miraba justamente los labios cuando sonó, no dándose cuenta de dónde salía, miró en torno con expresión de curiosidad.

Doc volvió a meter los papeles en el sobre y se lo entregó al gerente.

—Guárdelos con el paquete —le advirtió—, y cuide mucho de ellos. Son muy, muy importantes.

La linda “Tip” Galligan, figura extraña en su traje dorado de tarde, roto en el bajo y el poncho de colores vistosos sobre los hombros, apareció en lo alto de la escalera del vestíbulo.

—¡Míster Savage! —exclamó, excitada—. Juan Acre ha desaparecido.

Doc Savage corrió a situarse a su lado.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Lo menos hace cinco minutos —explicó ella—. Pasó a la otra habitación.

—Pensé que tenía una extraña expresión en la cara. Aguardé un par de minutos y luego fui a ver. ¡Se había marchado! Desde entonces aguardo que vuelva usted.

Asiendo a la muchacha por el codo Doc la llevó apresuradamente a sus habitaciones.

—Permanezca aquí —le ordenó—. Alguien debe estar aquí en calidad de punto de contacto entre mis hombres y yo.

—¿Cree que están seguros sus amigos?

—No —dijo Doc—. Es evidente que han sido atraídos fuera del hotel. ¡Esto significa una trampa!

—¡Mi hermano! —exclamó “Tip” Galligan—. Es extraño que aún no haya vuelto.

—Algo le ha ocurrido —repuso, Doc—, quédese aquí. Yo saldré y daré un vistazo por ahi.

“Tip” cerró las puertas.

—¡Me desagrada ese Juan Acre!

Doc se acercó a un maletín, lo abrió y extrajo de él una diminuta ametralladora poco mayor que un revólver automático. La ametralló y se la entregó a miss Galligan.

—Tome esto —dijo, mostrándole como funcionaba. Luego le dió instrucciones.

—Cierre las puertas cuando yo salga y no la abra sino cuando yo vuelva o vuelvan mis cinco amigos.

—O mi hermano —concluyó “Tip”.

Doc titubeó.

—O su hermano.

—¿Y Juan Acre?

—¡No le abra a Juan Acre! —dijo, vivamente, Doc.

La joven frunció los labios.

—¡Ya me parecia! —exclamó—. Es algo sospechoso. Oiga, míster Savage: ¿el hombre asesinado en Nueva York era el Juan Acre “verdadero”?

El hombre de bronce, muy ocupado cerrando ventanas y las puertas de otras habitaciones, pareció no haber oído.

Abandonó la habitación todavía sin replicar. Oyó rechinar el pestillo en la cerradura: la muchacha seguía sus instrucciones.

La Taberna Fresca no era edificio de una altura suficiente para permitirse el lujo de tener ascensores.

Doc descendió a escape la escalera, entró en el vestíbulo, y se encaminó a la puerta de la calle.

—¡Señor Savage! —exclamó el gerente.

Doc se detuvo: —¿Diga?

—Un hombre acaba de dejar esta carta para usted.

El gerente sacó un recio sobre de papel nuevo y se lo alargó.

EL sobre llevaba el nombre de Doc Savage escrito a máquina.

Sus largos dedos nerviosos lo abrieron con destreza. Dentro había una sola hoja de papel. Llevaba palabras escritas a máquina.

Al pie de la página aparecian diversas huellas dactilares.

Doc las examinó ante todo. Dos eran muy grandes. Habían sido dejadas por los pulgares de Monk y Renny: las otras tres por Long Tom, Johnny y Ham, eran más pequeñas.

Doc Savage había visto las huellas dactilares de sus hombres infinitas veces.

Podía reconocerlas al instante.

La esquela era breve y no era precisamente como él la deseaba. La leyó:

“Sus cinco compañeros le tienen, evidentemente, en mucha estima.

Creyéndole en peligro corrieron ciegos para caer en manos de mis hombres. Le incluyo sus huellas dactilares como prueba de que son mis prisioneros.

No dudo le interesará el próximo temblor de tierra... o mejor aún lo que quede sepultado por él.

"El primer hermano blanco."

Aquel apelativo que significaba terror y violencia, resultaba un poco bobo colocado al final de la carta.

Doc giró pausadamente sobre los talones y buscó la puerta.

Al otro lado de la calle, frente a la Taberna Fresca, se levantaba un edificio que cobijaba uno de los Bancos de la ciudad.

Este edificio tenía un tejado que se extendía fuera de la fachada, sobre la acera, y estaba sostenido por grandes columnas.

En el momento de salir Doc de la taberna, un hombre se apartó apresuradamente del abrigo de una de dichas columnas.

Iba descalzo, se encorvaba un poco y tenía la cara muy morena. Llevaba un poncho de colores vistosos y un sombrero de paja con la copa muy alta: parecía un montañés que había bajado de los Andes para visitar la ciudad.

Tras un detenido examen, el curioso observador hubiera reconocido con trabajo, en el montañés, al elegante Velvet. Habiéndose teñido la piel y adoptado el traje índio, Velvet marchaba inclinado.

A buen paso abandonó la calle. No miró a sus espaldas muy a menudo porque sabia bien que era el mejor medio de llamar la atención.

Ni tampoco buscó la sombra. Muchas personas, temiendo un temblor de tierra, que pudiera derribar las casas sobre ellas, habían extendido jergones en dicha sombra para pasar la noche.

Velvet no era el único transeunte que recorría las calles de manera furtiva.

Detrás de él iba un hombre y detrás de éste un tercero. Los últimos vestían ponchos oscuros. Los dos llevaban echado el sombrero sobre la frente.

Esta combinación, unida al mal alumbrado de las calles de Antofagasta, ofrecía un disfraz excelente.

La pequeña caravana salió a las afueras de la ciudad y penetraron en un barrio elegante. Casi todas las quintas tenían dos e

incluso tres pisos.

Los patios centrales en lugar de ser reducidos espacios eran casi pequeños parques.

Velvet entró en uno de aquellos palacios.

La primera de las dos figuras que scguian a Velvet retrocedió, cautelosa, cuándo le faltaban unos metros para llegar a la casa y se metió en el jardín.

Los arbustos allí eran escasos. Sólo porque la noche era muy oscura le sirvieron de escondite.

El hombre se detuvo allí, aguardando. Era Dido Galligan. De una funda sobaquera sacó un automático, lo examinó y lo amartilló.

En aquel momento el tercer individuo que iba en pos de Velvet se acercó.

Dido Galligan varió de postura con objeto de quedar más escondido y atisbó al recién llegado. Evidentemente este último no se daba cuenta de su presencia.

—¡Juan Acre! —susurró.

Dido Galligan se hallaba allí determinado a castigar a los secuestradores de su hermana. Inmediatamente después de tclefonear Doc Savage que acababa de rescatar a “Tip” Galligan, Dido había bajado al vestíbulo para ver a su hermana un poco antes.

Casualmente había reparado en Velvet que rondaba en torno de la casa y desde entonces le venía siguiendo.

Dido Galligan se arrastró hacia Juan Acre, para descubrir que se había marchado el hombre de la nariz de loro. Por lo menos había desaparecido.

Con rapidez creciente Dido Galligan registró el jardín, concluyendo que Acre se había metido dentro de la finca.

Palpando la pared localizó una ventana enrejada. Los barrotes ofrecían puntos de apoyo gracias a los cuales logró alcanzar una segunda ventana, más alta, que no tenía reja ni estaba atrancada.

Sin gran trabajo la abrió. Un momento después estaba al otro lado.

La habitación en que se hallaba estaba muy oscura. Se puso a gatas y así anduvo por ella para no derribar algún mueble.

Pronto se halló en disposición de mirar al patio. Este estaba adornado de plantas, emparrado florido, una fuente y varias

estatuas.

Era lo mismo que un agujero en el centro de un buñuelo cuadrangular.

En él había como una docena de hombres ricamente vestidos. Llamaba la atención una particularidad común a todos: el brillo de los ojos y el aire sombrio de su persona. Un psicólogo experto se hubiera dado cuenta de que eran fanáticos, hombres que se entregan con toda el alma a una causa.

Aquellos individuos parecían aguardar. Velvet apareció entre ellos.

El patio estaba iluminado por bombillas deslustradas. Velvet se sonreia con toda la boca, según Dido pudo ver.

—He dejado la nota en el hotel de Doc Savage —anunció.

—¡Bien! —le dijo uno de aquellos hombres—. El primer hermano blanco quedará complacido. Pronto va a llegar.

Dido estudió el grupo. Un hecho sorprendente le dejó estupefacto. Aquellos hombres eran todos conocidos en la industria del nitrato.

Unos como propietarios, otros en calidad de administradores.

Dido se pellizcó, pensativo, uno de los botones dorados de la americana.

Conocía la industria del nitrato gracias a su empleo. Sabia que los doce hombres del patio prácticamente manejaban la industria del nitrato en Sudamérica… por efecto de la reciente serie de fallecimientos.

Cada uno de ellos se había calzado zapatos vaciados por la muerte.

Igualmente sorprendente le pareció cornprobar que ninguno era chileno… ni “yankees”. Dido los examinó con atención.

Estaba seguro de que todos eran originarios de un mismo país europeo.

Hubo un movimiento en el patio. Todas las miradas se clavaron en una puerta situada justamente bajo el lugar ocupado por Dido.

—¡El primer hermano blanco! —murmuró uno con acento de terror respetuoso.

—¡Atención, caballeros! —dijo una voz potente—. ¡Soy vuestro Principal, el primer hermano blanco!

Dido Galligan aguzó el oído: Pero no logró averiguar si la voz le

era o no familiar. Inmóvil como un poste se dispuso a escuchar.

—Durante algún tiempo he creído que sería necesario posponer esta reunión —siguió diciendo el recién llegado—. Doc Savagc era una amenaza. Por fortuna hemos logrado apoderarnos de sus cinco ayudantes y estoy madurando un plan para concluir con el propio Doc Savage.

Dido se sonrió. Si le fuera posible juzgar al hombre del patio, no obstante conocerle tan poco, hubiera dicho que el hombre del patio se mostraba optimista en grado sumo.

—Pero dejemos a Doc Savage —dijo el primer hermano blanco —. Perfeccionemos los detalles de nuestra organización.

El conferenciante titubeó y se paseó por el patio. Dido creyó que iba a salir de debajo de la galería, pero se engañaba.

—Sólo restan tres o cuatro individuos para eliminar —continuó diciendo el siniestro hermano—, y después tendremos en la mano el dominio de la industria del nitrato. Una vez conseguido nuestro objeto, iremos desembarazándonos de los empleados del gobierno que sean enemigos de nuestra causa.

Dido, inquieto, se pasó la lengua por los labios. Era un plan muy vasto, al parecer, el que elaboraban aquellos hermanos blancos.

Ahora comprendía que bajo aquel nombre se ocultaba toda una sociedad secreta, oriunda de una nación europea. Sociedad de propósitos siniestros.

¡Ah, si pudiera descubrir cuál era su objetivo!

Pronto lo supo.

—Dentro de un mes —decía el primer hermano—, eliminaremos a los jefes de nuestra nación que no desean la guerra, y cuando ésta estalle, al cabo, ocuparemos el lugar que nos corresponde en el mundo.

La excitación que invadió la asamblea convenció, sobre todo, a Dido, de que tenía enfrente una banda de maniáticos de la politica y empuñó con fuerza el revólver.

—Y para entonces será conveniente que poseamos nitrato en abundancia. ¡Ese nitrato tan esencial para la fabricación de explosivos!

¡Nitratos! Dido lo comprendíó todo ahora. El era entendido en la materia.

Sabía muy bien que la glicerina se mezclaba a los ácidos nítrico

y sulfúrico para obtener la nitroglicerina, un explosivo.

Un producto químico llamado tolueno, mezclado al nitrato, producía el famoso explosivo T. N. T., utilizado durante la Gran Guerra. Y, además, hay otros.

—Apoyados financieramente por determinadas industrias de guerra de nuestro país casi hemos alcanzado ya nuestro objeto: el dominio sobre este gran centro de nitrato del mundo.

Y, al decir esto, el primer hermano blanco avanzó unos pasos.

Por vez primera consiguió verle Dido Galligan. En el colmo del asombro por poco si cayó al patio. ¡No podía dar crédito a sus ojos!

—¡Pero si ese hombre es Juan Acre! —dijo, boquiabierto.

El de la nariz de loro se golpeó el pecho deteniéndose en mitad del patio.

—Yo, el primer hermano blanco, seré elevado a la dignidad de dictador de mi patria cuando estalle la gran guerra —declaró—. Quizá impere sobre todas las grandes naciones del mundo. ¡Los actuales dictadores serán poco menos que nada comparados conmigo!

En la parte posterior del patio un hombre saltó sobre la cabeza de un león ornamental de piedra.

—¡Viva, camaradas! —gritó con voz estentórea—. Dad vivas al creador del invento que es fuente de nuestro poder! ¡Viva el primer hermano blanco, “el que hace temblar la tierra”!

—¡Silencio, loco! —saltó el hermano blanco—. ¡Pueden oirnos!

Dido Galligan le vio llamar con una seña a tres individuos del grupo.

—Vengan y discutiremos, en privado, la manera de eliminar a los dueños supervivientes de los campos de nitrato —les dijo.

Los cuatro desaparecieron en el interior de la casa.

Empuñando con fuerza, el automático, Dido dejó su puesto de observación.

Estaba resuelto a buscar a Juan Acre y capturarle si le era posible, para lo cual haria fuego sobre él en último caso.

Descubrió una escalera y descendió a la planta baja. Pisó una alfombra espesa, que ahogaba el ruido de sus pasos.

La mayoria de las habitaciones se hallaban a oscuras, pero por las ventanas del patio penetraban, oblicuos, unos rayos de luz.

Delante de Dido iba un hombre. Le vió cuando pasó por la luz de

una ventana. A Dido se le heló la sangre. ¡El individuo era Juan Acre!

¡Acre, que distaba de él medio metro sobre poco más o menos!

Dido le encañonó con el revólver y de un salto se le colocó al lado.

La captura de aquel hombre le costó poquisimo. Precisamente le llamaba la atención, en aquellos momentos, algo que tenía delante, y la primera noticia que tuvo del peligro fue cuando sintió apoyarse en su espalda la boca del automático de Dido.

—¡Alto! —le susurró ése al oido.

Juan Acre era hombre prudente. Levantó los brazos lentamente y volvió la cabeza.

—¡Dios mio! —exclamó en español.

—Conque eres uno de esos bandidos, ¿eh? —murmuró el joven, apretando los dientes.

Juan Acre protestó.

—¿Qué? ¿Usted, que es culpable, trata de acusarme?

—¡Silencio, tunante! ¿De qué me hablas?

—”Hombre”!, le he seguido hasta aquí para que se entere —replicó el jefe de Policia—. Desde una ventana de la Taberna Fresca le vi pasar, bajé a la calle y fui en pos de usted.

—¡Embustero! —dijo Dido, mordiendo la palabra—. Acabo de verle en el patio y pretende...

Se interrumpió, las luces acababan de encenderse en el pasillo y le llenaron de blancura deslumbrante.

Desde una puerta, al otro lado, gritó una voz en español:

—¡Ahí están! ¡Ya me decia yo que oia ruido de voces!

Dido lanzó un juramento. En su excitación había hablado en voz alta y le habian oiido. Apuntó con la automática al primer individuo que se le puso delante e hizo fuego, mas no era buen tirador. La bala arrancó un trozo de yeso de la pared.

Ahora Juan Acre le sorprendió. Llevandose una mano al bolsillo con la celeridad del rayo, la sacó armada del terrible revólver chato.

El arma despidió un fogonazo y se desplomó un Hermano blanco.

Un cuchillo, arrojado desde el otro lado del pasillo, cruzó el aire con súbito resplandor. Dido Galligan se agachó bruscamente y luego disparó contra quien lo había lanzado. El hombre cayó de bruces.

El revolver de Juan Acre despidió otro fogonazo ¡y cayó un segundo hermano blanco! A distancia tan corta el revólver era mortal amenaza.

Entonces se apagaron las luces.

La banda arremetió como un solo hombre. Arrollado por el embiste, Dido cayó al suelo y perdió su revólver.

Una pugna feroz que se libraba junto a él le indicó que Juan Acre peleaba todavia.

Alguien le cogió por ambos brazos y le ató las muñecas con fuertes lazos de cuero.

Después se encendieron las luces.

Dido miró, incrédulo, a Juan Acre. El hombre de la nariz de loro estaba también atado. Dido y Juan Acre fueron transportados al patio.

Alguien lanzó un chillido de horrorizada sorpresa y levantó un brazo.

Dido Galligan siguió su dirección con la mirada. Se le agrandaron los ojos y le latieron las sienes.

—¡Doc Savage! —chilló.

Doc había seguido hasta allí a Dido Galligan y Juan Acre; por desgracia, cuando se libró la contienda se hallaba en un puesto excelente de observación: en el tejado de la quinta.

Cuando el hombre de bronce se lanzó a través del patio, a la luz artificial parecía un gigante de tamaño superior al del ser humano.

Los Hermanos blancos lanzaron un aullido. Tenian armas de fuego y comenzó el tiroteo. Disparaban con frecuencia y lo más deprisa posible.

Doc Savage era capaz de hacer muchas cosas increibles, pero no podia detener las balas. Se ladeó... agachóse... Se ocultó tras de una fuente...

A Dido y Juan Acre les sacaron del patio en obediencia a una orden dada en voz baja. Las puertas se abrieron, luego se cerraron de golpe tras de ambos.

Se les depositó en un gran coche de turismo.

Un hombre se inclinó sobre ellos y les golpeó en la cabeza con el cañón de una pistola. Dolorosa inconsciencia descendió sobre los dos.

Una figura velada entró en el coche. —¡Volved al patio y acabad

con ese demonio de bronce!— ordenó el recién llegado.

Sus hombres le obedecieron. El coche se lanzó hacia adelante y desapareció en las tinieblas.

En el patio había cesado el fuego, de pronto. Sus ocupantes se habían inmovilizado bruscamente; todos los rostros adoptaron una extraña expresión.

Después comenzaran a desplomarse sobre los arriates y una vez en los lechos floridos, roncaron con voz fuerte.

Doc había soltado su anestésico. En numerosos puntos del patio brillaban débilmente a la luz tenue, los fragmentos de cristal de las ampollas.

Ni uno solo de los enemigos de Doc permaneció de pie.

Doc respiró una bocanada de aire. Había estado sosteniendo el aliento en espera de que el gas perdiera la virtud y luego avanzó hasta la calle.

Allí se detuvo un instante; por su inmovilidad absoluta parecía una creación vaciada en el metal que le había dado nombre.

El primer hermano blanco había huido ya llevándose a Dido Galligan y Juan Acre.

CAPÍTULO XVII

SACUDIDA MORTAL

—¡SI mc lo hubieran consultado les hubiera hecho ahorcar! decia”Tip”Galligan.

Ya no llevaba el vestido de tarde. Durante los dos días transcurridos había visitado los comercios de la ciudad. El vestido que llevaba a la sazón tenía hechura militar.

Las charreteras de imitación y la hebilla del cinto eran de oro. La muchacha compartia con su hermano la afición al amarillo metal.

“Tip” daba su opinión. Decía lo que hubiera hecho con los hermanos blancos capturados por Doc, desde los más eminentes propietarios de nitrato hasta Velvet.

Un vapor había zarpado aquella mismo mañana rumbo a Nueva York.

A bordo, de un camarote, iban encerrados todos los hermanos blancos con los rostros cubiertos. De este modo nadie podía reconocer en ellos, a los altos industriales extranjeros.

Todos dormian por efecto de la droga y así continuarian hasta el momento de entrar en la institución anticriminal fundada por Doc, donde, gracias a un antídoto, volverían a la vida.

Doc trabajaba. No parecía que hubiera oído a miss Galligan.

—¿Qué le dice ese trabajo? —le interrogó “Tip”.

—No me haga tantas preguntas —repuso el hombre de bronce.

“Tip” le miró indignada. Era una mujer atractiva y evidentemente estaba poco acostumbrada a que los hombres le dieran tan secas respuestas.

En el transcurso de los dias pasados junto a Doc le había visto a menudo y su admiración por el hombre de bronce había aumentado

de un modo extraordinario.

Doc Savage había reparado en ello sin especial placer. La muchacha se estaba enamorando de él y no había lugar para amores o amorios en la vida de Doc Savage a causa de la peligrosa carrera emprendida.

—Bueno, no se enfade —le dijo “Tip”.

—No me enfado. Este trabajo que hago es de carácter técnico —le explicó pacientemente—. Como sabe, repaso los apuntes hechos por Long Tom y Johnny y además para que entendiera usted mis explicaciones necesitaría haber seguido antes un curso en materia de electricidad y de geología.

—¡Bueno, bueno! —dijo “Tip”. Y escapó.

Doc reanudó su trabajo.

No sabía una palabra de la suerte de sus cinco ayudantes.Ni una amenaza le había sido dirigida por el primer hermano blanco. El hecho era, en sí, sorprendente y de mal agüero.

Busca, buscando, Doc se había visto incapaz de seguir una pista que le llevara junto a sus amigos, si es que vivían todavía.

La puerta se abrió de pronto. “Tip” Galligan apareció gritando:

—¡Mire lo que acaba de llegar!

Con sus dos manos delicadas sostenía a “HabeasCorpus”, el cerdo favorito de Monk. “Habeas” llevaba arrollada al cuello una tira de cuero.

De ésta pendia un saquito de tela. No cabia duda de que el cerdo había sido capturado con su amo.

Doc desató el saquito de tela de la tira de cuero. Y lo abrió. Dentro había un papel, una misiva.

—¡Será de sus amigos! —murmuró con voz anhelante “Tip” Galligan—. ¡Le envian el cerdo con una esquela!

Doc la extendió sobre la mesa. Decía lo que sigue:

“Nos retienen prisioneros en el cañón de la Llama Roja. Un mapa te indicara su situación. Estamos encerrados en una mina abandonada que hay en el punto más estrecho del cañón o garganta, en español. Casi no tenemos guardias a la vista, pero no podemos salir de aquí sin ayuda. ¡Préstanos ayuda! —Monk.”

Llevando en la mano la carta, Doc se metió en el gabinete donde tenía instalado, de momento, el laboratorio. De un maletin sacó una linterna de los rayos ultravioleta.

Bañó la misiva de Monk con la invisible “luz negra”, y sobre el papel se destacaron con fantástico resplandor azulado unas palabras nuevas.

“Tio” se quedó boquiabierta. Sabia lo que acababa de ocurrir gracias a su expcriencia en el servicio de espionaje.

—¡Es yeso invisible! —exclamó—. Una composición que resplandece bajo los rayos ultravioletas.

—Justamcnte —replicó Doc:— Cada uno de mis hombres lleva pegado en la cabeza, junto a las mismas raíces del pelo, un pedacito de clarión.

Los dos leyeron el segundo mensaje:

“Haz caso omiso de la carta, Doc. Me obliga a escribirla el enmascarado que nos retiene. Si no lo llego a hacer, mata a Renny; por ello he accedido. ¡No lo hubiera hecho si se tratase de Ham! —Monk.

—¿De veras piensa eso que dice respecto a mister Brooks? —interrogó “Tip”, alarmada.

—Cualquiera de mis hombres daría gustosamente la vida por salvar a su compañero —replicó el hombre de bronce.

“Tip” suspiró.

—Se necesita valor para bromear en una carta de esa naturaleza. No cabe duda de que corren peligro de muerte y de que si viven todavía es porque pueden servir de cebo para atraer a usted.

Si; les utilizan como cebo humano —afírmó Doc.

“Tip” le miró con expresión de curiosidad.

—¿Que piensa hacer?

—Corrcr a su lado, naturalmcnte.

—¡Pero si eso es lo que desea, en realidad, el hermano blanco. ¡Es una trampa la que le tiene preparada!

Doc replicó: —Lo sé, pero debo ir.

—¿Por qué razón?

—A causa, justamente, del primer hermano blanco. Si se convence de que su cebo no es bucno, se deshará de él. Ya sabe lo que esto significa.

“Tip” se estremeció.

—¡Matara a sus amigos!

—¿Sabe guiar un aeroplano? —interrogó Doc.

—Si.

—¡Bien! Baje ahora, o vuelva a su habitación y aguarde. Quizá

esté ausente unas horas más; aguarde.. Yo la llamaré.

—Pero...

—¡Baje! —dijo Doc.

“Tip” desapareció.

Exactamente seis horas, después la llamó el hombre de bronce. Un coche de turismo les aguardaba a la puerta de la taberna.

Era uno de los autos mayores y más fuertes que había hallado en Antofagasta. Delante, junto al hombre de bronce, iba “Habeas Corpus”.

En la parte posterior iba una gran caja, paquetes pequeños y una potente máquina dinamoeléctrica. Doc había alquilado esta última en una mina.

Veinte minutos después se detenía el coche junto al veloz hidroplano de Doc. El hombre de bronce trasladó su equipaje del coche a la cabina del hidro, faena en que invirtió unos minutos.

Luego despegaron. “Habeas Corpus” se instaló, gruñendo, junto a la dinamo.

Una hora después volaba el hidro sobre el cañón de la Llama Roja. Era éste una grieta cn la tierra, de dimensiones nada despreciables.

En algunos puntos podia competir con el gran cañón del Cólorado y como el gran cañón, o quizás más todavía, se hallaba desprovisto de vegetación.

El cañón se estrechaba en un punto, se reducía hasta convertirse en una angosta garganta. En este lugar se hallaba la mina abandonada.

Desde el aire y con ayuda de los gemelos se distinguia perfectamente la boca del túnel.

Doc la examinó. Si alguien hubiera querido vigilar la mina desde lejos, sólo había un punto desde el cual pudiera hacerse tranquilamente, desde un pico rocoso que se alzaba a una milla del cañón.

Este pico se erguía enhiesto como un indice en el centro de la gran hendidura. En él se alzaba una alta torre de acero, ancha de base, que servia de soporte a un cable eléctrico de alta tensión que cruzaba allí, el cañón de la Llama Roja.

El pico estaba sembrado de peñascos de modo que un hombre e incluso un rebaño (tan grandes y profusas eran las piedras) hubiera

podido ocultarse a su sombra sin temor de ser visto.

Por dos veces Doc Savage hizo girar, en espiral, al hidro, en torno de la torre. No vio a nadie, nada indicaba que estuviera ocupada o lo hubiera estado recientemente.

Dirigió entonces la cabeza zumbante del aparato hacia arriba hasta haber alcanzado unos miles de pies de elevación y tocó una palanca.

Un humo oscuro se desprendió de un tubo colocado a popa de la cabina y se extendió en el espacio semejante a un negro cable aéreo.

Convertido así en una línea se fué transformando, poco a poco, en palabras, en una frase tendida sobre los Andes.

"Tip" Galligan que estaba agazapada junto al hombre de bronce en la cabina del hidro, contuvo la respiración. Ya había visto escribir en el espacio.

Puesto que ella misma era aviadora, sabia que se requería una habilidad especial para practicar aquel arte. Por ello la asombraba presenciar la facilidad maravillosa con que Doc escribia y le parecía imposible.

Era como si el gran hidro se hubiera convertido en una plumilla de una invisible estilográfica gigante. Esas palabras que trazaba eran compactas, más tan bien delineadas que no se confundían.

Compusieron esta frase:

"Hacer uso de esa trampa acarreará su propia muerte."

Era un largo mensaje: sin embargo, fué redactado con rapidez tal, que las primeras letras se descifraban todavia cuándo se terminó de trazar las últimas.

—¡Le advierte...! —exclamó "Tip", admirada.

Doc Savage no replicó. Rara vez explicaba su idea peculiar sobre moral, la política que seguía de no quitar jamás la vida ajena con sus prontas manos.

Ni tampoco solia mencionar el hecho interesante de que sus enemigos solian caer, al cabo, en la trampa dispuesta por ellos mismos y que Doc les había advertido, con frecuencia, del peligro que corrían o de la suerte que les aguardaba.

Doc tocó una segunda palanca del cuadro de mandos, maniobra que transformó el gran hidro en piloto automático. Doc hizo una seña a "Tip" y la muchacha le siguió al interior de la cabina.

Doc puso en marcha la gran dinamo eléctrica.

—He aquí cómo funciona —dijo. Con gran sencillez y claridad explicó a “Tip” lo que debía hacer.

Exteriormente se asemejaba el aparato a un proyector eléctrico de grandes dimensiones; su interior era un laberinto de tabiques, alambres y bombillas.

Giraba sobre un eje.

—Apúntelo en la dirección de ese dedo rocoso que se alza sobre el valle —dispuso—. Me refiero a la espiral que sostiene la torre de acero. ¡Eso es!

Los motores del hidro dejaron repentinamente de zumbar como animales fatigados que hallan un punto de reposo.

La nave se inclinó sobre una de las alas, descendió en sibilante zambullida; cayó como una piedra en la hendidura y desapareció en las profundidades del cañón.

Doc la enderezó al llegar a una media milla de la boca del túnel.

El suelo era liso allí como suavizado por frecuentes aguaceros. Justamente delante de la mina abandonada, Doc eligió un punto determinado y aterrizó.

—¡Manténgalo apuntando siempre en la misana dirección! —dijo vivamente a “Tip”.

La muchacha hizo un gesto afirmativo. Mantenía el aparato en linea recta con el pico rocoso, utilizando como punto de mira, la torre de acero detrás de ella vibraba la dinamo eléctrica.

Doc corrió a la entrada del túnel y llamó:

—¡Hola, hermanos!

De las negras profundidades de la mina salió el vozarrón de Renny: —¡Doc!

Como un eco vibró la voz de Monk:

—¡Afuera, Doc! ¿No has leído un aviso invisible?

Doc penetró en el túnel. Utilizó la lámpara de bolsillo al traspasar la zona iluminada por los rayos del sol. Pronto tropezó con sus camaradas.

Una reja de hierro, cuyas barrotes eran más gruesos que la muñeca de un hombre le cerró el paso. Los dos extremos de estas barras estaban incrustadas profundamente en la piedra.

En la verja se abría una puerta pesada, atrancada y cerrada con un candado situado de modo que no pudiera ser abierto desde el

otro lado.

El candado puso a prueba la habilidad de Doc. Fue cuestión de unos segundos. Una diminuta sonda de metal llevó a cabo la operación de abrir.

Los prisioneros salieron en grupo. Se pisaron unos a otros en su prisa por ver la luz del sol. A la mitad del camino Monk lanzó una exclamación:

—¡Quítate de mi camino, fantoche mal vestido!

Ham replicó, airado:

—¡Como no calles, aborto de la Naturaleza, te tiraré de los pelos!

Monk, a punto de franquear la boca de la mina, iba a contestar cuando se inmovilizó con la boca abierta.

—¡"Habeas"! —gritó, gozoso.

El cerdo asomaba la cabeza por una ventana de la cabina.

Dido Galligan divisó entonces a su hermana.

—¡"Tip"! —exclamó encantado, y fué a echar a correr.

Doc le asió por un brazo y le obligó a retroceder.

—¡Aguarde! Su hermana apunta, en este momento, un aparato en dirección de aquella montaña. No la distraiga. Una distracción ahora nos acarrearía la muerte.

Dido balbuceó: —No comprendo…

Una voz metálica, espeluznante, salió del túnel que acababan de abandonar.

—No tendrán tiempo de abandonar el cañón en ese aeroplano antes de que sus paredes se desplomen sobre ustedes —decía amenazadora.

—¡Es el individuo que nos ha tenido secuestrados! —tronó el de los grandes puños. Y se lanzó al interior del túnel.

Salió de él al cabo de unos veinte segundos.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó, jadeando—. ¡La voz sale de un aparato de radio que hay allí dentro!

—Quizá les sirva de satisfacción conocer que casi han echado por tierra mis planes —dijo otra vez la voz—. Savage, me has privado de todos mis ayudantes. Sólo yo quedo en pie. Pero yo, el primer hermano blanco, soy suficiente.

Monk abrió la boca. Aparentemente intentaba gritar algo.

—No gastes el tiempo en inútil palabreria —le aconsejó Renny

—. Se trata de un aparato receptor que carece de transmisor; por consiguiente, no puedes entablar conversación con ese bandido.

—Pero ¿dónde se halla? —preguntó Monk—. Por lo visto, nos ve.

—Allá arriba, en aquel dedo rocoso que sostiene la torre de acero —explicó Doc—. Debe tener consigo un transmisor, portátil, de radio.

Los cinco hombres, Dido Galligan, Juan Acre, todos, en una palabra, miraron en dirección de la montaña.

Long Tom se echó a reír inesperadamente.

—Conque era eso lo que motivaba la disminución del brillo de los faroles, ¿eh? —dijo a Doc—. Ese hombre saca la energia eléctrica que necesita para originar un terremoto del cable que sostiene la torre! Por ello, antes, se oscurecían las luces de la ciudad!

—Justamente —dijo Doc.

—Mas, ¿cómo hacia para que temblase la tierra?

—Cuando haces pasar una corriente eléctrica bajo la capa de ciertos tipos de cuarzo. ¿qué sucede? —interrogó el hombre de bronce.

—Que el cuarzo se contrae y se dilata. Los sabios se valen de esta tendencia del cuarzo para crear ondas sonoras ultravioleta. Para ello hacen pasar por el cuarzo la corriente.

—La explicación puede aplicarse, en ese caso, al origen de los terremotos —dijo Doc—. Pcculiares extractos rocosos, el silice y otras formas de cuarzo, que componen la costa occidental de Sudamérica, son susceptibles a la tensión de la corriente lanzada, por el hermano blanco.

Long Tom volvió a reírse sin motivo aparente.

—¿Qué es lo que te produce tal alborozo? —gruñó Monk.

—Que para derrotar a ese bandido —explicó el geólogo—, basta con que Doc haga cesar la corriente de ese cable.

—Yo no haré tal —dijo el hombre de bronce.

—¿Eh?

—El cable continúa cargado de la electricidad habitual.

La voz dijo desde el aparato de radio colocado en la mina:

—Vosotros, “yankees”, vais a gozar del privilegio de presenciar un nuevo temblor de tierra.

Silencio. Transcurrieron cinco segundos. Luego, bajo los pies de los ocho hombres sonó un trueno apagado.

Juan Acre se tapó la cara dominado por súbito, irresistible terror.

—¡Emplee la máquina, “Tip”! —gritó Doc a la muchacha en el hidroplano.

—Ya lo hago —replicó ella.

Cosa rara, el trueno subterráneo no aumentó de volumen sonoro.

Sin embargo, continuó. La tierra temblaba ligeramente como si la pisoteara, a distancia, un rebaño enorme.

De súbito sucedieron extrañas cosas en la espira rocosa que se alzaba como un dedo en el suelo del cañón. De ella se escapó un gemido.

Un latido impotente. Comenzaron a rodar peñascos por sus laderas, saltando como lanzadas por una mano invisible. En grandes nubes del pico incendiado se levantó un polvo rocoso.

Se balanceó sobre su base la torre de acero instalada en el cono.

Los múltiples cables de transmisión de la línea se retorcieron como látigos.

Al hacerlo se tocaron y ardieron. El hecho fué comprendido perfectamente por los hombres colocados junto a la boca de la mina.

Después el cataclismo llegó a todo su espantoso apogeo. De la montaña se desprendió la cima entera como cortada en redondo y se deslizó ladera abajo arrastrando a la torre desplomada.

Polvo y fragmentos volantes de roca velaron la escena semejantes a una manta sucia de algodón.

—¿Se halla el hermano blanco en esa colina, Doc? —preguntó el huesudo Johnny, que tenía todavía puestos los anteojos sobre la frente.

—Por fuerza —repuso Doc—. Es el único punto desde el cual podía ver si había yo caído o no en la trampa.

El rostro de halcón de Juan Acre recobraba, poco a poco, la calma.

—Pero ¿qué es lo que le ha sucedido a ese pico? —deseó saber.

—El hermano blanco poseía un proyector de ondas eléctricas de alta tensión de los que se usan para contraer o dilatar las capas de

cuarzo —explicó Doc—. Ahora bien: el proyector se componía de dos aparatos que emitian, cada uno, un rayo de luz. Al cruzarse producían un efecto físico que en realidad, conmovía violentamente el cuarzo.

—Todo esto me parece incomprensible —confesó el jefe de Policía—. Como no soy un sabio...

—Es posible —afirmó Long Tom.

—Muy posible —dijo Johnny.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. ¿Tendréis que explicárselo? ¿Acaso no acaba de ver la prueba?

—Lo que hice —siguió diciendo Doc—, fué construir un proyector de luz eléctrica que he traído en el hidroplano, "Tip" le apuntó en dirección de la torre, sus rayos se cruzaron con los del proyector del hermano blanco y provocaron dilataciones y contracciones de la masa rocosa situada bajo la torre. Para ello no se requiere el voltaje de una alta linea.

Dido Galligan miró a Juan Acre.

—Lo que ha hecho Savage ha sido devolverle la pelota al hombre de los terremotos, ¿sabes?

Juan Acre se sonrió.

—Creo a Savage capaz de lanzar y devolver cualquier cosa —dijo—. ¡Incluso un temblor de tierra!

—En marcha —dispuso el hombre de bronce sin conmoverse, dirigiéndose hacia la colina derruida—. Supongo que querrán ustedes ver al primer hermano blanco. Desde luego ya le conocen.

Dido preguntó, titubeando: —¿Y mi hermana?

—Quédese con ella —replicó Doc—, y dígale que cierre el proyector. Ya no lo necesitamos.

Dido corrió a abrazar a su bella hermana. Después de todo era la primera vez que la veia en largo tiempo.

Los otros marcharon en pos del hombre de bronce. Avanzaban en fila india rápidamente en dirección de la parte del cañón afectado por el cataclismo.

—¿Quién era ese bandido, Doc? —preguntó Monk.

—¿Te acuerdas del radiotelegrafista del vapor "Junio" que fué asesinado en mi despacho?

—¡Ya lo creo!

Pues le mataron porque me traía los radiogramas escritos por un

pasajero del “Junio”.

—Probablemente el hombre los retuvo en su poder comprendiendo que eran pelígrosos para mi.

—¿Iban dirigidos a ti?

—No. Supongo que a “Biff” y Velvet para decirles que su amo estaba en camino de Nueva York. Velvet y “Biff” no recibieron los radiogramas y secuestraron equivocadamente a su jefe. Naturalmente, habian supucsto que buscaba, con sinceridad, mi ayuda, no que venia a asesinarme.

—¿De veras?

—Sí. Prueba de lo que digo son las frases registradas en los cilindros de cera durante la escena desarrollada en el hangar —contestó Doc—. Las bandidos conversaron sin fijarse en el aparato... quizá no creyeron que funcionaba si le vieron y...

—¿Por eso te has tomado el trabajo de conservar esos cilindros? —exclamó Renny, interrumpiéndole.

—Precisamente.

Ya estaban cerca de la espira rocosa o mejor, de lo que de ella quedaba.

Encontrar el cuerpo del hermano blanco iba a ser algo dificil, en vista de ello. El pico se había deshecho totalmente y la tierra se había nivelado.

No cabia duda de que el promotor de los terremotos estaba muerto. Ningún ser humano hubiera salido con vida de aquel cataclismo.

Los hombres de Doc se desparramaron en busca de los restos terrenos de aquel singular enemigo, que había intentado tener en sus manos las riendas del poder de la industria del nitrato de todo un Continente, para que su país pudiera fabricar los explosivos necesarios para una guerra de conquista.

Fué Renny quien descubrió el cadáver. Su manaza apareció por encima de las rocas; su vozarrón despertó los ecos.

—¡Por el toro sagrado! —tronó—. ¡Este hombre me tenía engañado!

—Era muy vivo —convino Doc—. Se dirigió a Nueva York con el intento de quitarnos de enmedio antes de que los caballeros chilenos buscaran nuestra ayuda. Cuando vio que iba a costarle trabajo, inventó su propia muerte para despistarnos.

Todos contemplaron en silencio el cuerpo del primer hermano blanco.

Estaba retorcido, roto, aplastado, desprovisto de vida hacia rato.

Había merecido su fin, caer en la trampa dispuesta por él mismo, aquel hombre que había tratado de explotar la Industria chilena del nitrato.

Sus propósitos fueron descabellados, más siniestros que la ambición de bienes materiales. La guerra que había intentado provocar hubiera significado, en efecto, la muerte de seres a millares y el sufrimiento de muchos otros.

Por ello su muerte tenía una ímportancia mayor que el fallecimiento de cualquier otro individuo. Con ella concluía la existencia de los hermanos blancos, aquella organización peligrosa para el mundo a causa de su fanática naturaleza, había sido aniquilada.

AL dejar de existir su cabeza, y siendo destinados sus jefes a la ínstutición fundada por Doc para la regeneración de los criminales, era poco probable que volviera a oirse hablar de los famosos hermanos blancos.

El siniestro zar y sus fechorías habian concluido para siempre.

En todo igual al de Juan Acre, era el scmblante de halcón, la ganchuda nariz, del inerte primer hermano blanco.

El verdadero Acre, el jefe de la Policia secreta, contempló al hombre que había sido casi por no decir totalmente su doble.

—¡Es el individuo que usaba mi nombre en Nueva York! —exclamó.

—El mismo pájaro —convino Monk.

Seis horas después, tras de haber enterrado los restos inanimados del hermano blanco, Doc Savage hizo descender el hidro con una hábil maniobra en el campo de las afueras de Antofagasta.

—Voy a reunir a los propietarios supervivientes de los campos de nitrato —le participó Juan Acre—. Hasta ahora no se ha mencionado el precio de sus servicios, mister Savage, pero le aseguro que será espléndida la recompensa.

—Nosotros no trabajamos por afán de lucro —le recordó Doc.

—¿Qué?

—Jamás admitimos dinero a cambio de nuestro trabajo —

explicó el hombre de bronce—. EL procedimiento usual seguido por las personas beneficiadas por algo que hayamos hecho es el de erigir un hospital y dotarlo de los fondos necesarios a su buen funcionamiento, de modo que, gratuitamente, trabajen en él los mejores médicos y operadores de la nación.

Juan Acre ponderó la cuestión.

—¡Bueno! —exclamó en español—. Cuando se inaugure el hospital lo celebraremos con una fiesta y usted será nuestro huésped de honor. ¡Le aseguro que todo Chile deseará entonces conocer al hombre que ha aplastado al promotor de terremotos!

FIN

Título original: *The Man Who Shook the Earth*